
Número 33 / 2011 • 3,40 Euros (Spain only)
www.muyinteresante.es
muy HISTORIA
DOSSIER
De Narmer a Cleopatra
Crónica de los reyes más poderosos
José Ramón Pérez-Accino, egiptólogo:
"El faraón es el dios más cercano, el que nos resuelve la vida"
Printed in Spain. Canarias: 3,55 € (sin IVA), incluido transporte
FARAONES
del antiguo Egipto
En nombre de Amón, por Nacho Ares • De profesión: dios de Egipto • Así educaban al faraón niño • A la cabeza del ejército • Faraonas con toda la barba • El Valle de los Reyes • Costumbres de palacio • Esplendor en Luxor • Misterios de Egipto


Tarifas Planas de Internet Smartphones
Conéctate como
en casa aunque estés lejos
Hasta 250 MB gratis en Roaming dentro de Europa
Si eres de los que quiere consultar el correo y navegar
en Internet en cualquier momento, sólo Vodafone te ofrece
roaming gratis con las Tarifas Planas de Internet Smartphones.
¿Eres Vodafone?
Infórmate en www.vodafone.es/roaming
power to you
vodafone

SUMARIO

Nº33 FARAONES



S.TAUQUEUR/AGE FOTOSTOCK

Divinos de la muerte
El faraón asumía el carácter divino desde el mismo momento de su nacimiento hasta su muerte (arriba, Horemheb, oferente, frente a Atón, Museo de Luxor). ***Pág. 22***

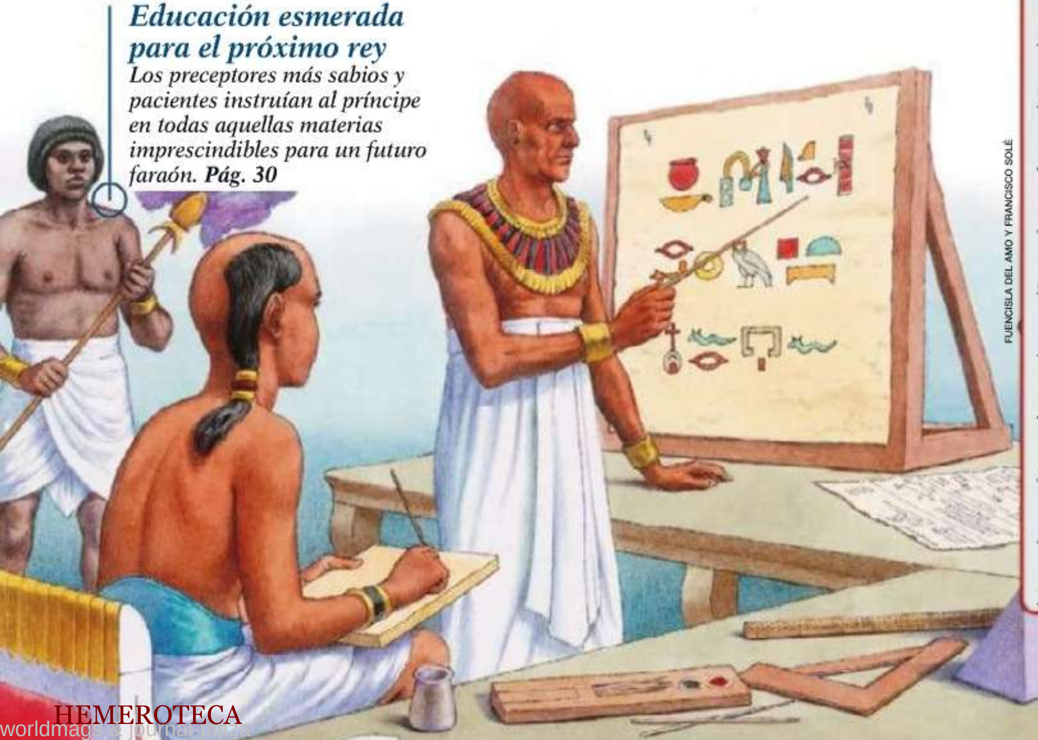
La orden del díptero de oro
El faraón condecoraba en persona a los soldados que demostraban su arrojo en el campo de batalla y la mosca de oro era el premio al valor más apreciado. ***Pág. 70***

CORDON PRESS

DOSSIER

El sueño de Ramsés II
Egipto debe su grandeza a una estirpe de reyes extraordinarios, cuyas proezas recogemos en esta crónica de 3.000 años (en la foto, Abu Simbel).

FRANS LEMMENS/CORBIS



Educación esmerada para el próximo rey
Los preceptores más sabios y pacientes instruían al príncipe en todas aquellas materias imprescindibles para un futuro faraón. ***Pág. 30***

FUENCISLA DEL AMO Y FRANCISCO SOLÉ

QUERIDOS LECTORES

Faraones: los dueños de Egipto

FOTOMONTAJE: JOSÉ LUIS ÁLVAREZ

La permanente fascinación que ejerce Egipto, hoy más que nunca, cuatro mil años después del periodo de máximo esplendor de su cultura y civilización, procede en gran parte de la imponente figura de sus monarcas, los faraones. Gobernantes divinizados, dueños de la vida y la muerte de sus súbditos, con poder sin límites sobre los recursos y haciendas del país, estaban, sin embargo, más próximos a su pueblo que algunos políticos actuales. Como el egiptólogo José Ramón Pérez-Accino le confiesa a nuestra entrevistadora, la figura del fararón se asemejaría más a la del Papa de Roma, con sus dos poderes, el religioso y el terrenal, que a la de un rey absoluto.

Desde los reyes de la dinastía O, unos líderes carismáticos que guiaron a las comunidades del Alto Egipto hasta las tierras bajas del Delta, la existencia de la realeza, que simbolizaba la unidad del país del Nilo y representaba el vínculo entre los dioses y la sociedad, fue indispensable para la creación y el desarrollo del formidable Estado egipcio. El monarca era el jefe del gobierno y el líder espiritual, además de estar a la cabeza del Ejército. Pero también era un padre de familia, lo más numerosa posible, porque de su estirpe tenía que nacer el sagrado sucesor. La esposa real, fecundada por el propio dios Amón que tomaba la forma del rey-padre, era quien transmitía la esencia de la divinidad al príncipe. En MUY HISTORIA nos acercamos a los faraones para conocer desde su faceta más grandiosa a sus aspectos más humanos, anecdóticos y cotidianos.

Palma Lagunilla, Sudirectora (plagunilla@gyj.es)

EXPOSICIÓN DE ALEJANDRO MAGNO EN EL CANAL DE ISABEL II

Por primera vez, 300 piezas procedentes de más de 30 museos europeos se exhiben en España. Y su protagonista es Alejandro Magno, el ambicioso conquistador macedonio fundador del mayor imperio de su tiempo. Desde el día 3 de diciembre pasado y hasta el 3 de mayo de 2011, el madrileño Canal de Isabel II alberga la exposición "Alejandro Magno. El encuentro de Oriente", la primera sobre esta importante figura histórica en España. Las diez salas de uno de los depósitos de agua del Canal muestran objetos milenarios relacionados con el héroe griego y ofrecen distintos aspectos de su personalidad, desde su juventud, cuando fue discípulo de Aristóteles, hasta que conquistó el Imperio Persa.



La exposición reúne piezas como esta estatuílla helenística de Alejandro y el bajorrelieve babilónico de un león.

MUSEO -ARQUEOLÓGICO DE PELLA (GRECIA)/OLAF M.TESSMER

PORTADA: De izquierda a derecha, Ramsés II, Akenatón y Tutmosis III. Fotomontaje de José Antonio Peñas (Age Fotostock/Getty)



FARAONES DEL ANTIGUO EGIPTO
Número 33 · Enero 2011

DIRECTOR
José Pardina (jpardina@gyj.es)
DIRECTOR DE ARTE Y ADJUNTO A LA DIRECCIÓN
Santiago Mínguez (sminguez@gyj.es)
SUBDIRECTORA
Palma Lagunilla (plagunilla@gyj.es)
REDACTORA Y EDITORA
Ana Ormaechea (aormaechea@gyj.es)
DISEÑO GRÁFICO
Óscar Gómez, *jefe de maquetación* (ogomez@gyj.es), Óscar Álvarez (oalvarez@gyj.es), Elena Fernández-Gallardo (efernandez@gyj.es) y Ángeles Torres (atorres@gyj.es)
EDITORA GRÁFICA
Coral Pérez-Serrano, (cperezserrano@gyj.es)
SECRETARIAS
Margarita Ponsati, *Dirección y Colaboradores* (mponsati@gyj.es)
Julia Gordo, *auxiliar de redacción* (jgordo@gyj.es)
EDITORES ONLINE
Elena Sanz (esanz@gyj.es) y Javier Flores (jflores@gyj.es)
COLABORAN EN ESTE NÚMERO:
Carlos Aguilera, Fuencisla del Amo, Nacho Ares, Fernando Cohnen, Amelia Die, Vicente Fernández de Bobadilla, Juan Antonio Guerrero, Miguel Mañueco, Ignacio Marina Grimau, José Ángel Martos, José Antonio Peñas, Alberto Porlan, Janire Rámila, Carlos Romeu, Francisco Solé, Jacobo Storch
REDACCIÓN
Albasanz, 15. Edificio A. 28037 Madrid
Tel: 91 436 98 00 y 91 436 98 30
Fax: 91 575 91 28 E-mail: mhistoria@gyj.es

UNA PUBLICACIÓN DE



G Y J ESPAÑA EDICIONES, S.L., S. EN C.
PRESIDENTE: Torsten-Jörn Klein
CONSEJERO DELEGADO: Markus Kley
GROUP PUBLISHING DIRECTOR: Maylis Chevalier



PRESIDENTA Y CONSEJERA DELEGADA: Maike Schlegel
VICEPRESIDENTE Y DIRECTOR GENERAL DE OPERACIONES: Markus Kley
DIRECTORA ADJUNTA A LA PRESIDENCIA: Elena Sánchez-Fabrés
DIRECTOR GENERAL COMERCIAL: Harald Barduhn
DIRECTORA GENERAL FINANCIERA: Sonia Fuentes
DIRECTOR FINANCIERO: Higinio Hijós
DIRECTOR DE DISTRIBUCIÓN: Víctor de la Traba
DIRECTOR DE INFORMÁTICA: Carlos Ezquerro
DIRECTOR DE INTERNET & NEW MEDIA: Francesc Llobet
DIRECTORA DE PLANIFICACIÓN: Paloma Cerezo
DIRECTOR DE PRODUCCIÓN: José Manuel Hernández

DEPARTAMENTO DE PUBLICIDAD Y DELEGACIONES
DIRECTOR COMERCIAL: Jesús González (jgonzalez@gps.grupogyj.es). **DIRECTOR DE GRUPO DE PUBLICIDAD:** Santiago Brioso (sbrioso@gps.grupogyj.es). **JEFA DE PUBLICIDAD:** Arantxa del Pozo (adelpozo@gps.grupogyj.es). **COORDINACIÓN:** Maribel Giménez (mgimenez@gps.grupogyj.es). **JEFA DE MARKETING PUBLICITARIO:** Gema Arancón (garancon@gps.grupogyj.es). **JEFA DE MARKETING CORPORATIVO E INTERNACIONAL:** Macarena Bergareche (mbergareche@gps.grupogyj.es). **DIRECTOR CREATIVO:** Juan Carlos Gauli. Áncora, 40. 28045 Madrid. Tel.: 913 47 03 66 · Fax: 913 47 03 34
PUBLICIDAD BARCELONA. DIRECTOR COMERCIAL: Luis Garcés (lgarces@gps.grupogyj.es). **DIRECTORAS DE GRUPO DE PUBLICIDAD:** Mery Pareras (mpareras@gps.grupogyj.es) y Ana Paredes (aparedes@gps.grupogyj.es). **JEFE DE PUBLICIDAD:** Javier Muñoz (jmunoz@gps.grupogyj.es). **COORDINACIÓN:** Susana Bejarano (sbejarano@gps.grupogyj.es). Rambla de Cataluña, 91-93. 08008 Barcelona. Tel.: 932 401 000 - Fax: 932 007 269.
PUBLICIDAD LEVANTE: DELEGADO: Ramón Medina (rmedina@gps.grupogyj.es). Quart, 2, puerta 2. 46001 Valencia. Tel.: 96 391 01 91 - Fax: 963 910 141
PUBLICIDAD INTERNACIONAL. DIRECTORA DE PUBLICIDAD: Silvia Dudda (sdudda@gps.grupogyj.es). **DIRECTOR COMERCIAL CORPORATIVO:** Enrique Serrano (eserrano@gps.grupogyj.es). **DIRECTORA DE GRUPO DE PUBLICIDAD ONLINE:** Pilar Roch (proch@gps.grupogyj.es). **DIRECTOR OPERACIONES Y SISTEMAS:** Miguel Ángel Zubillaga (mazubillaga@gps.grupogyj.es). Tel.: 34 91 347 03 59/ 34 91 347 03 42

SUSCRIPCIONES. Tel.: 902 007 603.
E-mail: suscripciones@gps.grupogyj.es. Internet: www.gyj.es

PRECIO DEL EJEMPLAR: 3,40 euros, IVA incluido. Canarias: 3,55 euros, sin IVA, incluidos gastos de transporte. Ceuta y Melilla: 3,40 euros, sin IVA, incluidos gastos de transporte.

DEPÓSITO LEGAL M-35196-2005. ISSN 1885-5180

IMPRESIÓN: Rotedic
OJD: 59.553 ejemplares

ARI Asociación de Revistas de Información



PANORAMA



Fotogramas del proyecto audiovisual realizado por José Luis Guerin.

CINE Y PINTURA

Guerin bucea en los mitos

El cineasta José Luis Guerin y el Museo Esteban Vicente de Segovia inauguraron el 17 de diciembre un proyecto audiovisual en el que se establece un paralelismo entre el origen del cine y la pintura. La obra confronta la puesta en escena cinematográfica con la pictórica, bajo el título *La Dama de Corinto*, haciendo así alusión al origen mítico de la pintura que narra Plinio el Viejo en *Historia Natural*. En su texto, el autor alude a la inminente partida de un muchacho a la guerra, por lo que su amada decide trazar el contorno de su sombra proyectada en la pared a la luz de una vela, desvelando así el mito fundacional del cine. El montaje está formado por varias proyecciones –de 10 segundos a 3 minutos–, que parten de los propios lienzos y se asoman con timidez desde la penumbra. Es posible disfrutar de este bello espectáculo hasta el 24 de abril.

www.museoestebanvicente.es

ANIVERSARIO

La Alhambra que inspiró el arte

Hace cien años, Henry Matisse visitó Granada y se quedó asombrado ante la imponente belleza de la Alhambra. Un siglo después, la construcción andaluza rinde homenaje al pintor francés dedicándole una exposición. El palacio de Carlos V acoge hasta el 28 de febrero una muestra con los cuadros surgidos del pincel francés tras la visita.



Influjo árabe en las las pinturas de Matisse, tras ver la Alhambra.



EXPOSICIÓN

Un recuerdo a los virreinatos

El Palacio Real de Madrid propone un recorrido pictórico por la cultura existente en los virreinatos de Nueva España y Perú durante los siglos XVI y XVII. La muestra –hasta el 30 de enero– reúne casi un centenar de obras españolas, flamencas e italianas. La mitad de ellas están ubicadas en el edificio palatino, mientras que el resto se pueden visitar en el Museo del Prado.



La virgen del Apocalipsis, de Juan Correa.

Agenda

Tesoro arqueológico

Más de 300 obras desvelan la riqueza milenaria que ha escondido durante siglos el corazón de Arabia. Hasta el 20 de febrero, Cosmocaixa de Barcelona acoge *Rutas de Arabia. Tesoros arqueológicos del Reino de Arabia Saudí*, una exposición que reúne vestigios de ciudades fortificadas, templos y palacios, vajillas de plata o joyas preciosas, escondidas durante siglos en tumbas.

http://www.fundacio.lacaixa.es

Radiografía de España

La sala de exposiciones Alcalá 31 (Madrid) acoge hasta finales de enero *Crónica fotográfica de medio siglo de vida española 1925-1975*. La exposición recoge el trabajo de Santos Yubero, uno de los más célebres fotoperiodistas españoles, que registró con su cámara algunos de los momentos más convulsos de nuestra Historia. Dividida en dos ámbitos, *España entre dos dictaduras* y *Los días del franquismo*, el proyecto reúne 160 imágenes. La muestra se completa además con una reconstrucción del Madrid en que vivió el reportero gráfico, así como el trabajo de algunos de sus compañeros de profesión.



Jardines impresionistas

Pasear por un jardín es una grata sensación pero también lo es contemplar su belleza enmarcada en un lienzo, tal y como nos propone el museo Thyssen-Bornemisza. Hasta el próximo 13 de febrero, la pinacoteca expone en sus salas una selección de cuadros plaga-dos de flores y fuentes, y firmados por los más célebres pintores impresionistas.

http://www.museothyssen.org



Exhibición milenaria
El objeto más moderno que albergan las vitrinas del Museo Egipcio de El Cairo (en la foto) tiene como mínimo 1.500 años de antigüedad.

REYES DE EGIPTO

Divinos, pero muy

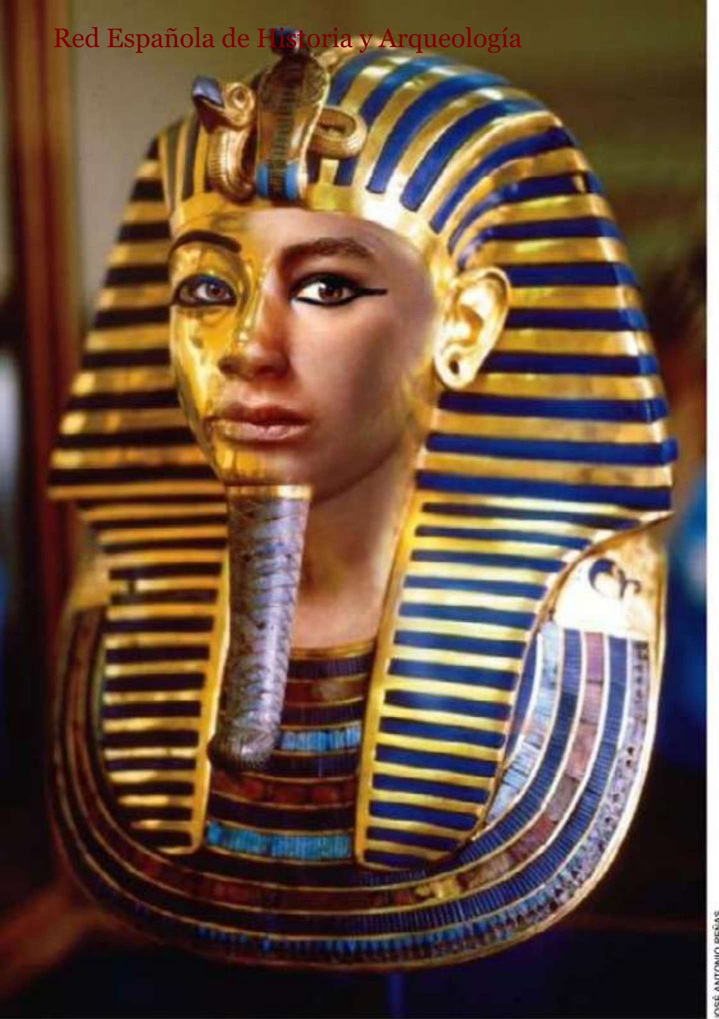
Los antiguos egipcios creían con fe ciega que sus faraones eran la reencarnación misma de la divinidad. Pero estos formidables gobernantes fueron también gente de carne y hueso, con virtudes, necesidades y servidumbres muy humanas. Por **Nacho Ares**

El Museo Egipcio de El Cairo tiene poco más de cien años. Y cualquiera lo diría. No solamente el edificio es un vetusto almacén de ladrillo, piedra, arcos y puertas al más puro estilo neoclásico del arquitecto Marcel Dourgnon, sino que el objeto más moderno que alberga en sus vitrinas, polvorientas vitrinas –no es un recurso literario, es la realidad–, tiene como poco 1.500 años de antigüedad.

Si tuviera que elegir un objeto entre los cientos de miles que hay en el Museo, bien en exposición o bien en sus almacenes, que conozco bastante bien, creo que no tendría dudas en elegir uno. Suena a tópico, o puede resultar hasta vulgar, pero la máscara funeraria de oro del faraón-niño, Tutankamón, es mi joya preferida. Lo tiene todo. No solamente aúna el esplendor de la época dorada de los faraones –nunca mejor dicho–, sino que también ofrece uno de los momentos más importantes de la historia de la arqueología, el descubrimiento de su tumba en el año 1922 en el Valle de los Reyes de Luxor. Con ello tenemos aventura, misterio, emoción y, por encima de todas las cosas, una de las sensaciones más cercanas que uno puede experimentar al entrar en contacto con el antiguo Egipto: la humanidad de sus protagonistas.

Los miles de visitantes que a diario se enfrentan a la mirada atemporal de Tutankamón, en la sala de su tesoro en la primera planta del Museo de El Cairo, saben a qué me refiero. Ante nosotros tenemos la mirada tranquila, sosegada y controlada de una persona; un joven rey que, lejos de la polémica que rodea a las misteriosas razones de su muerte hace casi 3.350 años, lo único que transmite es, precisamente, humanidad.

Tutankamón, al igual que lo fueron sus antecesores en el


JOSÉ ANTONIO PEÑAS

La época dorada de los faraones

La máscara funeraria áurea del faraón-niño Tutankamón permite entrever con la ayuda de esta recreación científica cómo pudo ser el rostro del joven rey de la dinastía XVIII.

humanos

trono de las Dos Tierras desde el primer soberano conocido, Menes, hasta la reina Cleopatra muchos siglos después de él, era una simple persona, con todas las comillas, por supuesto; un ser humano con sus virtudes, complejos y defectos, como cualquiera de nosotros.

Entre las piezas que el arqueólogo inglés Howard Carter descubrió en la tumba de este joven faraón en la necrópolis real de la antigua Tebas había ropa para las cosas más cotidianas, muebles que conservaban las marcas de haber sido utilizados, vasos me atrevería a decir que incluso ramplones y, en definitiva, nada fuera de lo normal que no pudiéramos esperar de la tumba de una persona importante.

Por eso me cuesta creer que, ante la ausencia de un mando a distancia, una caja para guardar los compactos o, yendo más allá, un disco duro externo con uno o varios gigas de información extraordinaria, los faraones fueran menos humanos de lo que en ocasiones muchos han llegado a pensar. Sobraría con echar un vistazo a la ropa interior de Tutankamón, colgada a la vista de todos en la pared que hay frente a la capilla dorada que albergaba sus vísceras momificadas, para confirmar lo que estoy diciendo.

A lo que vamos. Enfrentarnos al mundo del Egipto de los faraones requiere, por encima de todas las cosas, evadirnos de nuestra realidad y, especialmente, no intentar explicar los enigmas históricos que presentan, que los hay, y son innumerables y muchos insondables, con las respuestas que nosotros plantearíamos hoy a esas mismas preguntas.

Hoy nos resulta muy complicado acercarnos a esa visión tan idolatrada de la realidad que tenían los antiguos egipcios. Para ellos, que vivían en un mundo en el cual el tiempo no era lineal sino cíclico, en donde el sol lo creaba todo, todos los días, el faraón era la reencarnación misma de la divinidad, Horus-Ra. En cuerpo y alma así lo creían. ¡Y vete tú a saber si en realidad era así de verdad! De esta manera, cuando en la modesta casa de adobe construida por un campesino para su familia en una aldea perdida del Egipto Medio se presentaba un equipo de oficiales de la administración, ese momento era considerado casi mágico. Los textos autobiográficos así nos lo explican. Muchos hombres de un escalafón sencillo, que consiguieron ascender a puestos importantes en la administración gracias a la participación en la construcción de obras públicas entre las que destacaba la tumba del faraón, así nos lo demuestran. Ante lo que hoy veríamos como una enorme contrariedad al sacarnos de nuestro ambiente familiar natural, como cuando nos llamaban para hacer el servicio militar, en aquellos años un individuo no tenía más que agradecer, cuanto menos, la inmensa suerte de haber sido elegido entre los cientos de miles de habitantes del Valle del Nilo. Le habían seleccionado para trabajar en aquel proyecto que hoy vemos y entendemos de forma errónea como el capricho de un megalómano.

Para un súbdito del faraón representaba un honor ser elegido para construir su tumba

Si nos metemos en la piel y en la forma de pensar de un egipcio de hace cuatro o cinco mil años, no nos costará comprender la realidad de esa sociedad. Hoy nadie piensa que los ciudadanos de un país moderno como España van a trabajar para satisfacer la gloria de un presidente de gobierno o de un primer ministro. Todos esbozamos una sonrisa sólo de pensarlo. No tenemos ni la conciencia ni la realidad social que justifique un hecho de ese calibre que, para un antiguo egipcio, era completamente vital y, sobre todo, se enmarcaba dentro de la normalidad en un mundo de creencias perfectamente imbricado con la vida cotidiana.

Como es lógico, más allá de la ingenuidad o de la credibilidad que dieran a esa realidad, los egipcios también dudaron de la fe en el faraón y así lo manifestaron en algunos textos críticos al respecto. Me refiero a los famosos cantos de arpista, en donde se invita a la vida y disfrute de las cosas terrenas y mundanas ante el desconocimiento de lo que nos deviene más allá de la muerte, lugar de donde absolutamente nadie ha regresado nunca. Sin embargo, la cordura aceptada por todos era que el faraón representaba la reencarnación terrenal de la divinidad, algo que nadie ponía en duda.

A veces creo que idealizamos demasiado a los antiguos egipcios. Algo parecido a cómo muchos seguidores de la Nueva Era y extraños gurús ven a India en la actualidad. Según ellos, allí es todo espiritualidad y armonía, del mismo modo que en el Egipto de los faraones todo eran superpo- ►



Las señoras también tenían su sitio
El Valle de las Reinas fue el lugar de enterramiento de soberanas y príncipes en el Imperio Nuevo.

PRISMA



Sucesor sospechoso
Durante mucho tiempo se creyó erróneamente que Tutankamón había sido asesinado por su sucesor Ay (la figura cubierta con la piel de un felino).

AKG/ÁLBUM



deres y un conocimiento extraordinario en el campo de las ciencias. Y, lamentablemente, no es así.

Es cierto que cuentan con un buen número de enigmas sin resolver. No hay más que preguntarse cómo se construyeron las pirámides, que nadie tiene la más mínima idea de cómo se hicieron. Pero eso no nos tiene que hacer perder el horizonte de referencia y pensar que, en efecto, eran seres humanos cuya cultura comenzó hace casi 5.000 años con un montón de logros tecnológicos, es cierto, pero también con no menos fracasos que les hicieron perder preponderancia en su posición política internacional en ciertos periodos de la Historia. Si hubieran sido tan avanzados o infalibles como se ha querido ver en alguna ocasión, la progresión de su historia habría sido ascendente a lo largo de los casi tres milenios en que se desarrolló, y las pruebas documentales y la arqueología nos dicen que no fue así.

Llegados a este punto, sí me gustaría insistir en que los faraones, además de reyes, eran personas de lo más normal. Y así nos lo han demostrado muchos textos que han llegado hasta nosotros. Del mismo modo –ahora que está de moda– podríamos echar un vistazo a los restos que la arqueología ha podido rescatar de los cuerpos de estos soberanos.

El 6 de junio de 1881 apareció el primer escondite de momias reales en una tumba oculta en los escarpados riscos de Deir el-Bahari, junto al templo de la reina Hatshepsut en esta misma área de la orilla oeste de Luxor. Allí, después de una aventura increíble mezclada con traiciones, robos de tumbas y mercado ilegal de antigüedades, los egiptólogos alcanzaron la llamada tumba DB320. En ella los sacerdotes habían depositado de forma piadosa, alrededor del año 1000 antes de nuestra era, una treintena de momias reales en una sepultura de la dinastía XXI. Debido a la convulsa situación económica del momento y en previsión de los saqueos que seguramente se estaban produciendo en aquella época en las necrópolis reales aledañas, las momias fueron reubicadas en esta tumba anónima para salvaguardar el cuerpo de muchos faraones de la época dorada de la historia de Egipto. Cuando los arqueólogos franceses entraron en ella por primera vez,

Tocando divinamente el sistro
En su infancia, los faraones recibían una educación propia del hijo de un dios (Tut como dios Ihy).

ERICH LESSING/ÁLBUM

Si leemos entre líneas, el legado monumental de ciertos faraones nos revela sentimientos muy humanos

no podían creer los nombres que leían en las tapas de los improvisados sarcófagos que había en aquel lugar. Amosis, Amenofis I, Seti I, Ramsés II, Tutmosis III, entre muchos otros, acercaron por primera vez una realidad tangible de cómo habían sido esos grandes soberanos que hasta entonces sólo se conocían por textos o menciones indirectas.

El hallazgo se completó con un nuevo descubrimiento, en esta ocasión en la tumba número 35 del Valle de los Reyes perteneciente a Amenofis II. Además de descubrir el enterramiento de este soberano, el francés Victor Loret halló en 1898 otras momias reales del mismo periodo, entre las que habría que destacar a Tutmosis IV, Amenofis III y su esposa Tiy, Seti II, Merneptah o Ramsés V, entre otros reyes y esposas reales.

En una sociedad a la par primitiva y sofisticada, la clase baja y la alta tenían problemas parecidos

Un vistazo al cuerpo del todopoderoso Amenofis III, padre del herético Amenofis IV, Akenatón, nos puede ayudar a descubrir que, más allá de la idolatría a la que se veía sometido por su pueblo, el faraón las pasó literalmente canutas para poder llevarse algo a la boca en sus últimos años de vida. Su momia nos ha dejado el cuerpo de un hombre bastante grueso, como lo representan muchas esculturas de esa época. Además, cuenta con toda la dentadura completamente mellada, seguramente por la arenilla que se les pasaba a los panaderos durante la elaboración de este alimento de primera necesidad. Con ello vemos que, al igual que el individuo de estrato más bajo de la sociedad, los problemas en una sociedad relativamente primitiva y sofisticada al mismo tiempo, eran idénticos tanto para unos como para otros.

Lo mismo podríamos decir del pobre Tutankamón, cuya momia ha sido el centro de inquietantes debates e investigaciones científicas de los perfiles más variopintos. La misteriosa presencia de un huesecillo en la parte trasera del cráneo, aparecido en las radiografías de la momia, destapó toda clase de teorías a cada cual más es-



Barrios obreros

Los artesanos que trabajaban para el faraón vivían en poblados como éste en Deir el Medina.

PRISMA

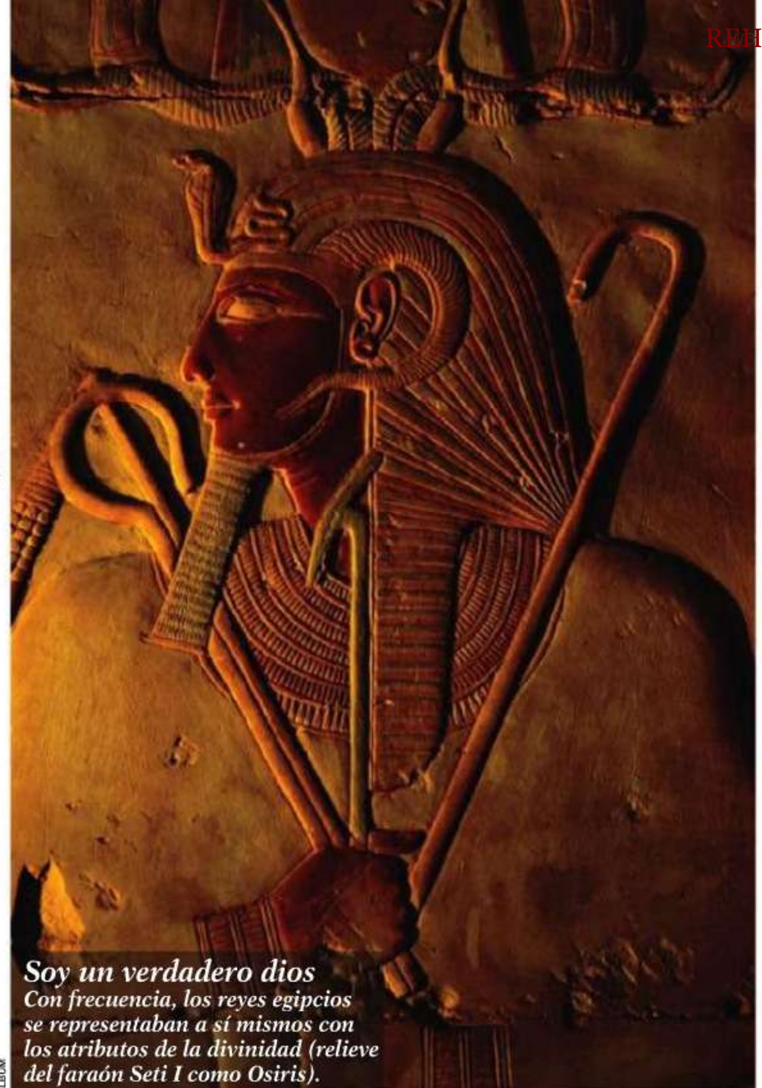
peculativa. Del turbio asesinato por un golpe a manos de alguien de su entorno, quizá su sucesor Ay, se ha pasado a la caída posiblemente desde un carro mientras iba de cacería por el desierto persiguiendo, por qué no, leones o gacelas. Todo un interrogante construido de forma artificial a partir de supuestos, muchos de ellos espurios y novelescos. A veces la ciencia es así. En cualquier caso, estos detalles que pueden resultar en ocasiones triviales y también jocosos nos acercan a una realidad más humana que la que proponen otras teorías extravagantes.

Por desgracia, no contamos con cartas como las escritas por Felipe II a sus queridas hijas Isabel Clara Eugenia o Catalina Micaela, en las que demostraba un profundo sentimiento de afecto. Al contrario, varios documentos como la conspiración del harén en época de Ramsés III nos hablan de luchas intestinas, odio, envidias y celos entre las esposas secundarias del faraón. Lejos de mostrar cariño por sus hijos, a Ramsés III no le tembló el pulso a la hora de hacer justicia contra la terrible trama de asesinatos urdida por algunas mujeres del harén con el fin de colocar al hijo de una de ellas en el trono de las Dos Tierras de Egipto. Pero sí podemos deducir sentimientos similares a los que manifestaba nuestro Felipe II en el Renacimiento, leyendo entre líneas el legado arqueológico de algunos de los faraones más poderosos del antiguo Egipto; sentimientos que los bajan desde los altares a la superficie terrenal a una velocidad de vértigo.

Los monumentos nos demuestran que Ramsés II adoró a Nefertiti, pese a su vasta paternidad

Ramsés II es quizá el caso más conocido. El dato que demuestra su exagerada paternidad, con más de 100 hijos, nota que repiten hasta la saciedad los guías locales en un intento vano por frivolizar un elemento que a todas luces están muy lejos de comprender, es quizá una prueba de ello. Ramsés II tuvo una esposa principal, de nombre Nefertari, a la cual casi adoró si sabemos leer, como decía antes, en los monumentos que nos ha legado. Su tumba en el Valle de las Reinas de Luxor o el templo colosal de Abu Simbel son prueba más que suficiente para demostrar ese afecto y principalidad de la esposa real, por encima de las anécdotas que protagonizan los hijos tenidos con otras esposas secundarias o concubinas.

Del mismo modo, y retomando la figura de Tutankamón, cuando vemos la representación del joven rey junto a su esposa, Ankesenamón, uno no puede más que pensar que entre ellos, dos adolescentes quizá evadidos de una realidad política que nunca eligieron por sí mismos, había un sentimiento afectuoso, casi relamido. Ese mismo



Soy un verdadero dios

Con frecuencia, los reyes egipcios se representaban a sí mismos con los atributos de la divinidad (relieve del faraón Seti I como Osiris).

ÁLBUM

sentimiento puede verse en cualquier pareja de jóvenes quinceañeros enamorados de nuestros días.

E idéntico comentario podríamos hacer de Akenatón y su esposa, la bella Nefertiti, rodeados de sus hijas en esos relieves magníficos de la época de Amarna en los que se nos presenta por primera vez una realidad familiar, nunca antes expuesta a ojos vista por los artistas egipcios.

Con todo, el Egipto de los faraones no pierde un ápice de esa sofisticación, casi romántica, a la que nos han acostumbrado las películas de Hollywood. Es cierto que los faraones, como sucede en cualquier corte, estuvieron rodeados de un boato caracterizado por un gusto exquisito en lo que podríamos denominar arte, en el sentido más amplio de la palabra. Esos destellos son claramente perceptibles por cualquier persona que tenga un mínimo de sensibilidad a la hora de contemplar una obra artística. Y es eso, en efecto, lo que transforma a esta cultura en algo tan próximo y al mismo tiempo alejado de nosotros; un lazo estrecho y a la vez distante que convierte al antiguo Egipto en un decorado fantástico para poder evocar toda clase de acontecimientos: desde las más insólitas manifestaciones mitológicas, incomprensibles y esotéricas, hasta las escenas domésticas más mundanas y cercanas a nosotros. ■



***Nacho Ares**, historiador y egiptólogo, ha escrito 12 libros sobre la cultura egipcia.*

ENTREVISTA CON JOSÉ RAMÓN PÉREZ-ACCINO

"El faraón es el dios más cercano, el que nos resuelve la vida"

A José Ramón Pérez-Accino le gustan los faraones. Este profesor de Egiptología de la Complutense se declara ferviente admirador de la organización egipcia del Estado y de la figura del monarca, que era un dios muy próximo que proporcionaba seguridad y tranquilidad. Por **Amelia Die**

Para José Ramón Pérez-Accino, los faraones, esos aparentemente estáticos y lejanos monarcas antiguos, son seres muy cercanos, tanto por lo familiares que le resultan después de décadas de ejercer la Egiptología, como porque piensa que estaban más próximos a su pueblo que cualquier político actual y que ningún otro dios. Así que se desenvuelve cómodamente, como si estuviera en casa, por los alrededores del Templo de Debod, mientras habla con un entusiasmo desmedido de los reyes de una cultura con la que dice sentirse muy acorde en ideas y conceptos.

- ¿Qué es un faraón?, ¿es un rey, un dios...?

- A lo que más se parece es a un Papa, con sus dos poderes: religioso y terrenal. Como el Papa, es el que hace cumplir los designios divinos, y lleva a cabo las órdenes de los dioses; ellos no actúan en la tierra, lo hacen por medio del faraón. También se parece a los antiguos emperadores de Japón. Tiene poder terrenal, porque es un jefe de Estado, y también poder espiritual. Algunos colegas míos dicen que es un dios *júnior*, que cuando se muere pasa a ser un dios más.

- ¿Como Jesucristo?

- Es Jesucristo en más aspectos, una de mis líneas de trabajo es la relación de la religión egipcia con el cristianismo. El faraón es el Hijo por antonomasia, como Jesucristo. La diferencia es que en la religión egipcia, la pasión, muerte y resurrección la experimenta el Padre, pero es el Hijo el que salva. El Hijo es el vengador del Padre y el redentor.

- Aparte de las dimensiones humana y divina, ¿tiene otros aspectos duales?

- Sí, el faraón es masculino y femenino, porque es perfecto. En determinadas épocas es padre y madre. En la Dinastía XVIII, esa ambigüedad se potencia más por la presencia de monarcas femeninos como Hatshepsut o de figuras muy importantes, como Nefertiti. La parte femenina del monarca, el "cuerpo femenino", es la esposa real, la reina. Cuando ella muere, es su hija, ambas son emanaciones femeninas del cuerpo del monarca.

- ¿Por qué le llama monarca?

- Los egipcios no le llamaban faraón, es un título bastante tardío y no significa la persona, sino la institución entera. Es como decir "la Casa Blanca" o "la Moncloa".

- ¿Tiene que ver con esa ambigüedad sexual el hecho de que algunos faraones se casaran con sus hermanas?

- Los matrimonios consanguíneos, aunque se produjeron, fueron excepcionales. Los egipcios sabían perfectamente que producía una degradación familiar, y sólo se daba en la realeza para preservar la línea dinástica. Lo hacían porque el hijo de cualquier princesa real era un posible candidato al trono y eso podía dar lugar a problemas. La Biblia dice que a Salomón un faraón le regaló a su hija, pero lo más probable es que se casara con una mujer de la alta nobleza que le diera el monarca, pero no con una princesa real, que no se regalaban. No había preferencia por el hijo mayor, pero como la mortalidad infantil era tan grande, no se sabía muy bien cuál iba a ser el heredero y eso les preocupaba mucho. Lo sabemos por los nombres que les ponían a los niños, como "Fuerte", "Saludable", "Que Amón le guíe"...

- ¿El nombre también era algo importante para el faraón?

- Sí, porque definía un programa de gobierno. Cuando llegaba al trono, adoptaba cinco nombres y, salvo el de familia, cada uno se elegía cuidadosamente para cubrir un determinado aspecto; como el Emperador japonés y como el Papa, que se cambia el nombre por el de un antecesor al que quiere imitar.

- ¿Cómo era la vida cotidiana de un rey?

- Suponemos que estaba tremendamente ritualizada. Participaba en numerosas ceremonias y se reunía con su visir, que era quien llevaba a cabo las tareas de gobierno.

- ¿Y tenía alguna relación con el pueblo? ¿Le veían, le podían mirar?

- Curiosamente, sí. Por lo menos de lejos. Debido a la estructura del país, que es una línea, posiblemente los egipcios veían más veces a su monarca y dios que nosotros a los nuestros, porque el río se ve casi desde cualquier parte. El rey se desplazaba

"El faraón se puede comparar al Papa. En Egipto representaba tanto el poder político como el espiritual"

en barca como una metáfora del Sol moviéndose por el cielo. Lo hacía muy a menudo para ir a un templo o a un palacio. El egipcio, aunque fuera humilde y trabajara en los campos, en algún momento distinguía la comitiva engalanada del rey por el río. El contacto visual con la divinidad era muy directo.

- ¿Era más fácil ver al faraón que a cualquier otro dios?

- El faraón se movía y los otros dioses se encontraban dentro del templo, y solamente de vez en cuando salían en procesión. Él era el dios cercano, el "nuestro", el que podía hacer cosas por las personas. Era el dios que camina, mientras que los otros eran estatuas. El templo egipcio es como una embajada del mundo de los dioses, pero no está en este mundo y no se puede entrar en él.

- En los textos literarios, que es lo que usted estudia preferentemente, ¿se habla de los faraones?, ¿en qué sentido y términos?

- Casi todos los textos que nos han quedado son de ritos y de cuentos, en los que la figura del rey se describe como el horizonte de la vida de una persona. Es quien te puede salvar y a quien tienes que servir con total lealtad. Es muy raro encontrar una imagen negativa de él. Aparece como el dueño de la vida y la muerte de los ciudadanos, la aspiración de cualquiera es servirle para que la recompensa sea la victoria sobre la muerte y ese es un premio mayor que cualquier otro en este mundo. Si alguien puede darte la vida eterna, no tiene competencia. Hay que pensar que la cultura egipcia dura unos 3.500 años y algunas instituciones, como la del faraón, funcionó y solucionó la vida de la gente durante milenios. La figura del monarca proporcionó tranquilidad y seguridad emocional; es un monumento al ingenio humano.

- Bajo el punto de vista militar, ¿qué lugar ocupaba?

- Era el comandante en jefe, y si estaba en la batalla, como sabemos que ocurrió en algunos casos, poseía la última palabra. ▶



Perfil

José Ramón Pérez-Accino ha vuelto a España a enseñar Egiptología en el departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, donde se licenció y doctoró hace más de 20 años y de donde ha sido profesor asociado durante el tiempo que ha pasado en el University College y en el Birkbeck College de la Universidad de Londres. Está especializado en literatura y textos egipcios, y realiza también trabajo de campo investigando el templo de Heryshef (el Herakles griego o Hércules romano) en la misión arqueológica española de Heracleópolis Magna.

FOTOS: NINEZ MÍNGUEZ

La mejor definición de su papel es que tenía la obligación de mantener el orden para que no revirtiera al caos, que era a lo que se dirigía siempre la naturaleza. Su función es expandir el orden y lo hace ganando a los enemigos, fundando templos, poniendo nuevas tierras en irrigación, aumentando el número de gente que tiene una vida feliz...

- En la historia egipcia hay cambios de dinastías, ¿cómo se producían?

- El término dinastía es muy tardío, se lo inventó un escritor griego, ellos hablaban de familias, pero a Maneton se le ocurrió agrupar a los reyes por dinastías y todavía lo utilizamos hoy. Todos los monarcas en el Reino Antiguo eran de la misma familia, a veces de una rama colateral que llegaba al poder de modo más o menos violento. En el Reino Medio, sobre el 2000 a.C., se dio por primera vez el hecho de que un primer ministro depuso al monarca y se hizo coronar rey. Amenenhat I fundó la Dinastía XII y era el visir del anterior; no procedía de familia real, pero fue un rey muy eficiente. En el Reino Nuevo tenemos el caso de Horemheb, un militar que murió sin hijos. Lo que pasó tuvo mucho que ver con el final de la época de Tell el Amarna; Horemheb asoció al trono a un amigo suyo muy mayor, otro militar, que fue Ramsés I, que tenía un hijo y un nieto muy vigorosos, Seti I y Ramsés II. En las épocas oscuras e intermedias, como la de la Heracleópolis Magna, había sitios donde el poder local se consideró a sí mismo rey, y hubo varios reyes a la vez. La sospecha histórica es que como el monarca se tenía que coronar en el templo de Menfis, los sacerdotes le reconocían a cambio de interesantes dádivas.

- Hay un faraón que parece el paradigma de todos: Ramsés II, ¿fue de verdad el más importante?

- Se conoce bastante de su historia y trayectoria política, su reinado está documentado casi año por año. Fue un gran gobernante, pero sobre todo mandó construir muchísimos monumentos y usurpó otros. Lo que conocemos de los monarcas es proporcional a los monumentos que construyeron y la información que dejaban en ellos. Otros reyes pudieron haber sido excelentes, pero tal vez no hicieron tantas construcciones, que era uno de sus deberes porque es otra manera de imponer el orden.

- ¿Existía realmente una corte faraónica?

- Sí, entre las actividades cotidianas del monarca, una de ellas era la recepción a la corte. Había muchos burócratas empleados del Estado, la inmensa parte de las rentas se iban en mantener una administración muy eficiente y que controló el país durante más de tres milenios.

- ¿También el monarca recaudaba impuestos?

- Era el propietario de toda la tierra y de sus rentas, aunque podía dejar a una familia una parte del terreno casi en propiedad y se pasaba de padres a hijos. Los egipcios eran arrendatarios, y en cualquier momento el monarca podía decir: "Basta, ahora es mío", si se portaban mal. Es una manera muy cómoda de recaudar impuestos, se calculaba cuánto producía una finca y al palacio le correspondía determinada medida de grano. Hacían un asiento contable y acumulaban una especie de cuenta bancaria que tenía que estar disponible. En Egipto no había moneda, la economía era de trueque. Suponemos que los templos funcionaban como prestamistas, a veces le prestaban al rey, aunque teóricamente podía pasar por encima de los templos, pero en la práctica debía ser muy difícil porque eran instituciones muy fuertes.

- ¿Qué faraón le ha interesado especialmente?

- A mí me interesan los del Reino Medio, los de la Dinastía XII se ocuparon de crear una administración muy amplia y eficiente, y además orientaron un par de actividades para incrementar la riqueza del país: el control del oro de Nubia y la colonización del desierto de Al Fayum. Usaron el oro para comerciar y abrirse al mundo, y el grano extra que llegó por las nuevas tierras les permitió desarrollar la administración y tener un Estado más eficaz. Amenenhat I y II siempre me han parecido un ejemplo, y no sólo a mi, a los propios egipcios. Irónicamente, estos monarcas son los que menos monumentos han dejado.

- Y de los menos conocidos...

- Pero históricamente son muy importantes, porque se centraron en conseguir una maquinaria del Estado más perfecta de la que había en el Reino Antiguo, cuando construyeron las pirámides. Pero el Estado se colapsó porque no pudo mantenerse. Y luego por razones sentimentales, porque mi tesis fue sobre el principio de la XVIII Dinastía, me gustan los primeros tutmósidas: el padre de Hatshepsut y ella misma.

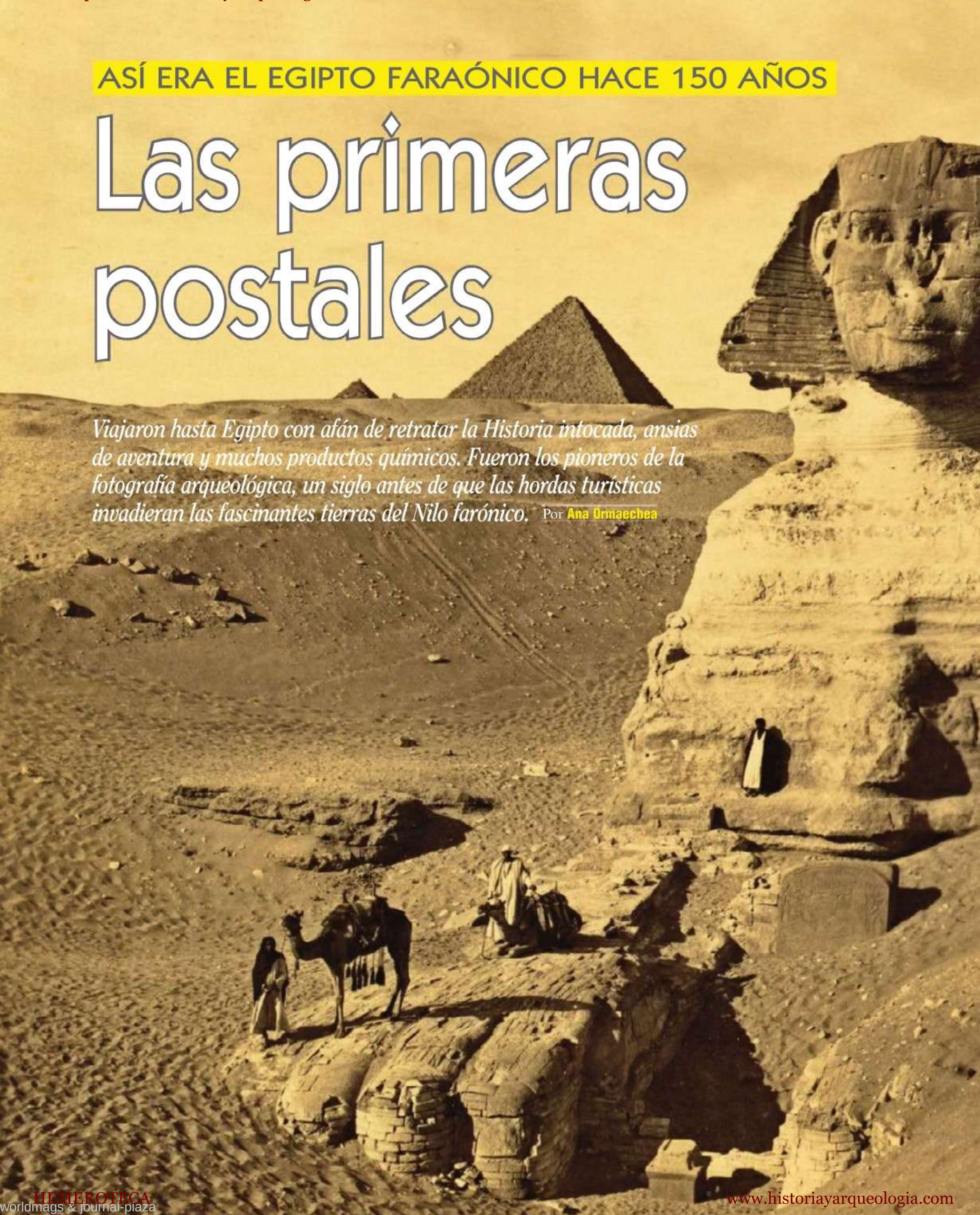
- Usted dijo en una ocasión que ha aprendido de los egipcios que las personas no se marchan nunca, que se quedan dando vueltas.

- Me lo preguntaron cuatro días después de morir mi hermana y en ese momento tenía la idea de que la muerte no es el final, sino que es un cambio de dimensión, y que partes de uno se quedan en la naturaleza. Pero creo que la egipcia es una cultura de celebración de la vida. Lo que aparece en las inscripciones son personas que quieren perpetuar esta vida, no celebrar la muerte. ■

Mejores, pero poco conocidos

Le interesan sobre todo los faraones de la Dinastía XII (Amenenhat I y II), por la eficacia de su gestión administrativa y económica.

"Lo que conocemos de los monarcas es proporcional a la información que figura en los monumentos que construyeron"



ASÍ ERA EL EGIPTO FARAÓNICO HACE 150 AÑOS

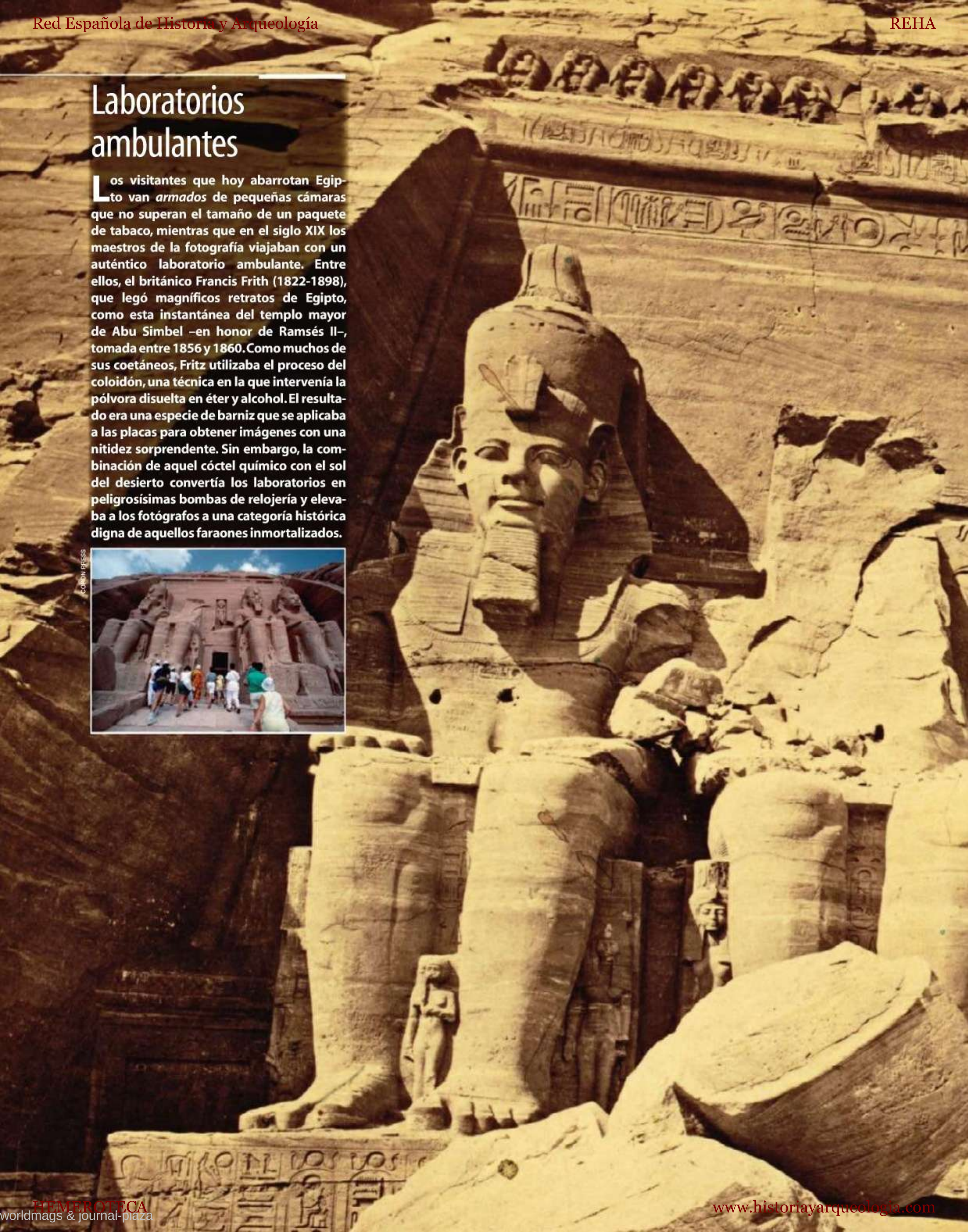
Las primeras postales

Viajaron hasta Egipto con afán de retratar la Historia intocada, ansias de aventura y muchos productos químicos. Fueron los pioneros de la fotografía arqueológica, un siglo antes de que las hordas turísticas invadieran las fascinantes tierras del Nilo farónico. Por **Ana Ormaechea**



El guardián entre la arena

No había pasado ni un siglo desde que Napoleón contemplara asombrado la espectacularidad de la Gran Esfinge de Guiza, cuando el fotógrafo francés Félix Bonfils tomó esta imagen (datada en 1870). Durante todo aquel siglo XIX, esta monumental escultura con cuerpo de león y rostro de faraón –supuestamente Kefrén– fue uno de los destinos recurrentes de los primeros viajeros europeos. Y no sólo porque sus medidas o su historia sean fascinantes: con 57 metros de longitud y veinte de altura, la esfinge se erigió en el siglo XXVI a.C. Lo que realmente atraía a los turistas decimonónicos era el halo de misterio que rodeaba a la escultura. Durante aquel siglo XIX, Edgar Cayce lideró la teoría de que esta *guardiana* de las tres pirámides había sido construida por los atlantes y que bajo sus pies se ubicaba una Sala de los Archivos. Todavía hoy, su fundación patrocina expediciones a los crédulos que buscan confirmar esta teoría.



Laboratorios ambulantes

Los visitantes que hoy abarrotan Egipto van *armados* de pequeñas cámaras que no superan el tamaño de un paquete de tabaco, mientras que en el siglo XIX los maestros de la fotografía viajaban con un auténtico laboratorio ambulante. Entre ellos, el británico Francis Frith (1822-1898), que legó magníficos retratos de Egipto, como esta instantánea del templo mayor de Abu Simbel –en honor de Ramsés II–, tomada entre 1856 y 1860. Como muchos de sus coetáneos, Fritz utilizaba el proceso del coloidón, una técnica en la que intervenía la pólvora disuelta en éter y alcohol. El resultado era una especie de barniz que se aplicaba a las placas para obtener imágenes con una nitidez sorprendente. Sin embargo, la combinación de aquel cóctel químico con el sol del desierto convertía los laboratorios en peligrosísimas bombas de relojería y elevaba a los fotógrafos a una categoría histórica digna de aquellos faraones inmortalizados.

CORDON PRESS



FRANCIS FRITH


P.T.

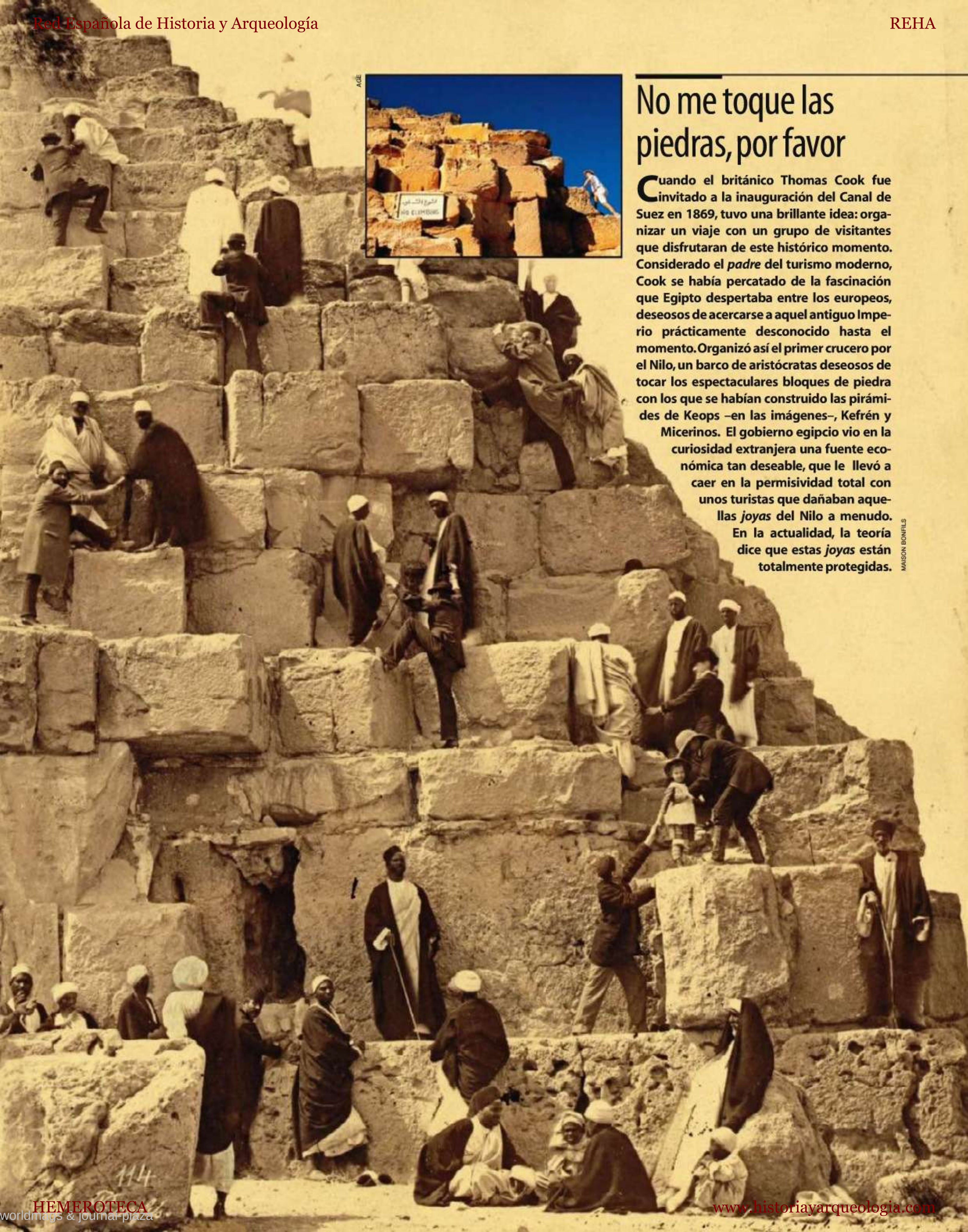


AGE

Ponga un monolito en su vida

Hasta veinticinco obeliscos fueron construidos en el mundo durante el siglo XIX. Liverpool, Massachusetts, Connecticut, Gales, Dublín... En todas estas ciudades se erigieron monolitos, prueba del afán por la egiptología que se desarrolló en aquella centuria. Con Aída como banda sonora, europeos y americanos miraban con romanticismo hacia la antigua civilización, que despertaba mayor curiosidad a medida que se desvelaban nuevos descubrimientos. Aquellos pilares de sección cuadrada que se elevaban al cielo no eran una excepción y el fotógrafo Francis Frith se esmeró en inmortalizar los que todavía se encontraban en tierras egipcias –imagen tomada sobre 1860–. Estos dos magníficos obeliscos fueron construidos en honor de la reina Hatshepsut, en el templo de Amón, en Karnak. Uno de ellos está caído, pero el otro ha resistido con asombrosa dignidad el paso de los siglos.

FRANCIS FRITH



AGE

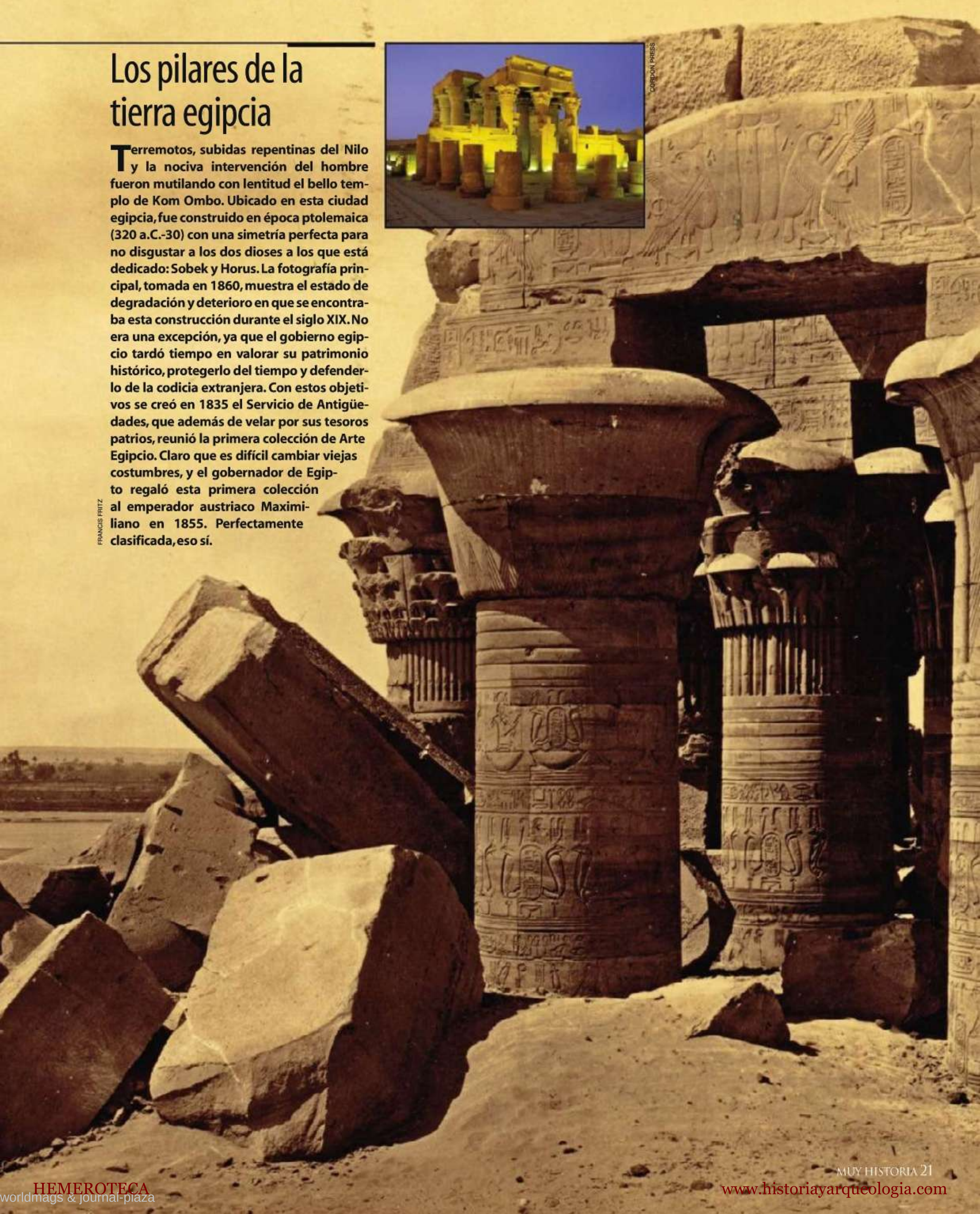
No me toque las piedras, por favor

Cuando el británico Thomas Cook fue invitado a la inauguración del Canal de Suez en 1869, tuvo una brillante idea: organizar un viaje con un grupo de visitantes que disfrutaran de este histórico momento. Considerado el *padre* del turismo moderno, Cook se había percatado de la fascinación que Egipto despertaba entre los europeos, deseosos de acercarse a aquel antiguo Imperio prácticamente desconocido hasta el momento. Organizó así el primer crucero por el Nilo, un barco de aristócratas deseosos de tocar los espectaculares bloques de piedra con los que se habían construido las pirámides de Keops –en las imágenes–, Kefrén y Micerinos. El gobierno egipcio vio en la curiosidad extranjera una fuente económica tan deseable, que le llevó a caer en la permisividad total con unos turistas que dañaban aquellas *joyas* del Nilo a menudo. En la actualidad, la teoría dice que estas *joyas* están totalmente protegidas.

MAISON BONFILS

Los pilares de la tierra egipcia

Terremotos, subidas repentinas del Nilo y la nociva intervención del hombre fueron mutilando con lentitud el bello templo de Kom Ombo. Ubicado en esta ciudad egipcia, fue construido en época ptolemaica (320 a.C.-30) con una simetría perfecta para no disgustar a los dos dioses a los que está dedicado: Sobek y Horus. La fotografía principal, tomada en 1860, muestra el estado de degradación y deterioro en que se encontraba esta construcción durante el siglo XIX. No era una excepción, ya que el gobierno egipcio tardó tiempo en valorar su patrimonio histórico, protegerlo del tiempo y defenderlo de la codicia extranjera. Con estos objetivos se creó en 1835 el Servicio de Antigüedades, que además de velar por sus tesoros patrios, reunió la primera colección de Arte Egipcio. Claro que es difícil cambiar viejas costumbres, y el gobernador de Egipto regaló esta primera colección al emperador austriaco Maximiliano en 1855. Perfectamente clasificada, eso sí.



CORDON PRESS

FRANCIS FRITZ



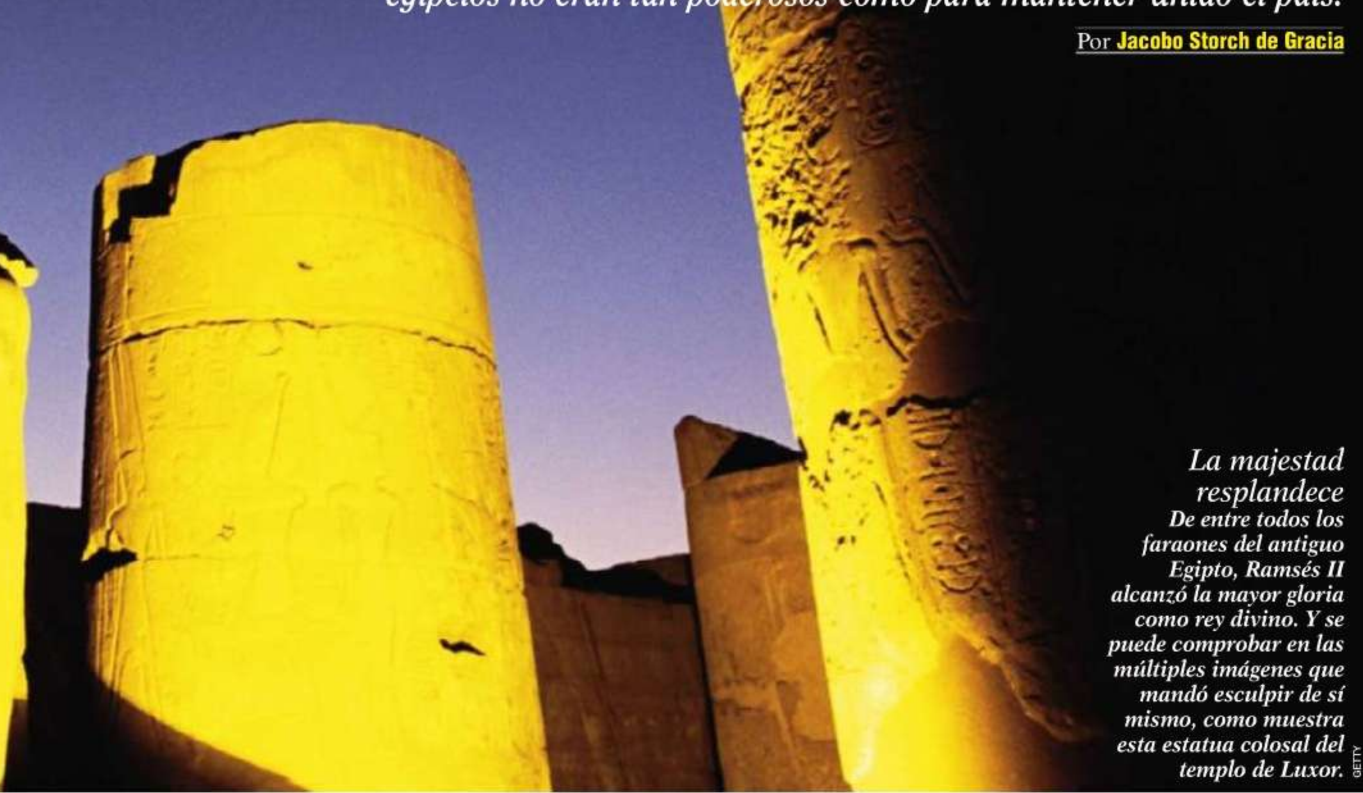
La historia del antiguo Egipto es, durante su largo desarrollo en el tiempo, la evolución de una sociedad que vivió siempre con una única forma de gobierno: la monarquía. Así, durante unos tres mil años de andadura, mantuvo cierta continuidad cultural en una sociedad que evolucionó poco desde los tiempos de los primeros reyes hasta la conquista romana del país del Nilo, y que estuvo siempre bajo el mando de los faraones ya desde los tiempos prehistóricos en el llamado Período Predinástico, allá por los últimos siglos del cuarto milenio antes de nuestra era.

Por entonces, en el periodo llamado "gerzeense" (por el yacimiento de El Gerzeh), aproximadamente entre los años 3500 y 3050 a.C., Egipto entró en la Edad de los Metales y sufrió cambios trascendentales: a la existencia de contactos con el mundo exterior (Mesopotamia principalmente) se suma una rápida evolución en las técnicas

De profesión: dios de Egipto

En el valle del Nilo y desde los primeros tiempos de su historia, el faraón alcanzaba el estado de divinidad a partir del mismo momento de su nacimiento, y hasta su muerte. El hecho se aceptaba con naturalidad por todos sus súbditos, incluso en periodos en que los reyes egipcios no eran tan poderosos como para mantener unido el país.

Por **Jacobo Storch de Gracia**



La majestad resplandece
De entre todos los faraones del antiguo Egipto, Ramsés II alcanzó la mayor gloria como rey divino. Y se puede comprobar en las múltiples imágenes que mandó esculpir de sí mismo, como muestra esta estatua colosal del templo de Luxor. GETTY

de trabajo en piedra y metal, una mejor y más abundante cerámica y el desarrollo de las primeras aldeas, además de la aparición de la escritura.

Derivado de la palabra *per-aa* (literalmente "casa grande", "palacio"), "faraón" es una palabra contenida en los textos bíblicos y, a pesar de lo extendido de su uso o de su capacidad para evocarnos una imagen de grandeza antiquísima, en realidad se trata de un nombre que es tardío, pues no aparece por vez primera hasta el Imperio Nuevo y en un contexto alejado del mundo egipcio tradicional. Así pues, el término faraón designa al "señor de la casa grande", es decir, al titular de la principal mansión del país y tan sólo en la última etapa de su historia. Con anterioridad, al rey del valle del Nilo se le designaba con varias denominaciones diferentes y su titulatura completa incluía cinco apelativos: el "nombre de Horus" era el principal de ellos y se inscribía dentro de una cartela rectangular o *serej*, que representaba a la Casa Grande o palacio real. ▶

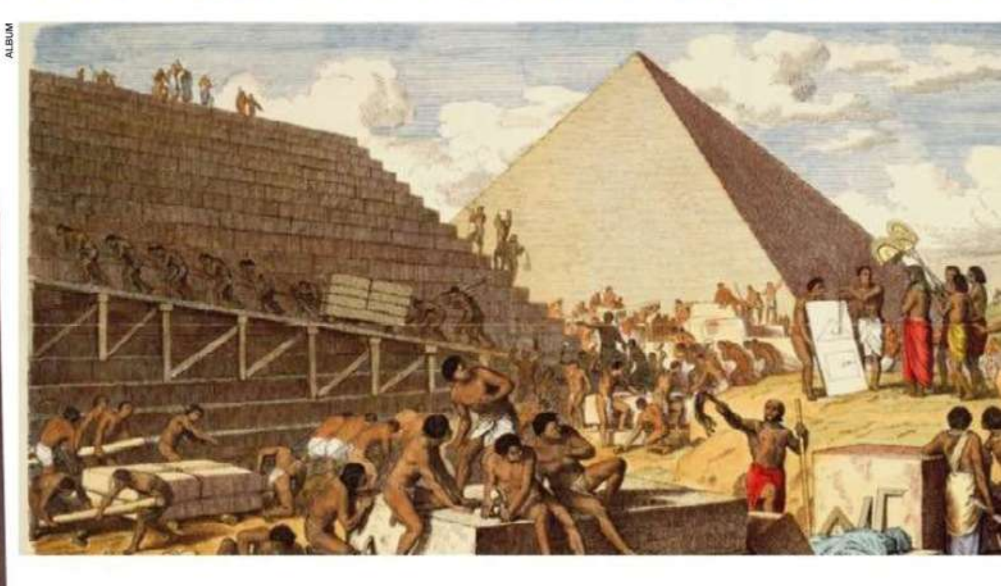
La fiesta de *heb-sed*

Cuando el rey de Egipto lograba completar un largo reinado, celebraba la fiesta del Jubileo (*sed*), que se organizaba tras 30 años en el poder y cada tres años con posterioridad. Con el fin de renovar las gastadas fuerzas del monarca y para garantizar su pujanza mística, además de su vigor físico, se procedía a celebrar esta ceremonia que se remonta a los tiempos predinásticos, quizás como sustituta de antiguos sacrificios rituales de reyes enfermos o débiles, si bien fueron pocos los monarcas que pudieron alcanzar la edad requerida. Para ello se reunían todas las imágenes de los dioses de Egipto, como testigos de esa renovación mágica, y se les alojaba en las correspondientes capillas levantadas en una gran explanada. En una fiesta que duraba varios días, el faraón debía mostrar sus diversos aspectos como rey (con sus correspondientes vestiduras), y uno de los momentos clave era la procesión de las divinidades, a la que seguía la renovación del acto de coronación, además del levantamiento del pilar sagrado o *djed*, que realizaba el rey con sus propias manos. Después, todos los grandes personajes de la corte y de todo Egipto se acercaban a rendir homenaje al rey quien, finalmente, procedía a una carrera ceremonial con la que mostraba a todo el país que se hallaba en plenitud de fuerzas para continuar en el poder al menos otros tres años más. Esta fiesta se repetía en el más allá, con lo que el reinado del monarca se aseguraba para toda la eternidad.

PRISMA

El obelisco de Heliópolis recuerda la fiesta sed *de Sesostris I, de la dinastía XII.*

ALBUM



Encima de esa cartela, el signo del dios Horus en forma de halcón recuerda que se trataba del dios de todo Egipto y con el cual desde los primeros tiempos se identificaba el propio rey. El siguiente era el "nombre de las dos señoras", o nombre *nebti*, pues era el que señalaba que el monarca estaba bajo la protección de Nejbet, la diosa buitre del Alto Egipto, y de Uadyet, la diosa cobra del Bajo Egipto.

El tercer epíteto real era el "nombre de Nesu-bit", o "nombre del trono", con el cual se mostraba que el rey "pertenecía a la juncia y a la abeja, señor del doble país", es decir, que cuando se colocaban estos dos símbolos del Alto y el Bajo Egipto (el junco y la abeja respectivamente) encima del nombre real, quería decir que se trataba del "rey del Alto y el Bajo Egipto" y así se representaba preferentemente en los monumentos arquitectónicos. A estos tres nombres se les añadieron otros dos más: el "nombre de Horus de oro", con referencia a alguno de los principales hechos de su biografía, y el "nombre de Ra y señor de las dos coronas", o nombre del nacimiento, que vuelve a hacer mención del origen divino del rey (*sa Ra* o hijo de Ra) y su condición de dueño de todo el valle del Nilo, dividido en sus dos partes.

De este modo, el término "faraón" era un epíteto tardío (al menos desde Amenofis III, allá por el siglo XIV a.C.) y los súbditos egipcios preferían nombres más cortos (*neb* o señor, *nesu* o rey), mientras que la ampulosa denominación de las inscripciones públicas se refería al monarca a través de una larga titulatura. Por ejemplo, Ramsés II el Grande aparece en las inscripciones como "Toro victorioso amado de Maât" (nombre de Horus), "El que protege a Egipto y somete a los países extranjeros" (nombre de las dos señoras), "el que pertenece al Junco y a la Abeja y Ra es poderoso como Maât y es el elegido de Ra" (nombre de nesu-bit y de señor del doble país) "rico en años y grande en victorias" (nombre de Horus de oro), además de "Ra es el que lo ha engendrado –*Ramesses* o Ramsés–, amado de Amón" (nombre de hijo de Ra y señor de las coronas).

La divinidad real se formó en los primeros tiempos de Egipto

A fines del período llamado Nagada II (hacia el año 3050 a.C.), se produjo el hecho definitivo de la conquista del Bajo Egipto (todo el delta del Nilo) por parte de los reyes del Alto Egipto, establecidos en la ciudad de Abido. Actualmente se estima que el rey Narmer es el verdadero unificador del valle del Nilo y en su famosa paleta aparece en una cara con los atributos del rey-pastor del Alto Egipto –cola de toro, corona blanca– abatiendo a su enemigo con una maza y bajo la protección del halcón-Horus (de hecho, los egipcios posteriores se refirieron a estos monarcas predinásticos como "los reyes servidores de Horus"). En

El faraón era nombrado hijo de dios –colega de otros dioses– y todopoderoso monarca de todas las tierras de Egipto

El rey creador

La construcción de pirámides (1) por parte de los faraones de la IV dinastía es el mayor hito arquitectónico de Egipto, desde que Narmer (2, detalle de su Paleta) unificara el país. Tuvieron un importante precedente en la pirámide escalonada de Zoser (3), construida por Imhotep (4), quien también acabó siendo divinizado.






la otra cara de la paleta, el mismo Narmer se encuentra en la procesión que celebra su victoria sobre el Bajo Egipto, tocado con la corona de esta parte del país y acompañado por un cortejo de magistrados y de portaestandartes. Delante del cortejo, diez hombres decapitados y una nave representan las fuerzas sojuzgadas, sobre las cuales ha caído la severa justicia del vencedor. Se trata de una iconografía perfectamente estudiada en todos sus detalles y que tendrá amplia repercusión en los relieves de los siglos posteriores.

Desde la formación del poder real, éste tiene carácter divino. De hecho, los textos reflejan tempranamente que "los dioses conocen las virtudes del rey antes de que haya nacido", así como el hecho de que el monarca es el hijo carnal de la divinidad. Los relieves muestran cómo el nacimiento de un faraón es el nacimiento de un dios, al ser Amón mismo quien toma la forma del rey-padre para fecundar a la reina, mientras que Jnum modela con su torno de alfarero la figura del futuro rey niño y su alma o *ka*. Este nacimiento milagroso se consolida en la subida al trono del nuevo rey, cuando se le representa ante una corte de príncipes, nobles y sacerdotes que adoptan la forma de los dioses. Se trata de un ritual muy complejo y celebrado, pues la consolidación del nuevo rey conjura el peligro de que el caos se apodere de Egipto y permite que las cosas vuelvan a su orden natural, del mismo modo que la fiesta del *heb-sed* sirve para perpetuar el poder mágico del rey tras un largo reinado.

Durante la III dinastía (años 2707-2639), los faraones decidieron atajar un grave problema de tipo religioso: la creencia de que el alma de los recién nacidos procedía de la energía solar y no del *ka* del rey. Ante esta situación, los faraones recurrieron a una exhibición de poder como era la construcción de grandes necrópolis reales, con la pirámide como edificio principal. Estas obras se convierten en tarea nacional, de espíritu religioso y con carácter obligatorio.

A grandes reyes, grandes construcciones

La construcción de las pirámides obligó a la reorganización del país, pues la propiedad privada fue abolida y todos los egipcios se encontraron a disposición del faraón; es decir, que podían ser trasladados de una propiedad real a otra. La pirámide escalonada de Saqara, en la que se empleó sistemáticamente la piedra por primera vez como material de construcción y debida al faraón Zoser y su arquitecto Imhotep, estrenó una carrera que llevó a hacer las pirámides cada vez mayores, mientras se discutía el papel real en el culto solar.

La carrera por el "más alto" o "más grande" permitió llegar hasta las máximas realizaciones en Giza, obra de los faraones de la IV dinastía (años 2639-2504), entre las que destacan las monumentales pirámides de Khufu (Keops), Keper-re (Kefrén) y Menkaure (Micerinos).

Símbolos reales



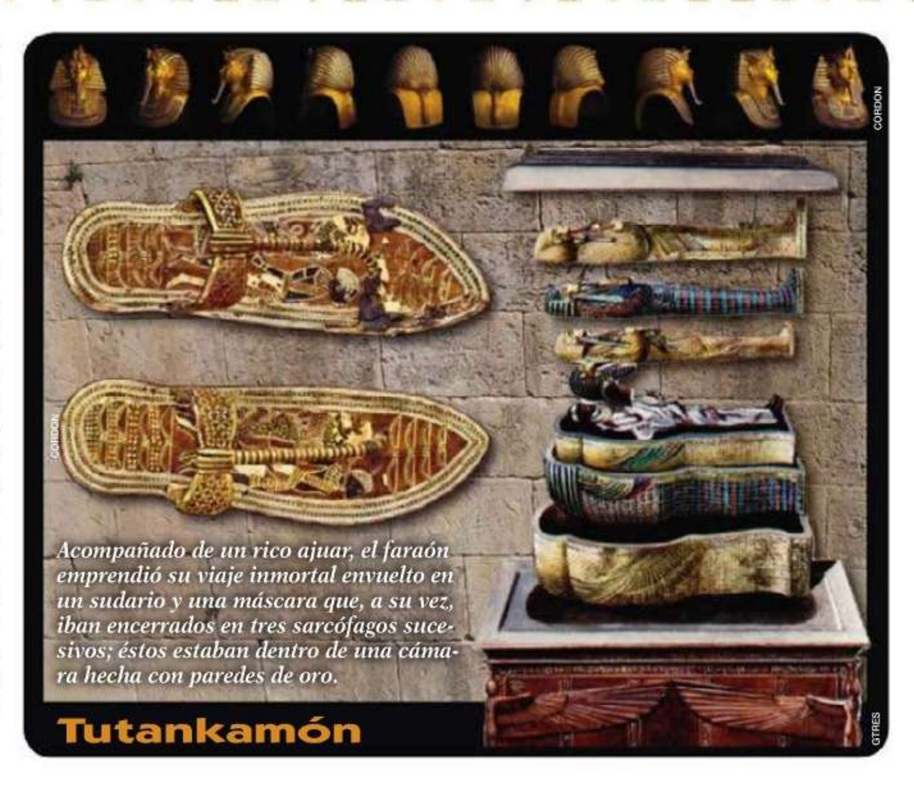
El cayado y el flagelo (1) eran atributos reales y la unión de Egipto se recordaba con la abeja y la caña (2), las flores de papiro y de loto (3) y la cobra y el buitre (4).

Hedyet *La corona blanca representaba el poder sobre el Alto Egipto.*

Desher *La corona roja servía para simbolizar el Bajo Egipto, al Norte.*

Pshent *Las dos coronas mostraban el poder del rey en todo Egipto.*

En este periodo, el llamado Imperio Antiguo, el poder del faraón adquirió su máximo esplendor, compartiendo su naturaleza con la de los mismos dioses ya desde el momento de su acceso al trono y convirtiéndose en el garante de la paz y la prosperidad de todos los habitantes de Egipto. Sin embargo, algo cambió en la religión del Estado, pues el poder del faraón se vio condicionado por el del dios solar, Ra, de quien se proclamaba hijo; poco a poco, las tumbas reales eran cada vez menores y más descuidadas. Al disminuir el papel divino del faraón, los dioses locales fueron independizándose del rey y favoreciendo la decadencia del poder central en favor de los gobernadores (nomarcas) de los distritos, iniciándose así el fin del Imperio Antiguo en el siglo XXII antes de nuestra era. Este proceso se repitió en las ocasiones en que la fuerza centralizadora de los diferentes Imperios o Reinos daba paso a los periodos denominados intermedios, momentos de esplendor para las distintas dinastías locales, si bien nunca se discutió el carácter divino del faraón.



Acompañado de un rico ajuar, el faraón emprendió su viaje inmortal envuelto en un sudario y una máscara que, a su vez, iban encerrados en tres sarcófagos sucesivos; éstos estaban dentro de una cámara hecha con paredes de oro.

Para mostrar su majestad y rango, el rey empleaba diversos símbolos

En relieves y pinturas, la imagen del faraón de Egipto es deslumbrante ya desde los primeros tiempos de la monarquía. Se le representa con todo tipo de insignias y objetos que muestran su poder y su identificación con los dioses. Desde el principio, y como recuerdo de su etapa como "reyes pastores" del Alto Egipto, los monarcas llevan una cola de animal atada a la cintura, llevan una barba postiza (a la que los textos se refieren como una divinidad en sí) y se apoyan en un largo cetro (*was*), además de tocarse con diferentes coronas, a las que se dirigían oraciones como objetos que poseían poderes sobrenaturales. Uno de los símbolos más significativos de la unificación de Egipto era la doble corona que portaba el faraón en las principales ceremonias. Las características "corona blanca" y "corona roja" (*hedyet* y *desher*) del Alto y Bajo Egipto respectivamente se unían en una sola (*pshent*). Su faceta de rey conquistador se representaba con la corona azul de guerra, el *jepresh*, mientras que su aspecto justiciero era señalado mediante la corona *atef* o corona blanca de Osiris, con doble pluma de avestruz en los laterales y un disco solar en la cima.

El monarca mantenía siempre su titulatura de "rey de las Dos Tierras", para lo cual se ponía bajo la protección de las diosas de ambos países y se emplearon todos los símbolos que servían para identificar las dos partes del valle (loto y papiro, cobra y buitre, abeja y caña, etc.), además de adornarse con otros símbolos de poder tales como el cetro o *heka* y el flagelo o *nejej*, que sujeta con ambas manos.

Las imágenes del primer arte egipcio nos muestran al faraón, siempre de mayor tamaño que los demás mortales, ayudado por los dioses y con todos los atributos citados, luchando contra sus enemigos, construyendo ciudades, abriendo canales e inaugurando los trabajos agrícolas tras la crecida del Nilo o departiendo con los dioses... Ya desde entonces, el lenguaje del poder quedó perfectamente establecido y, a lo largo de su historia, Egipto no hará más que añadir algún que otro detalle, cambiar el estilo artístico, emplear diferentes materiales y poco más, insistiendo siempre en el carácter divino del rey.

Egipto consiguió en el Imperio Nuevo (1550-1070 a.C.) su máxima expansión territorial y cultural; a este momento pertenecen muchas de las obras artísticas más famosas, tales como

La inspección real

Los arquitectos muestran a Ramsés II y a la reina Nefertari los planos de la tumba de Abu Simbel, situada en las tierras altas y al borde del Nilo, al sur de Asuán, cuyo nilómetro (derecha) permitía calcular el volumen de cada crecida anual del río.

Como verdadero dios en vida, el faraón era el principal responsable del culto en todo Egipto, pero delegaba sus funciones en los sacerdotes

las del tan celebrado Tutankamón, un faraón que murió joven y que después de haber reinado tan sólo diez años reunió para su viaje al más allá una fabulosa colección de muebles, estatuas, joyas, armas y otros objetos. El conjunto de su ajuar funerario, el único conservado intacto de todos los faraones de la historia de Egipto, permite imaginar lo que habrían sido los materiales de las tumbas saqueadas de un Tutmosis III o un Ramsés II, por citar algunos de los faraones más poderosos.

La fuerza del rey era vital para mantener la paz y la riqueza del país

El poder real fue entonces más fuerte que nunca, con rasgos de autocracia no vistos hasta el momento. En los textos y los relieves podemos ver al faraón haciendo alarde no sólo de su fuerza física, sino también de su efectividad como general victorioso que conquista muchas ciudades y toma gran cantidad de prisioneros y de botín, a diferencia del aspecto elegido por los faraones del Imperio Medio, que preferían mostrarse como funcionarios prudentes y responsables. Incluso la única mujer que gobernó Egipto de un modo efectivo, Hatshepsut, utilizó esta imagen de poder y no renunció a todos los atributos del faraón guerrero y dominador, barba postiza incluida.

El faraón ha recibido de los dioses su potencia divina y, gracias a ella, todo lo que él emprende es beneficioso para el país, empezando por las crecidas del Nilo, que producen excelentes cosechas porque la divinización del río respeta al faraón como dios. Los textos egipcios antiguos muestran al rey con su nombre y títulos acompañados de los adjetivos "vida, salud y fuerza" y sus decisiones adquieren el rango de dogmas de fe. Pero el rey, a cambio, debía atraer la gracia divina sobre su persona y mantenerla a través de su presencia en los rituales, pues el monarca es el sacerdote supremo del reino. Así, el acto de culto a los dioses y la construcción de los edificios destinados a ello era una de las funciones del faraón, aunque en la práctica esta actividad estaba delegada en manos de los sacerdotes. Por ello, la religión estaba controlada por un nutrido grupo de sacerdotes al frente de los templos, con sus tierras anejas y los almacenes donde se guardaban sus tributos ▶



ALBUM

Los textos de las pirámides

En las paredes de las pirámides y otras tumbas del Imperio Antiguo se solían grabar textos en los que se reunían conjuros y oraciones que sirvieran como guía en el viaje del alma del faraón al más allá, con el fin de asegurar su pasaje a la vida eterna. Con precedentes en estelas y tumbas de las dos primeras dinastías, el repertorio de textos apareció por vez primera en la pirámide de Unas, el último rey de la V dinastía (2367-2347), unas 228 fórmulas sin un orden determinado y que se empleaban en las ceremonias funerarias. En ellas, se recogen pasajes de la lucha legendaria entre los dioses Horus y Seth, así como indicaciones que se pronunciaban para que el faraón no se extraviase en su viaje funerario y pudiese llevar a buen término su unión con los dioses. Andando el tiempo, del texto de las pirámides surgieron los restantes textos reunidos en el llamado "Libro de los sarcófagos", al ser empleados en el interior de los sarcófagos del Imperio Medio, para acabar formando en el Imperio Nuevo el conjunto del llamado *Libro de los Muertos* (*Libro del Amduat, Libro de las Puertas* o *Libro de las Cavernas*), compendio de creencias cosmológicas, fórmulas mágicas e indicaciones acerca del culto y los alimentos que han de asegurar la vida del cuerpo del faraón por toda la eternidad, siguiendo la idea de que los textos son mágicos: su lectura convierte en realidad lo que expresan.

Un guardián contempla los textos del Libro de las Pirámides en la tumba del rey Unas, en Saqara.

GETTY

correspondientes. Si bien los sacerdotes mantienen cierta autonomía dentro de los templos, con sus propias tierras e independencia de actuación, su poder depende del faraón, quien nombra directamente los altos cargos sacerdotales y mantiene con sus dones los planes de construcción de los edificios de culto.

En el Imperio Nuevo, la fuerza de los altos funcionarios recayó también sobre los sacerdotes, especialmente aquellos dedicados al culto de Amón. Este dios dinástico, con multitud de templos en todo el valle del Nilo (el más importante, el complejo de Karnak, dentro de la misma corte del faraón), acumuló muchas riquezas gracias a la protección real. Los faraones se vincularon especialmente a este dios y ello permitió que el clero de Amón adquiriese una enorme importancia política; el gran sacerdote acabó teniendo también poder militar y aspiraba, lógicamente, a hacer hereditario su cargo. En determinados momentos de la historia de Egipto, el propio poder real se hallaba atado a la voluntad de los grandes sacerdotes de Amón, interviniendo éstos de forma directa en las intrigas de palacio, lo que incluyó la deposición o nombramiento de varios faraones.



Un grupo de presión *Los sacerdotes acumularon una enorme influencia gracias a las tierras, riquezas y otras prebendas que les concedieron los faraones, hasta convertirse en verdaderos vigilantes de la propia realeza.*

GETTY

El aspecto más llamativo de la cultura egipcia antigua es quizá el de las creencias funerarias, pues no en vano todo giraba en torno al viaje al más allá por parte del *ka* o alma del difunto y la obligación de atender las necesidades del *ba*, la otra esencia del difunto y que permanecía en la tumba. En principio, las creencias y los rituales funerarios se elaboraron esencialmente para el rey y encontraron su justificación teológica en su naturaleza divina. Como hijo de Ra, el Faraón accede automáticamente al más allá celeste y navega por el cielo como nuevo sol al lado de la divinidad solar en su barca. Como heredero de Osiris, que había reinado sobre la tierra, el faraón muerto se identificaba con aquél en su vida de ultratumba.

El rey difunto emprendía un largo viaje para unirse a los otros dioses

La supervivencia del *ba* requería que el cuerpo mortal del fallecido tuviese que conservarse. Había que evitar la degradación del cuerpo y para ello se fueron desarrollando las diferentes técnicas de momificación, sobre las que descansa casi todo el prestigio y la fama del antiguo Egipto. Heródoto nos cuenta cómo actuaban los especialistas en este proceso: "En primer lugar, con un gancho de hierro, ellos extraían el cerebro por las fosas nasales; pero sólo conseguían hacerlo en parte, por lo que disolvían el resto mediante el uso de ciertas drogas. Seguidamente, mediante

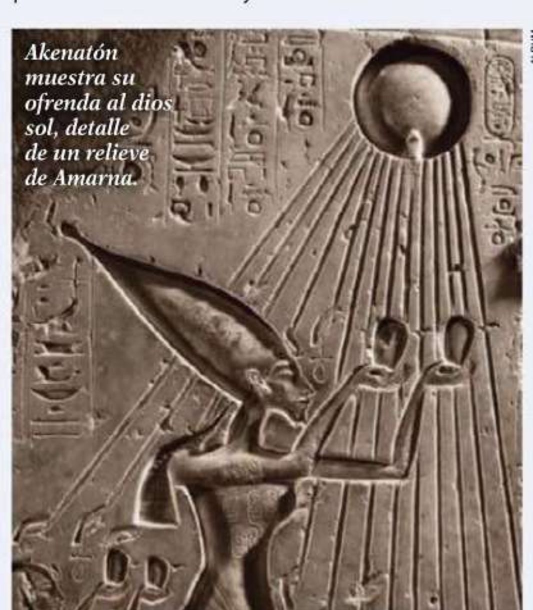


PRISMA

Akenatón, el rey soñador

Amenofis IV (1351-1334 a.C.), hijo de Amenofis III y esposo de Nefertiti, autor de un hermosísimo *Himno a Atón* y promotor del culto monoteísta al dios solar en todo Egipto, ha pasado por ser un hombre místico y devoto para unos, mientras otros autores ven en él a un débil mental, que tras su escudo religioso escondía una personalidad fanática y un gobernante desentendido de los asuntos de Estado. Es la suma de su doble faceta: si fue un gran místico como religioso, como soberano su reinado fue deplorable.

La reforma religiosa de Akenatón en favor del dios Atón tenía un doble fin. El faraón creía firmemente en la unificación de Egipto y los países conquistados (Siria y Nubia) a través de una síntesis religiosa basada en el dios solar; pero también pretendía librarse del clero de Amón y su gran sacerdote, que ya tenía a la realeza bajo su control. Así, la reforma de Akenatón, más que una ofensiva contra el dios Amón, era un intento de resolver las tensiones con la clase sacerdotal que obligaron al rey a correr hacia la radicalización. Esta ofensiva fracasó y el clero de Amón quedó reforzado, así como restaurado el culto de los restantes dioses tras el retorno a la antigua fe en los diversos dioses emprendida por su hijo y sucesor Tutankamón.



Akenatón muestra su ofrenda al dios sol, detalle de un relieve de Amarna.

ALBUM

La momificación era un requisito imprescindible para que el alma del rey pudiese hacer su viaje a la eternidad

una piedra afilada de Etiopía, practicaban una incisión a todo lo largo del costado del difunto y vaciaban el cuerpo de todas sus vísceras; en el interior del cuerpo, una vez limpio, hacían correr el vino de palma y sustancias aromáticas pulverizadas; después ponían en el vientre un emplasto de mirra molida, hierbas y los otros aromas conocidos, a excepción del incienso. Por último, recosían el corte". Con esta operación se retiraban del cuerpo los órganos y tejidos grasos que provocarían su rápida corrupción y los depositaban en recipientes aparte (los vasos canópicos o canopos).

Con la inmersión del cuerpo (reducido a piel, huesos y cartílagos) en una salmuera, se lograba una deshidratación del mismo: "impregnaban el cadáver con sal sumergiéndolo en un baño de natrón durante 70 días. Una vez transcurridos, lavaban el cuerpo y lo envolvían enteramente con tiras de una gasa muy fina, untada con esa goma que los egipcios emplean en general en lugar de la cola". Los 70 días corresponden al periodo en que la estrella Sotis se mantiene fuera de visión, lo que se interpretó como el tiempo transcurrido entre la muerte y la resurrección del difunto, antes de emprender su viaje al más allá.

Heródoto sigue diciéndonos que "cuando le llevaban el cuerpo a los embalsamadores, éstos mostraban a sus clientes modelos de momias, en madera pintada, muy bien imitadas. El más apreciado, les explicaban, reproducía el embalsamamiento de Osiris; seguidamente les mostraban el segundo modelo, menos cuidadoso y menos caro, después el tercero, el menos costoso de todos. Así se enteraban de los gustos de los parientes, que se retiraban una vez acordado el precio".

Ritos funerarios

En los vasos canopos (1) se recogían las vísceras del cuerpo embalsamado, el cual se depositaba en un sarcófago y se hacía acompañar en la tumba de un enorme ajuar funerario (2), con las imprescindibles ceremonias rituales. Así, los cuerpos bien conservados como el de Ramsés II (3) podían emprender su viaje inmortal.


3

AGE CORDON


1

ALBUM


2

La importancia del rey se reflejaba en el culto funerario que se le rendía

Una vez el cuerpo ha sido embalsamado, es velado en palacio por un cortejo de plañideras y cortesanos antes de trasladarlo, en solemne cortejo, hasta la orilla del Nilo, junto con parte de su ajuar (generalmente, la tumba estaba ya preparada desde un tiempo antes con todo su mobiliario, a la espera de su morador). En la travesía fluvial hasta la tumba, el cadáver se mostraba dentro de su sarcófago de madera y sobre un gran catafalco a los hombres arracimados en ambas orillas del río, que contemplaban el duelo de los acompañantes del cuerpo regio. El cortejo fúnebre, una vez desembarcados en las cercanías de la necrópolis, se dirigía hacia la tumba en medio de los cantos y oraciones de los sacerdotes y los lamentos de familiares y allegados. Una vez introducido en la tumba, se procedía a la ceremonia de apertura de la boca (para que pudiese recitar las oraciones con las que llegar al mundo de ultratumba) y el adiós al muerto por su esposa, antes de ser trasladado al interior de la cámara funeraria, desde donde su alma emprendía ese viaje al más allá.

Como escenario para la perpetuación del cuerpo del faraón surgió la tumba monumental bajo todas sus formas posibles (edificios con habitaciones, mastabas, pirámides, hipogeos, etc.), provista del ajuar correspondiente para que el rey pudiese disfrutar de todas las comodidades y todas sus riquezas en la eternidad. Así, los monumentos funerarios reales llevan aparejados consigo unos adecuados medios económicos para sostenerlos (tierras y riquezas) y un amplio personal, tanto para ejecutar las obras como para mantener el culto funerario al difunto, pues no en vano se trataba de un personaje que en vida había estado más próximo a los dioses que a los mortales y que, tras su muerte, volvía a reunirse con sus pares divinos. ■

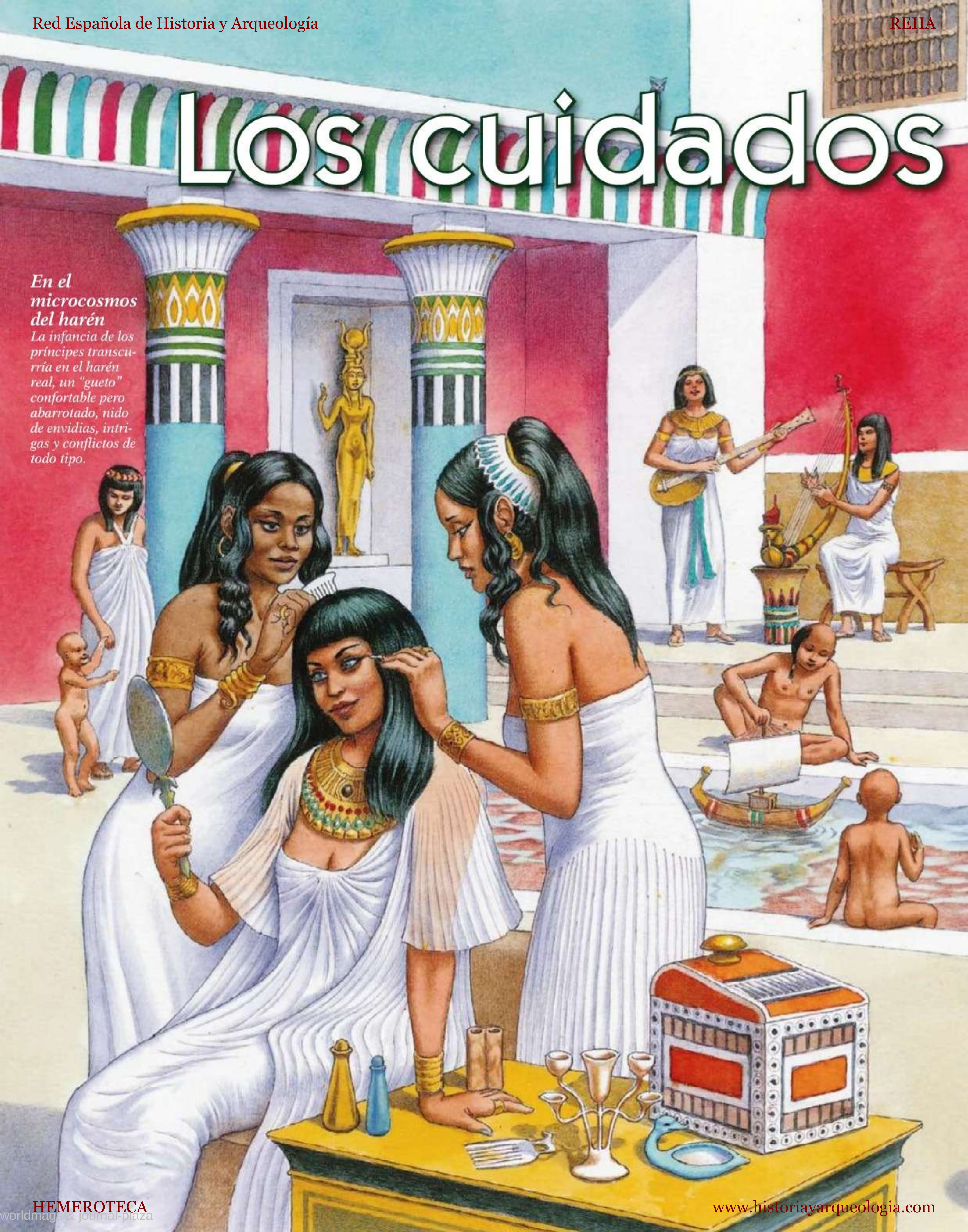

La última navegación

Las barcas solares (izquierda, la barca de Keops en Giza) permitían al faraón recorrer las procelosas aguas hacia el reino de ultratumba. Tras el viaje, el rey se presentaba ante los dioses, como aparece en los papiros funerarios.





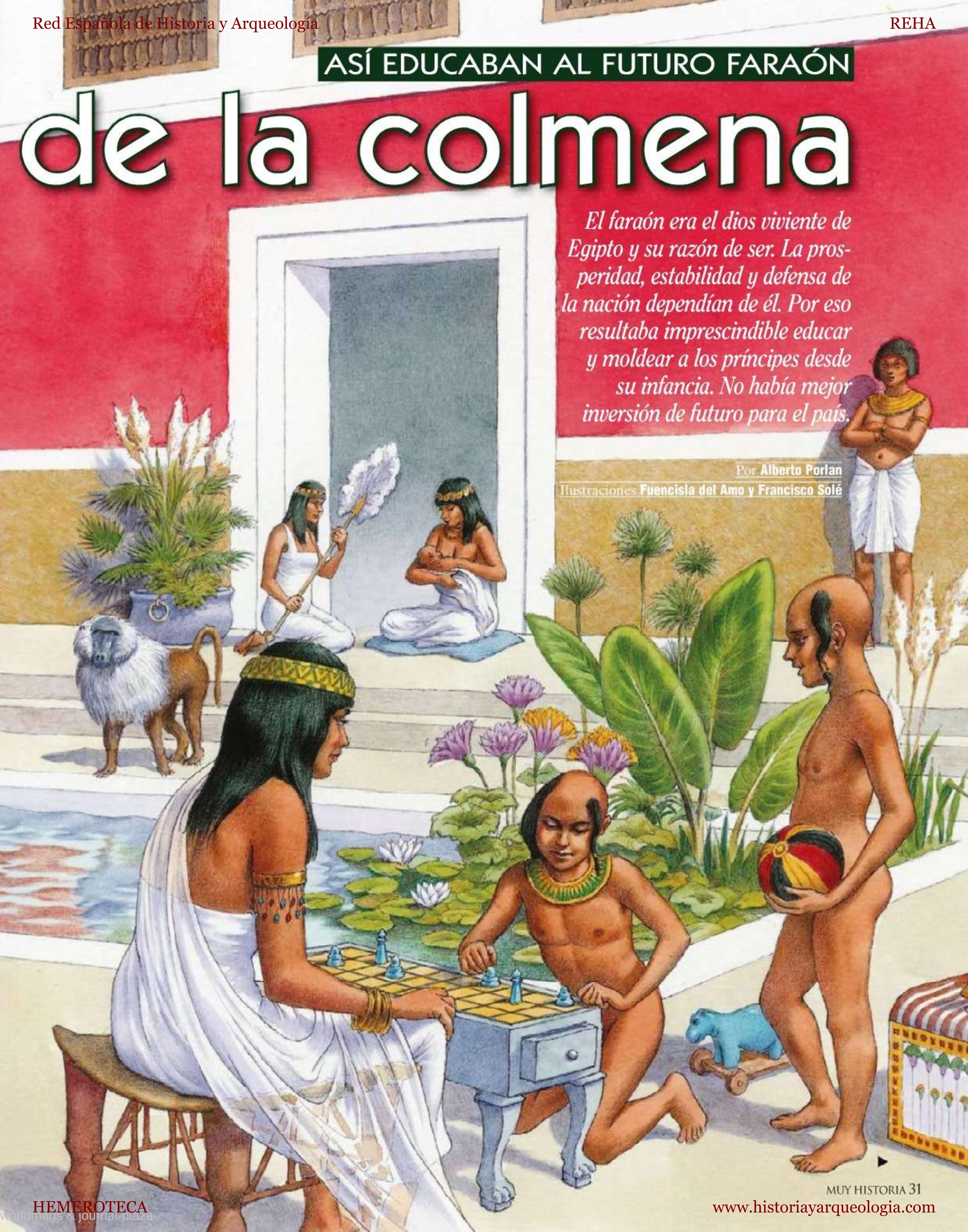
PRISMA



Los cuidados

En el microcosmos del harén

La infancia de los príncipes transcurría en el harén real, un "gueto" confortable pero abarrotado, nido de envidias, intrigas y conflictos de todo tipo.



ASÍ EDUCABAN AL FUTURO FARAÓN

de la colmena

El faraón era el dios viviente de Egipto y su razón de ser. La prosperidad, estabilidad y defensa de la nación dependían de él. Por eso resultaba imprescindible educar y moldear a los príncipes desde su infancia. No había mejor inversión de futuro para el país.

Por **Alberto Porlan**
Ilustraciones **Fuencisla del Amo y Francisco Solé**

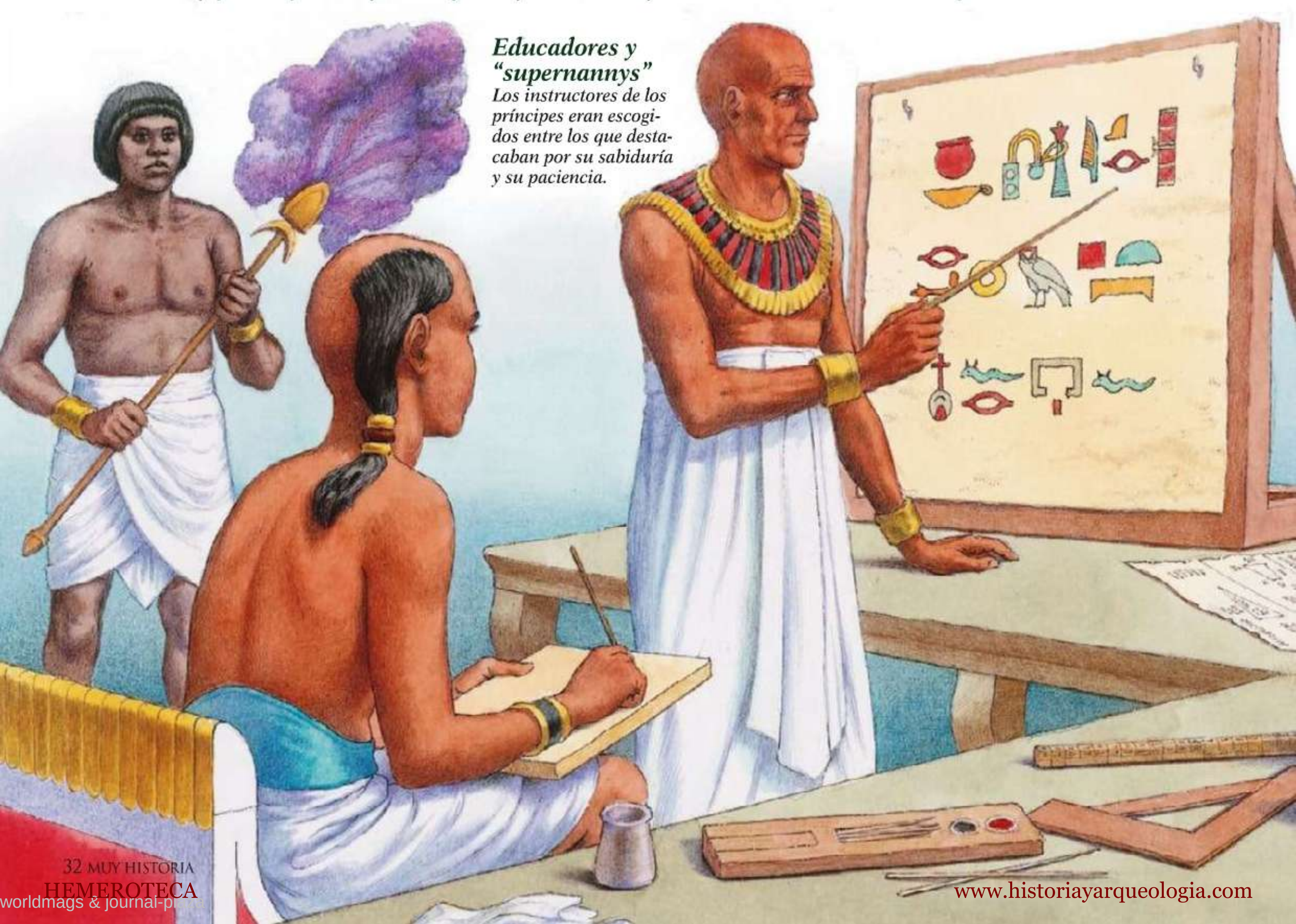
Cuando una sociedad se organiza en torno a un concepto político, llega un momento en el que se convierte en rehén de dicho concepto. Y cuanto más fuerte y amplia sea la organización que se ha establecido, tanto más necesario le resulta a esa sociedad mantener en pie el concepto político nuclear. En la sociedad egipcia antigua, el concepto nuclear era el faraón. Su divina persona era el núcleo de Egipto. Puesto que todo dependía de él en última instancia, resultaba inimaginable el funcionamiento de la sociedad sin su figura. El faraón era más que un dictador en el sentido que hoy damos a esa palabra: era el dios viviente de Egipto. Todas las decisiones colectivas de importancia debían ser sancionadas por él. La prosperidad, la estabilidad y la defensa del país descansaban en sus manos.

Hasta donde sabemos, en Egipto nunca se cuestionó la monarquía faraónica como tal institución. Se produjo gran descontento con algunos faraones, hasta el punto de asesinarlos, pero no se imaginaba otra receta política alternativa a la monarquía hereditaria absolutista. Así que la mejor solución era conseguir buenos monarcas, y para ello resultaba fundamental moldearlos cuando todavía era posible hacerlo. Por consiguiente, los cuidados y la educación durante la infancia y la adolescencia de los herederos al trono constituían la mejor inversión para el futuro del país. Y en ello no se escatimaban medios.

Una princesa de Mittani en la corte egipcia fue dotada con 320 asistentes

El número de asistentes encargados de velar por los jóvenes príncipes en los buenos tiempos del imperio egipcio debió de ser enorme. Consta el dato histórico de que Tatukpa, una princesita del reino de Mittani que había recibido en su corte el faraón Amenhotep III, padre del rey hereje Akenatón, fue dotada con 320 asistentes. De modo que el número de los que rodeaban al príncipe Akenatón y a su hermano Tutmés tuvo que superar con creces el millar de personas. Sin contar a los preceptores principales y los sacerdotes, había individuos especializados y diferenciados para responder a cada una de las menores necesidades principescas. Había, por ejemplo, varias personas encargadas de su manicura y otras tantas de su pedicura. Depiladores, peluqueros, maquilladores, masajistas, médicos, fabricantes de juguetes ingeniosos, músicos, amaestradores de animales, y talleres enteros de sastres, zapateros y orfebres, que trabajaban dura e incansablemente para producir vestimentas y joyas que, en muchos casos, sólo se usarían una vez. Y a veces nunca, ya que estaban destinadas al uso de ultratumba y acompañarían al soberano en su sepultura. Así se explica,

Sin contar a los preceptores principales y los sacerdotes, un ejército de depiladores, peluqueros, masajistas, médicos, músicos… servía al "aspirante" a faraón



Educadores y "supernannys"
Los instructores de los príncipes eran escogidos entre los que destacaban por su sabiduría y su paciencia.

por ejemplo, el fabuloso tesoro de Tutankamón, que murió antes de ser adulto después de un breve reinado de nueve años, pero cuya pequeña tumba apareció completamente atestada de objetos riquísimos, muchos de los cuales parece que jamás fueron usados.

Cuando se acercaba el momento en que la reina iba a parir, los cuidados del embarazo se extremaban al máximo. La soberana debía permanecer acostada el mayor tiempo posible y se la aislaba en un edificio especial, un paritorio construido en los jardines de palacio, tranquilo y bien ventilado, al que solamente podían acceder sus damas de compañía, sirvientes íntimas, médicos y parteras. Todos los demás, incluyendo músicos, recitadores y danzantes para entretener aquellas horas de la reina, debían permanecer a una distancia prudencial del paritorio.

El parto en sí mismo se rodeaba de complicados ritos. Entre otras divinidades (Isis, Heket, Meret, Nesmejet), se invocaba principalmente la asistencia de la diosa Hathor y del dios Bes, ambas figuras ligadas estrechamente a lo que después llamaríamos "ritos de paso", entendido el nacimiento como lo que efectivamente es: el gran paso al camino de la vida, que culminará en el no menos importante –para los egipcios, incluso más– paso a la senda de la muerte. Las ceremonias religiosas destinadas a obtener la protección de los cielos en el nacimiento de los infantes reales involucraban a todos los templos de Egipto. Lo cual, por otra parte, es bien lógico, teniendo en cuenta que quien iba a nacer era un niño-dios.



Los propios utensilios que se utilizaban en el parto estaban repletos de contenido espiritual. Entre ellos, el más conocido es el llamado *peseshjef*, del que han aparecido ejemplares tan antiguos que proceden de los tiempos predinásticos, asociados a la cultura de Nagada que floreció y tal vez puso en pie el imperio del Nilo allá por el milenio 4°. Están hechos de sílex y desconcertaron a su descubridor, Flinders Petrie, quien, por su forma de punta de flecha con aletas, los tomó inicialmente por armas... hasta que cayó en la cuenta de que a aquellas supuestas armas no se les había sacado filo por la parte externa, sino por el interior de las aletas. Era un útil diseñado para cortar el cordón umbilical del recién nacido: o sea, el primer instrumento quirúrgico de la Historia. En épocas posteriores han aparecido réplicas del *peseshjef* no utilitarias, es decir, sin filo. Se asemejan mucho a las formas que flanquean la corona faraónica, y probablemente fueron utilizadas como amuleto para las mujeres embarazadas, a las que también se les solía regalar imágenes de Hathor y Bes con el propósito de atraer los benéficos influjos de ambas divinidades en el momento del parto.

Los altos índices de mortalidad imponían la protección del recién nacido

El nacimiento de un hijo legítimo del faraón era celebrado en todo el reino, y los clamores anunciando la noticia corrían a lo largo del curso del Nilo hasta su delta. Si los egipcios hubieran tenido cañones habrían disparado salvas, como se haría más tarde en las monarquías de todo el mundo. Desde luego, la ocasión también era para ellos motivo de júbilo, y se celebraba con fiestas y regocijo en todo el país. Pero antes que nada se imponía la protección del recién nacido. Habida cuenta de los abrumadores índices de mortalidad infantil en aquella época, nada parecía suficiente para defender al bebé real. Las ceremonias y las impetraciones a los dioses para que favoreciesen aquella débil vida de la cual dependía el futuro del reino eran tantas que los propios dioses debieron de sentirse abrumados. Además, al niño se le rodeaba de toda clase de fórmulas mágicas y de amuletos en forma de ranas, *ankhs*, el jeroglífico SA, que significaba "protección" (tomen nota las actuales Sociedades Anónimas), y collares con figuras terroríficas destinadas a ahuyentar a quien se acercase a la cuna real con intenciones aviesas.

El poder de las nodrizas



Una diosa amamanta al rey Unas (V dinastía). Relieve de su tumba en Saqara.

ÁLBUM

En Egipto, la leche materna se consideraba una medicina poderosa. Los niños eran amamantados hasta los tres años, y las mujeres que habían parido hijos varones guardaban sus excedentes lácteos y los vendían para tratar las enfermedades oculares y los desarreglos intestinales de los adultos. Para hacer subir la leche, se untaba la espalda de la madre con aceite en el que se hubiese frito la espina de una perca del Nilo. Cuando el bebé enfermaba, se procuraba fortalecer la leche de la madre por el asqueroso procedimiento de hacerla comer una rata. Se creía que el vigor de esos animales se transmitiría al lactante y lo reforzaría.

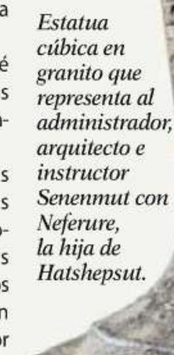
La leche que mamaron los faraones casi nunca procedía de sus regias madres. Los ayos reales, supervisores de los cuidados del infante, se encargaban de seleccionar y vigilar estrechamente a las nodrizas profesionales encargadas de la lactancia de los príncipes. Y algunas de ellas lograron mantener un gran estatus en la corte real. El faraón Amenofis I mantuvo siempre a su nodriza junto a él, la hizo su camarera y terminó confiándola el sello del reino, y Tutmosis III elevó a la suya a la condición de suegra imperial, ya que tomó a su hija (o sea, a su hermana de leche) como primera esposa.

Si sobrevivían a sus primeros años, la infancia de los príncipes discurría en el harén real, que siempre estuvo bien dotado y en los tiempos del esplendor faraónico llegó a ser multitudinario, como una pequeña ciudad. La convivencia entre las esposas principales, las secundarias, las concubinas, los eunucos y los retoños reales hacían del harén un centro permanente de intrigas, envidias y conflictos de toda clase. Por supuesto, nada de lo que sucedía en aquel ámbito aislado del mundo y privadísimo debía trascender al ▶

Doctrinas de sabiduría

Los textos escolares egipcios incluían las *Doctrinas de Sabiduría*, que hoy definiríamos como manuales de ética práctica. Los referidos a la medicina, las matemáticas o la religión son interesantes por anacrónicos. Sin embargo, como comprobará el lector, la utilidad de estos manuales muchas veces milenarios continúa vigente y demuestra la poca distancia que nos separa, en cuanto seres humanos, de aquellos remotísimos antepasados.

- No te burles del ciego, no te rías del enano, no hagas tropezar al lisiado. No te regocijes con la enfermedad del otro ni avergüences en público al que se equivoca.
- No permitas que el rico te soborne para ayudarle a oprimir al pobre.
- Ten cuidado al hablar. Sé prudente. Que cuanto digas tenga interés. Hablar es la tarea más difícil que existe.
- No consientas que los demás lean lo que ellos quieran en tu corazón y, sobre todo, no pierdas jamás tu dignidad. Desconfía de los chismosos. El que guarda un secreto siempre es superior al que lo divulga.
- Las palabras sabias son más escasas que las piedras preciosas. Déjate aconsejar por los sabios, pero también por la gente sencilla. Si lo sabes reconocer, podrás recibir un buen consejo hasta de una esclavita mientras muele el grano.
- Distinguirás al sabio por la amplitud de sus saberes. Pero al hombre honrado sólo por sus acciones.
- El pan de cada día y un corazón contento valen más que una riqueza mal amasada.
- No corras ciegamente en pos de la riqueza ni te quejes de la pobreza. La tempestad se traga el barco del insaciable. En cambio, para el chinchorro del hombre feliz todo viento es favorable.
- Reflexiona antes de dirigirte a un hombre airado. Conserva la calma delante de tus enemigos, inclínate ante el que te ofenda y deja pasar la noche antes de responderle.
- No te vanaglories de lo que sabes. Sé siempre humilde. El que dobla el espinazo no se rompe los riñones.
- El hipócrita es el ser más odiado por los dioses.

Estatua cúbica en granito que representa al administrador, arquitecto e instructor Senenmut con Neferure, la hija de Hatshepsut.

ALBUM

exterior, de manera que sólo nos es dado conocer ciertos aspectos de la vida que allí se desarrollaba cuando tuvieron lugar acontecimientos extraordinarios, como fue el atentado contra Pepi I instigado por Hetes, su primera esposa. Así y todo, el proceso se llevó tan en privado que su instructor pudo hacer inscribir en el interior de su tumba estas orgullosas palabras: "Jamás hubo otra persona de mi rango que llegara a conocer los secretos del harén como yo lo hice.

En ese ámbito, la reina y los príncipes legítimos eran el sol en torno al que giraba todo lo demás, y teniendo en cuenta la crueldad natural de la infancia, es fácil suponer las caprichosas humillaciones y vejaciones que los divinos niños debieron de infligir a sus compañeros de juegos. Entre aquellas paredes se fraguaron amistades y odios de por vida. Muchos de los que habían sido compañeros de los príncipes e integrantes de su corte infantil accedieron años más tarde, cuando su amigo de la infancia fue coronado, a las principales dignidades del reino.

Otros, por el contrario, tuvieron que cargar durante toda su existencia con la indiferencia o la inquina de su antiguo compañero de juegos, lo que pudo condenarles, por ejemplo, a una existencia anónima y gris.

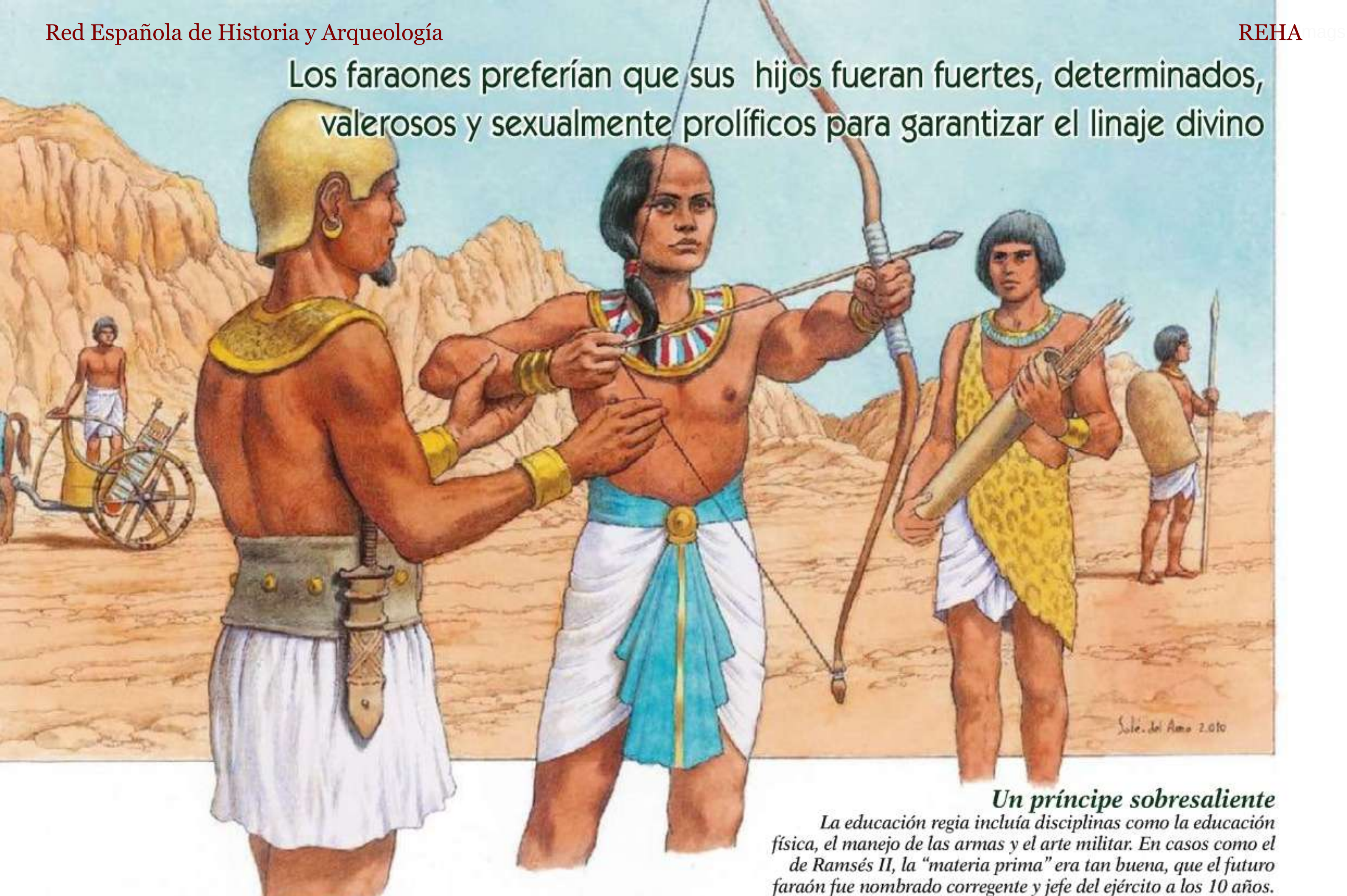
Para atender a la instrucción de los jóvenes príncipes eran designados aquellos personajes de la corte que destacaban por su sabiduría y su paciencia. Otras veces, se traía a palacio a preceptores que habían alcanzado fama en cualquier parte del imperio, e incluso a maestros extranjeros. Las materias de la educación regia incluían la educación física, el manejo de las armas y el arte militar, así como la geografía y la historia del reino, la escritura, la astronomía, el cálculo y la música, tan amada en Egipto.

La educación política y religiosa, fundamental para un rey y dios viviente

Además de todo esto, había dos aspectos principales en la instrucción de los príncipes: el político y el religioso. Ambos eran consustanciales a la futura condición del educando, que estaba destinado a ser rey y dios viviente. Se le instruía en el funcionamiento de la administración del Estado, y altas dignidades del sector clerical se encargaban de iniciarle en los famosos misterios de Egipto, a los que sólo accedería plenamente una vez que fuera coronado faraón. Además, en los casos en que no había dudas sobre el heredero, solía establecerse un periodo de corregencia con su padre que permitía al príncipe aprender a tomar decisiones de gobierno.

Todo esto se llevaba a cabo paulatinamente, pero desde muy temprano. Así por ejemplo, se sabe que el príncipe que luego sería el magnífico emperador Ramsés II estuvo informado desde su infancia de los problemas del gobierno, y fue nombrado jefe del poderoso ejército egipcio a la tierna edad de diez años. Desde luego, nadie esperaba de él que condujera sus tropas a la victoria, pero todos aceptaban como una buena idea que empezase a familiarizarse con el mando militar desde muy niño.

Al juzgar a los preceptores reales hay que tener en cuenta la materia prima, es decir, al propio infante. Los faraones deseaban hijos fuertes, determinados, valientes y sexualmente prolíficos. Ése no era el caso del hijo de Amenhotep III, el príncipe Neferjeperura, que llegaría a coronarse con el nombre de Akenatón. Su educador principal compartía el nombre de su padre, Amenhotep-hijo-de-Hapu, un verdadero genio que, además de ocupar el cargo de arquitecto real, era filósofo, lingüista y matemático. Había nacido en el seno de una modestísima familia de Atribis, en el delta del río, y su talento como escriba (una de las profesiones más



Un príncipe sobresaliente

La educación regia incluía disciplinas como la educación física, el manejo de las armas y el arte militar. En casos como el de Ramsés II, la "materia prima" era tan buena, que el futuro faraón fue nombrado corregente y jefe del ejército a los 10 años.

estimadas del país) le acarreó tal reputación, que fue reclamado a la corte. Allí pudo demostrar su enorme capacidad en todos los ámbitos y, debido a una especial habilidad para no granjearse enemistades, mereció el inusitado honor de ver cómo le erigían un par de estatuas en Karnak antes de morir. Pero, con todo su talento, no consiguió hacer del joven Akenatón el príncipe que su tocayo faraónico hubiera deseado. El rey se burlaba de su vástago, al que llamaba eunuco, y lo tildaba en público de débil y afeminado. No sin razón, porque el muchacho, tal vez a consecuencia de la educación recibida, le había salido lo que hoy llamaríamos un intelectual con tendencias místicas. Sentía un rechazo visceral hacia la violencia, era profundamente sentimental y parece ser que tenía grandes dotes para la literatura y la teología. Además era muy feo, con hombros estrechos y caderas anchas, manos constantemente húmedas y voz aflautada y chillona. De vez en cuando, le gustaba travestirse y pintarse los labios de rojo y los pezones de naranja. En resumen: un tipo interesante, pero un desastre como faraón. Su reinado fue convulso y provocó una revolución en el país que poco tiempo después se saldó con un cambio de dinastía.

En cambio, Seti I tenía motivos para pensar que la educación de su vástago, el futuro Ramsés II, había sido todo un acierto. Se conserva un documento suyo en el que se refiere al príncipe de esta manera: "Coronadle, porque antes de morir quiero admirar su grandeza. Que dirija el país, que se ponga al frente del pueblo.

Ramsés II: un soberano enérgico, valiente y conocedor del país

El responsable de aquel éxito había sido su consejero Peser, mucho menos brillante que Amenhotep-hijo-de-Hapu, pero más afortunado en cuanto a las condiciones de su pupilo. Además de instruirle en las materias habituales, Peser supo interpretar sus inquietudes y fomentar sus capacidades desde la infancia. De manera que modeló a un faraón enérgico, valiente y conocedor del país, un soberano fuerte al que el pueblo temía más que amaba, pues tenía fundada fama de cruel y además era pelirrojo. Desde los 16 años, su padre lo asoció al trono como corregente, y le hizo participar de manera activa en las cuestiones de gobierno. Cuando no estaba dirigiendo campañas militares, se dedicaba a recorrer el reino como inspector de monumentos y canteras, lo que le dio una perspectiva muy nítida de las condiciones del país. Ya era padre a los 18 años, y a lo largo de su dilatada vida –reinó durante cerca de 70– llegó a engendrar al menos otros 200 hijos. Eliminó el peligro hitita después de la batalla de Kadesh, y erigió más monumentos que ningún otro soberano. La Historia lo reconoce como el paradigma de la grandeza faraónica.

La comparación entre estas dos figuras da mucho que pensar. La educación hizo de Ramsés un militar y de Akenatón un místico. La diferencia entre los reinados de ambos fue de sólo 60 años. Y mientras que la decadencia provocada por Akenaton facilitó la llegada de los poderosos Ramésidas, la grandeza de Ramsés II se materializó en unos enormes gastos militares y en la hemorragia de oro que supuso la erección de sus extraordinarios monumentos, lo que agotó las arcas del país y provocó la profunda decadencia de los faraones posteriores. Acción y reacción: así es como funciona el inexorable péndulo de la Historia. ■

VALLE DE LOS REYES

El sueño eterno

En la orilla oeste del Nilo, frente a Luxor, se encuentra la necrópolis más grande del mundo. Las áridas colinas del Valle de los Reyes albergan las momias y los ajuares de los faraones más conocidos, aunque la mayoría de sus tumbas fueron saqueadas en la antigüedad.

Por Palma Lagunilla





SCIENCE PHOTO LIBRARY/AGE FOTOSTOCK/INFOGRAFÍAS JOSÉ A. PEÑAS

Así era la tumba de un faraón

La tumba KV35, que albergaba la momia de Amenofis II y acogió a otros reyes egipcios para evitar su profanación, puede servirnos como modelo de enterramiento. Tras la primera puerta, un corredor en pendiente desemboca en un pozo que impide la entrada de agua y dificulta la labor de los saqueadores. A continuación, una antecámara precede a la cámara principal que acoge el sarcófago del rey. Esta cámara se abre a varios anexos para bienes y provisiones, uno de los cuales es la sala del tesoro del faraón.

A primera vista, el Valle de los Reyes defrauda. Colinas desérticas de tono uniforme, sólo salpicadas por huecos y trabajos de excavación bajo el inclemente sol egipcio. Por eso, cuando el visitante se introduce en cualquiera de sus tumbas, el impacto es mucho mayor. Lo más granado de las dinastías XVIII, XIX y XX se enterró rodeado de lujo entre sus arenas. Y es que durante el Imperio Nuevo los soberanos cambiaron su inhumación en pirámides por hipogeos, una sucesión de cámaras y corredores excavados en las entrañas de los oteros. Los monarcas preferían ser enterrados en recónditas sepulturas escondidas entre los pliegues de las rocas. En los más de 60 sepulcros hallados en el Valle de los Reyes se han identificado a casi todos los monarcas del Egipto más espléndido, pero también hay reinas, príncipes, nobles e incluso mascotas reales. En la foto situamos las más conocidas, aunque seguro que el Valle de los Reyes nos deparará todavía algunas sorpresas. ■

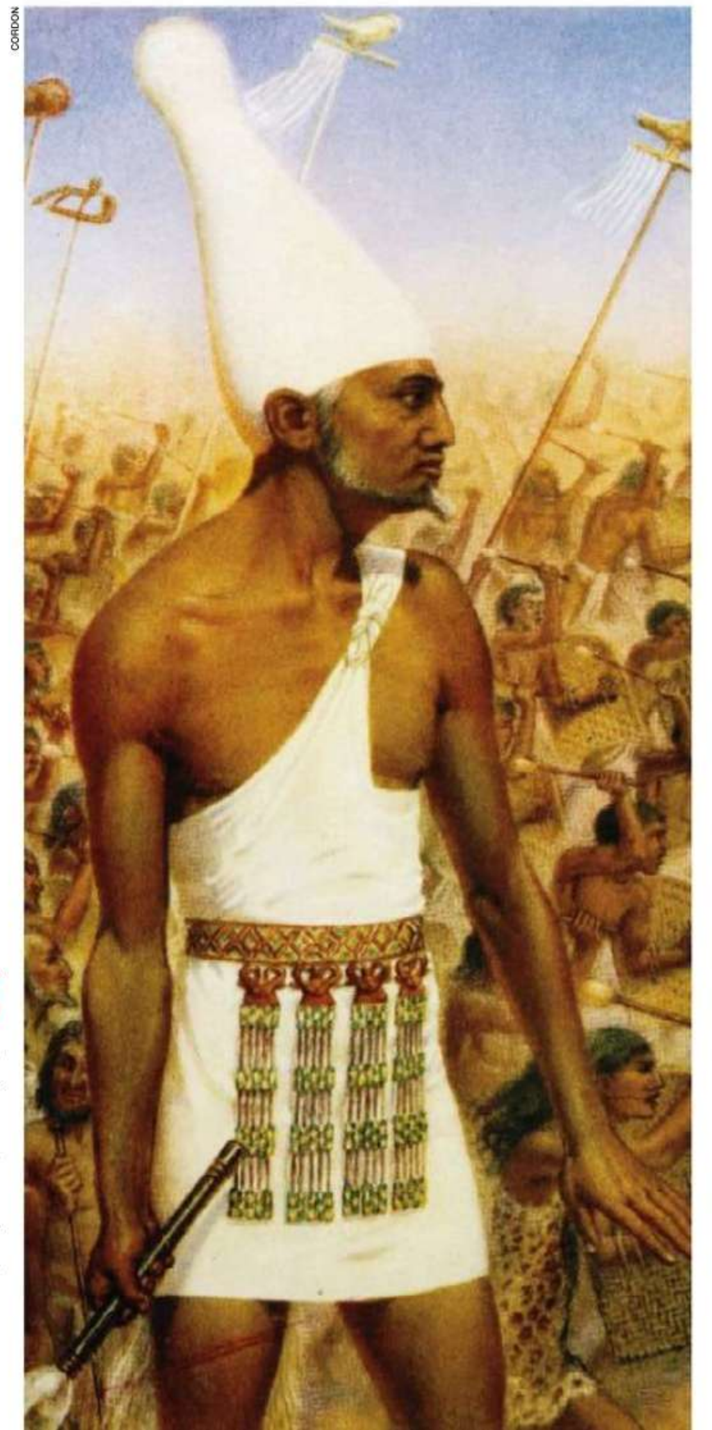
SUMARIO

Entre hombre y dios

Por **José Ángel Martos**

Una rica tribu que habitaba el Alto Egipto se decidió a seguir el curso del río hasta ocupar las tierras del Delta. Aportaban una cultura muy desarrollada, que incluía la escritura y la arquitectura. Y, sobre todo, una absoluta fe en la autoridad de su jefe, el faraón. Fueron los primeros pasos de una civilización apasionante.

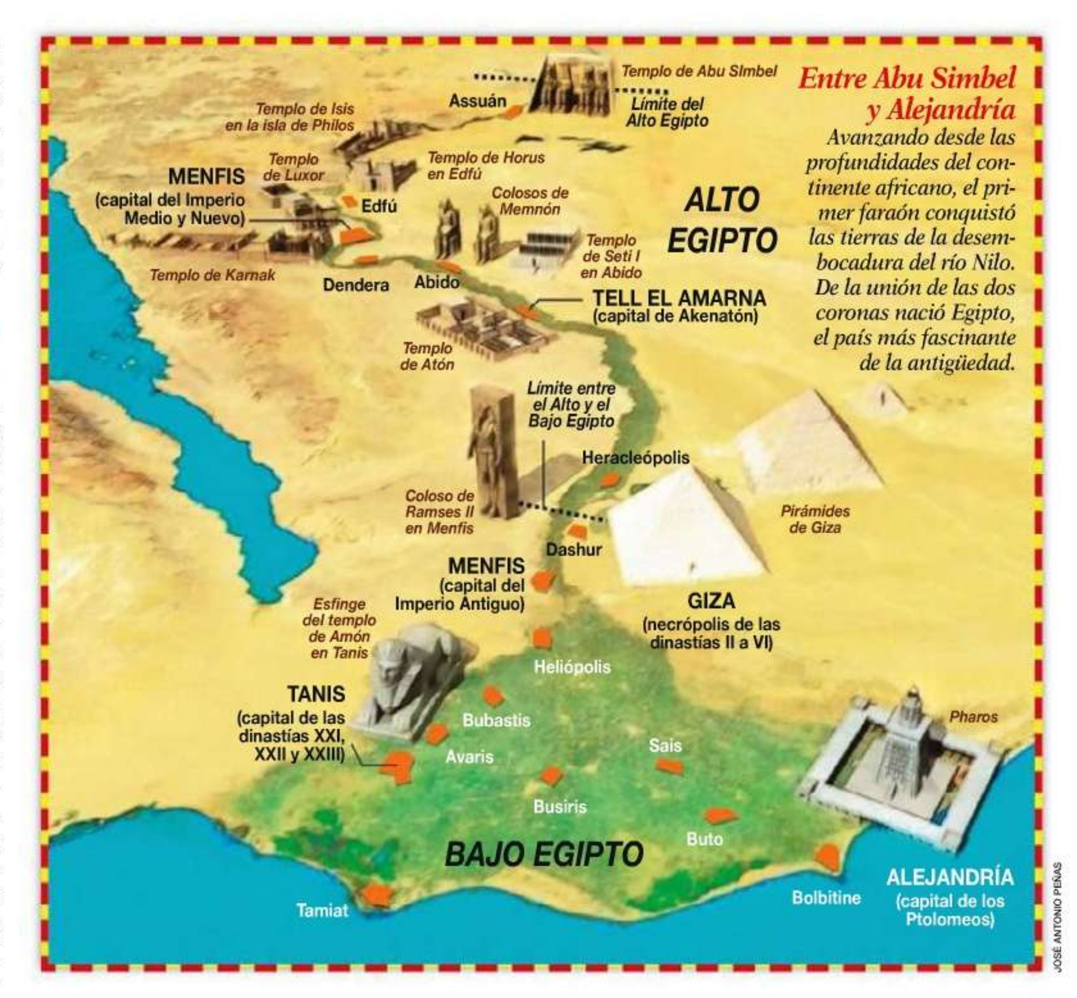
Un grupo de hombres armados al mando de un jefe guerrero llamado Narmer descienden el curso del Nilo. Vienen desde el profundo sur para resolver una vieja querella: quieren imponer su ley a los "extranjeros" que habitan el Delta del río. Han recorrido un largo trecho desde su capital en el Alto Egipto. No son una tribu cualquiera. Forman una rica comunidad que ha mantenido desde hace tiempo relaciones con las lejanas tierras de Mesopotamia a través de una ruta que cruza el desierto oriental, realizando intercambios comerciales y culturales. Así han incorporado los saberes más avanzados de la época, alumbrados entre el Tigris y el Éufrates: la escritura de signos, la construcción con ladrillo de adobe y las formas arquitectónicas más sofisticadas. Pero su fuerza no sólo viene de Asia: los guerreros también se alimentan de una fe


CORDON



El líder más antiguo
Resulta difícil conocer con seguridad quién fue el primer faraón: ¿el unificador Narmer (al lado) o el enigmático Rey Escorpión (a la derecha, la maza ceremonial con la figura del arácnido que le da nombre)?.

profunda y primigenia en la autoridad de su jefe, el faraón. Él administra, en comunicación con los dioses, las idas y venidas de ese río que les ha dado la prosperidad y que ahora lucharán por controlar completamente en esta última batalla. Cuando venzan, ellos serán los primeros egipcios.



Los faraones lideraban ya el Alto Egipto en el 3300 a.C.

La incursión de los guerreros, acaecida hacia el 3100 a.C., no fue ni mucho menos la primera ocasión en que los hombres del sur se atrevían a irrumpir en la tierra de la desembocadura del río. La historia del encuentro entre dos países, el Bajo y el Alto Egipto, entre la civilización del norte y la mucho más avanzada del sur, se empezó a forjar al menos desde dos siglos antes, en torno al 3300 a.C. Fue entonces cuando aparecieron los primeros signos de la llegada al Delta del Nilo de los sureños y cuando asomaron las primeras muestras de su cultura en el tramo final del gran río. Pero ya antes de la primera escaramuza, los habitantes del Alto Egipto habían hecho cristalizar una estructura social liderada por los faraones.

A este momento decisivo de la historia egipcia se le conoce como "periodo Nagada", en referencia al yacimiento arqueológico del mismo nombre que ha aportado las pruebas más interesantes sobre esa civilización tan pujante. Y a Nagada se la denominaba en tiempos antiguos *Nubt*, que quiere decir "ciudad de oro". Podemos rastrear los orígenes de los faraones si examinamos atentamente sus tumbas. En ellas se localizan las primeras demostraciones palmarias de prestigio social: sepulcros decorados, tumbas con valiosas cerámicas y objetos decorativos que han de acompañar a estos líderes locales en su tránsito a la eternidad. Era un fenómeno muy particular y que no ocurría entre los vecinos del Bajo Egipto: allí la sociedad era bastante igualitaria y sus enterramientos, también. Las evidencias funerarias muestran que en la decoración de las tumbas de estos últimos prácticamente no existían indicativos de diferenciación social. Estaban ausentes las piezas decorativas y las pinturas que otorgaban estatus a sus propietarios.


ÁLBUM

La primera representación conocida de un gobernante en el arte egipcio la custodió para la posteridad la ciudad de Abido, en el Alto Egipto, un gran enclave ritual y funerario cercano a la que por entonces era la capital, llamada Tinis, de este país sin unificar.

La parte sur del valle del Nilo es extremadamente fértil

Se trata de una vasija que muestra a una mujer embarazada acompañada por una figura masculina. El hombre, ataviado con una falda y engalanado con una pluma en la cabeza, sostiene una maza con la que semeja estar golpeando, la agresiva postura que más adelante se repetirá hasta la saciedad en las representaciones de los reyes de Egipto. Sin duda, este anónimo personaje portador de emblemas distinguidos y que está en pleno cumplimiento de su deber como guerrero era un gobernante poderoso. El primer faraón, quizás.

¿Por qué surgieron tan tempranamente en el Alto Nilo –y no en otro lugar– unos reyes tan poderosos? Una primera respuesta hay que buscarla en el entorno excepcional de su lugar natal. La parte sur del valle del Nilo, la que se acerca a la primera catarata del río y camina hacia el corazón de África, es una estrecha llanura, colindante con el desierto, cuya cuenca irriga el río con facilidad. La tierra aluvial es extremadamente fértil y produce más alimento del que las comunidades originarias necesitaban para su propio consumo. A poca distancia de estas llanuras se encuentran diferentes oasis, desde los que era posible organizar la extracción de abundantes recursos minerales ▶

Narmer, el unificador

Gracias a un modesto elemento de utilidad en la aplicación de los polvos para la cara –las llamadas paletas cosméticas–, hemos llegado a conocer datos esenciales del faraón que unificó Egipto, Narmer. El contenido de lo que se narra en esta paleta es una relación de acontecimientos bélicos, la historia de cómo el Alto Egipto se apoderó del Delta del Nilo. En el anverso de la paleta aparece Narmer inspeccionando un campo de batalla en el que yacen dos filas de víctimas decapitadas. Le acompaña un séquito que porta estandartes de distintas provincias. Debajo aparece también el faraón guerrero, transfigurado en un toro robusto de grandes cuernos curvos que aplasta a un enemigo de inequívocos rasgos asiáticos. En el reverso de la paleta vuelve a aparecer el rey en su forma humana golpeando a un enemigo arrodillado ante el dios halcón, Horus, que aparece triunfante sobre un símbolo del Delta. Previamente, en esa misma imagen, Narmer ha hecho caer a otros dos rivales más, tendidos en el área inferior. Todos estos enemigos tienen idénticos rasgos: sus cabellos son largos y rizados, y llevan barba. En la iconografía egipcia son los rasgos de los extranjeros libios.

Los mensajes de la paleta no se agotan en la cuestión bélica. En el anverso, Narmer lleva la llamada "corona roja", propia del Bajo Egipto, y, en el reverso, su cabeza sostiene una corona de forma distinta, la "blanca", que refleja su dominio sobre el Alto Egipto. Este mensaje de unificación entre los dos reinos se refuerza todavía más con una bella alegoría que ocupa la parte central del anverso de la paleta, y que es el motivo que ocupa más espacio de todos: dos felinos de alargadísimos cuellos que se entrecruzan. La analogía resulta muy clara: los dos reinos, el Alto y el Bajo Egipto, dominados por un solo señor, el faraón Narmer.

La paleta no es el único testimonio con el que contamos de la existencia de Narmer. Su nombre se ha encontrado en numerosos fragmentos de cerámica en tierras de Israel y Palestina. Y en su tumba de Abido apareció un fragmento de marfil inscrito que representaba a un asiático rindiéndole homenaje. Sin duda, los habitantes del Alto Egipto consideraban que habían logrado dominar a los pueblos limítrofes por el este.



Este utensilio para maquillaje nos permitió conocer la hazaña del faraón Narmer: conquistó el Delta del Nilo para unir los dos reinos.

En el Alto Egipto había un intenso intercambio comercial al que se debía incluso la escritura, que vino de Mesopotamia

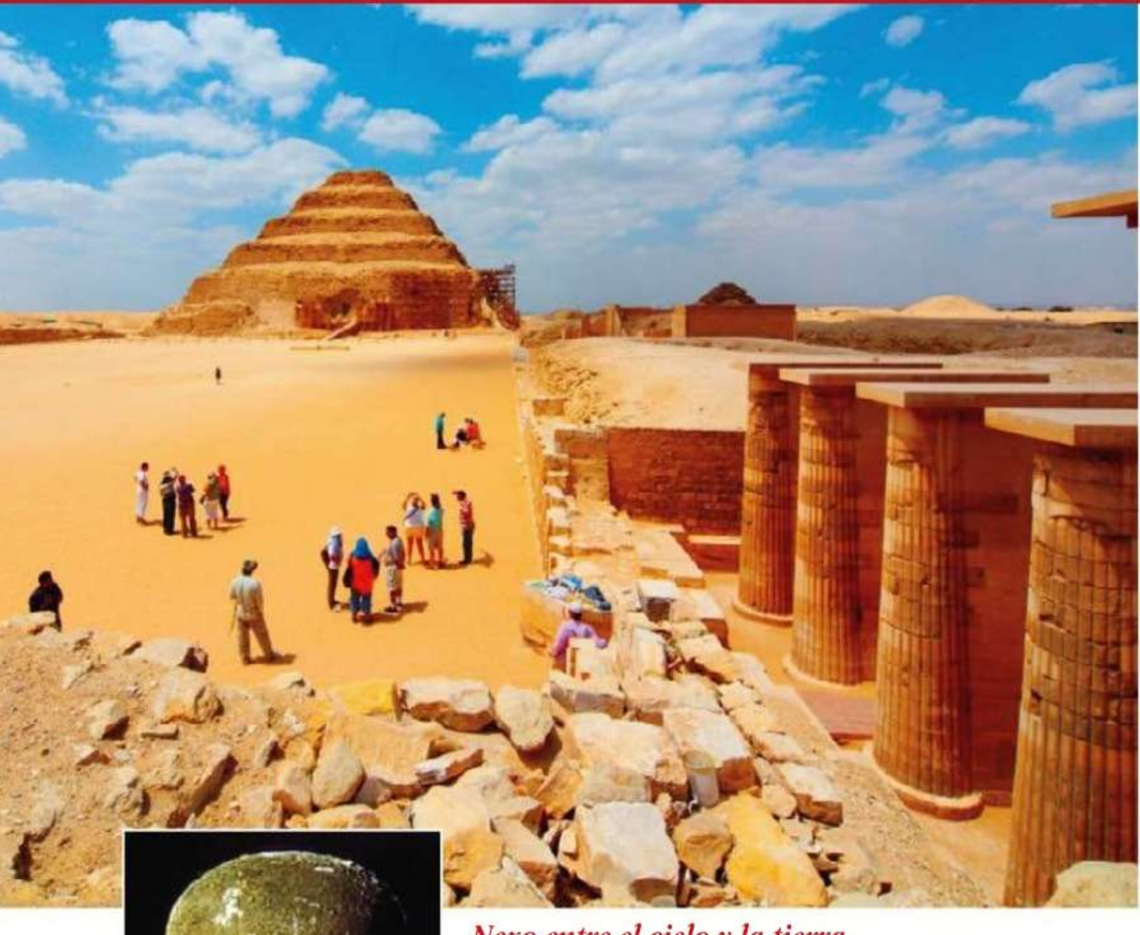
en los yacimientos del desierto y las zonas montañosas cercanas, materiales necesarios para fabricar productos decorativos, objeto de deseo de gobernantes deseosos de que su posesión les permitiese prestigiarse y con ello afirmar su autoridad.

Por si ello fuese poco, el Alto Egipto era ya entonces un excepcional cruce de rutas comerciales: las terrestres que venían del sur (Nubia y el África subsahariana) o del este (hacia el Mar Rojo, que comunicaban con Asia), así como la evidente ruta fluvial que permite el Nilo navegable. Se han encontrado multitud de testimonios de una enjundiosa actividad comercial, entre ellos nada menos que 400 vasijas originarias del área sirio-palestina en tumbas de la ciudad de Abido. Los análisis realizados han llegado a precisar su origen en un área que hoy corresponde al norte de Israel o al Líbano. Parece que estos y otros recipientes solían contener vino, que era por entonces uno de los principales objetos del tráfico comercial. Y el sistema de escritura se "tomó prestado" de Mesopotamia, llegando a Egipto en un grado de desarrollo avanzado. El progreso de esta relación sería rapidísimo. Un par de siglos después, con la conquista del Bajo Egipto y la llegada de las primeras dinastías, encontraremos que Egipto ya realizaba expediciones hacia el sur de Palestina que eran sostenidas por el Estado, en las que "exportaba" su propia cerámica.

El papel del faraón en las crecidas del Nilo

Esos reyes eran ricos y poderosos, por tanto. Pero tiene que haber algo más que explique la importancia que tan rápidamente adquirieron y, con ellos, la fuerza que insuflaron a la institución de la realeza. Ese algo lo encontramos en su capacidad para construir una ideología muy avanzada que justificase su posición central en la comunidad que dirigían y su elevación al rango de divinidad. Esta ideología se basó en dos grandes argumentos de exaltación de la figura del faraón, uno relacionado con los ritmos de la naturaleza y otro con los avatares de la política.

El primer argumento se basó en otorgarle un papel central en la llegada de la crecida del Nilo. El faraón-dios se convirtió en el privilegiado poseedor de las claves religiosas para que cada año la inundación se diese con la puntualidad y la intensidad necesarias, asegurando así que el agua afluyese generosamente, que no ocurriese la desgracia de un año "de vacas flacas" y que todo el país pudiese vivir gracias al buen desarrollo de las cosechas subsiguiente. El segundo argumento de poder consistió en convertir al faraón en la única figura capaz de mantener unidas "las dos tierras", nombre con el que se conocerá persistentemente a lo largo de la historia faraónica al Alto y al Bajo Egipto. En



TOÑO LABRA/AGE FOTOSTOCK

CORDON

Nexo entre el cielo y la tierra

La llegada de la III dinastía supuso un notable avance para las técnicas constructivas. El arquitecto del faraón Zoser, Imhotep (izquierda), que además era sacerdote y asesor del Rey, levantó en Saqara la primera pirámide de piedra con forma escalonada (arriba).

efecto, los faraones siempre se referirán en sus inscripciones a ambos reinos, a pesar de que llevasen miles de años formando una sola entidad política. El motivo de aceptar, mantener y potenciar esta dualidad es que ella misma daba sentido a la propia existencia de los monarcas como puente entre uno y otro reino, figuras imprescindibles en la cúspide del Estado.

Es muy significativo que estos dos grandes roles del faraón surjan ya desde la propia unificación (y el de garante de la crecida del Nilo incluso antes). Nos hablan de una ideología "faraónica" asentada en las más profundas raíces culturales de Egipto. Estos atributos del rey se orquestarán a través de la panoplia de símbolos que conocemos perfectamente y que se han estudiado tan en profundidad: la doble corona (roja para el Bajo Egipto, blanca para el Alto Egipto, cada una con su forma distintiva), los cetros, la cobra en la frente (llamada *uraeus*) y, por supuesto, las identificaciones con dioses.

El culto a Horus se extiende y adquiere mucha importancia

Desde los tiempos predinásticos está documentada la homologación del faraón con Horus, el dios halcón, de quien ya entonces se consideraba que se encarnaba en cada rey que ascendía al trono. El culto a Horus parece haberse extendido en esta época por todo el territorio y, por tanto, la identificación del faraón con él debió ser la más universal de las posibles alternativas de divinización.

Aunque la arqueología haya aclarado bastante la cronología de la historia egipcia, no ha resuelto todos los puntos oscuros que aún restan sobre los orígenes del mundo egipcio: la pregunta de quién fue el primer faraón es quizás el interrogante más descollante. Dilucidarlo es difícil porque no existen unos anales históricos hasta el faraón Aha; pero, antes de que él naciera, sin duda hubo otros líderes con su maza en la mano, como el emplumado de la vasija de Nagada que protege a la embarazada. Se han encontrado vestigios de al menos dos grandes reyes que precedieron a Aha. Sus nombres han alcanzado hoy una estatura legendaria gracias a sucesivos descubrimientos: se trata del llamado rey Escorpión (cuyo terrible ▶

LOS HITOS MÁS RELEVANTES

La milenaria crónica egipcia está trufada de grandes acontecimientos. Recogemos los más importantes, porque nos proporcionan el hilo conductor necesario para conocer la historia del país del Nilo.

3300 a.C.
Comienza la expansión de los reyes del Alto Egipto hacia el Delta del Nilo.

ACI

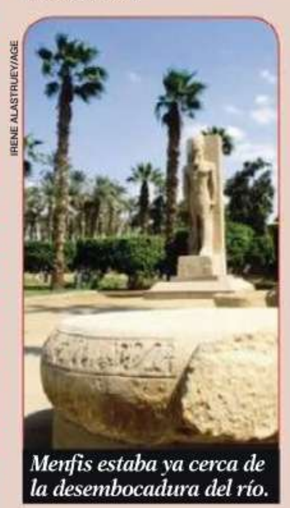


Urna de terracota de la cultura Nagada.

3100 a.C.
Narmer se convierte en el primer faraón de Egipto al conseguir unificar todo el territorio ribereño del Nilo.

3032 a.C.
Se funda una nueva capital, Menfis, en el Delta del Nilo.

IRENE ALASTRUEY/AGE



Menfis estaba ya cerca de la desembocadura del río.

nombre alude a un escorpión que aparece junto a su faz en la única representación que tenemos de él en una maza) y de Narmer.

A punto de cruzar el umbral entre el IV y el III milenio antes de Cristo, se produjo el primer acto histórico atribuido a un faraón de forma precisa: el cambio de capital que tuvo lugar con la fundación de Menfis, ocurrida probablemente entre el 3032 y el 3000 a.C. Fue una verdadera demostración de dominio por parte del gobernante del Alto Egipto sobre el pueblo del Bajo Egipto. Menfis está cientos de kilómetros más al norte que Tinis y Abido, y no digamos que Hieracómpolis. Establecer un puesto avanzado tan cercano ya al Delta, y tan lejano de los núcleos iniciales del pueblo altoegipcio, demuestra que el dominio de los faraones sobre la desembocadura del Nilo era una realidad palpable.

Riqueza gracias a recursos minerales y rutas comerciales

Egipto, por tanto, había superado su etapa fundacional, y el mandato de los faraones venidos del curso alto del Nilo alcanzaba ya una amplísima franja de territorio. Un gran país estaba cuajando, apoyado sólidamente en las riquezas que no dejaban de afluir por la explotación de los recursos minerales y la afortunada confluencia de varias rutas comerciales. El poder amasado era ya descomunal para una época tan temprana, y una excepcional casta de reyes con la decidida voluntad de perpetuarse se aprestaba a dejar huellas indelebles en la Historia.

La III dinastía supone un gran punto de inflexión y avance, sobre todo por sus logros arquitectónicos. El faraón Zoser se construye la primera pirámide, con forma escalonada, en Saqara, para que le sirva de tumba. El arquitecto de este monumento excepcional es Imhotep, un personaje considerado como todo un sabio, asesor cercano del rey y gran sacerdote de Heliópolis, que llegaría a ser deificado. La grandeza de este monumento levantado en piedra (prescindiendo del adobe, más efímero) es un reflejo de la idea sobre la posición predominante del rey en la sociedad egipcia, punto de contacto entre lo divino y lo humano.

Pero es la dinastía IV la que con mayor grandiosidad consiguió perpetuarse. En un periodo de 130 años, cuatro de sus integrantes erigirían los monumentos más gigantescos obra de la mano del hombre creados hasta entonces. Hablamos de las grandes pirámides edificadas por los faraones Snefru, Keops, Kefrén y Micerino.

Estos faraones de las pirámides mantuvieron su particular duelo por la gloria eterna tratando de superarse entre ellos a la hora de dar lugar al mayor complejo funerario posible. Tanto Keops, como su nieto Kefrén y el hijo de éste, Micerino, levantaron sus respectivas pirámides una al lado de la otra en la gran planicie de Giza. Para abordar estas fastuosas obras, todos ellos tuvieron que organizar una abundante actividad de explotación de recursos en el exterior, lo que demuestra la solidez de sus dominios imperiales. Esta actividad externa ya la había practicado a gran escala el padre de Keops, Snefru, que en un solo año importó 40 cargamentos de cedros, probablemente del Líbano, embarcados en el puerto de Biblos. La famosa y prestigiada madera le sirvió, entre otras funciones, para las dos pirámides que construyó (una de ellas truncada).

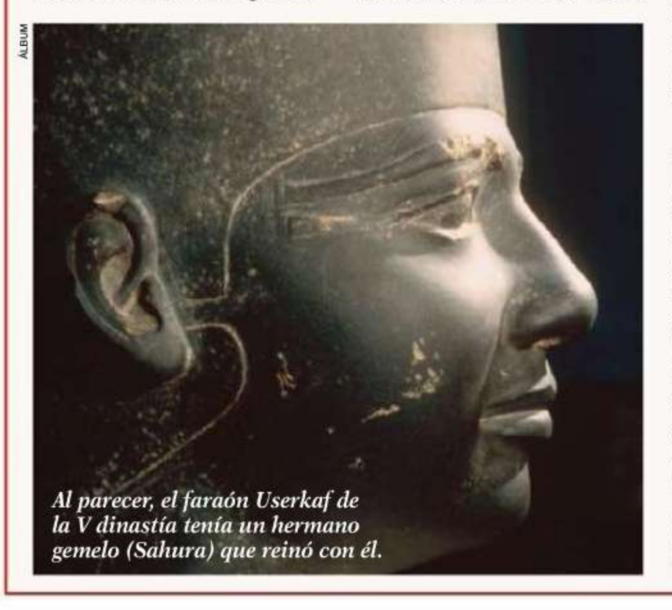
La perfección en el diseño y construcción de pirámides se alcanza con la de su hijo Keops, de 2.300.000 bloques de piedra de 2,5 toneladas cada uno, que requirió una tremenda organización administrativa para ser llevada a cabo en tiempo y forma. Que los administradores del

¿Trillizos en el trono?

Una de las más fascinantes y menos conocidas historias del mundo faraónico es la que narra un papiro según el cual la dinastía V comenzó con el gobierno de ¡tres reyes trillizos!, nacidos de la esposa de un sacerdote de Ra como resultado de su unión carnal con el dios sol. Según ese documento (el papiro Westcar), esta historia le es contada a Keops premonitoriamente y anuncia el final de su dinastía. Los hallazgos contemporáneos sugieren que es bastante posible que reinasen no tres, pero al menos sí dos gemelos.

El misterio del origen de la dinastía V comienza ya con su madre, Khentkaues, una dama de notable importancia con una tumba inusualmente grande en Giza y otra, menos epatante, edificada como pequeña pirámide en Abusir (aunque ésta pudo ser compartida con una reina posterior, Khentkaues II). Entre sus títulos, mencionados en uno de los corredores del recinto, se pueden encontrar jeroglíficos de controvertida traducción: algunos egiptólogos la conocen como "Madre de Dos Reyes Duales" y para otros, su significado es "Rey Dual y Madre de Dos Reyes Duales". Así que Khentkaues pudo ser ella misma reina, seguramente la regente durante la minoría de edad de uno de los gemelos, llamados Userkaf y Sahura. La posibilidad de que estemos ante una de las primeras mujeres-faraón aumenta si tenemos en cuenta que en algunas de sus imágenes se la representó con la barba ritual de los faraones (como mucho más tarde se haría con Hatshepsut) y en actitud regia.

Esta aparición de gemelos (o trillizos) en el trono es un rasgo único entre los muchos faraones que conoció el Antiguo Egipto y nos acerca a la interesante historia de una dinastía que siempre se ha tratado de soslayo, al no haber demostrado el mismo poder constructivo manifestado en las grandes pirámides de sus antepasados de la dinastía IV. Esto ha oscurecido sus logros administrativos –se desvinculó a la familia real de los cargos más importantes, profesionalizando la burocracia y se incorporaron los templos solares al sistema económico del país–.



ÁLBUM

Al parecer, el faraón Userkaf de la V dinastía tenía un hermano gemelo (Sahura) que reinó con él.

La construcción de la pirámide de Keops exigió la colocación de 2.300.000 bloques de piedra, de 2,5 toneladas cada uno

faraón consiguieran culminarla demuestra la eficacia del aparato estatal. Tanto Snefru como Kefrén tuvieron largos reinados –que sugieren un poder muy consolidado– y abundante número de hijos, lo que les creó problemas sucesorios.

La V dinastía marca el ascenso del dios solar Ra como principal divinidad, inaugurando un culto que pervivirá bajo este u otros nombres y que traerá polémicas mucho más adelante. En la VI dinastía se dan los primeros signos de dificultades para la institución real, incluyendo una conjura sin éxito contra Pepi I, instigada por una de sus esposas reales. Los altos funcionarios, especialmente los administradores locales, comienzan a ganar poder frente al rey. Menfis pierde importancia como capital efectiva, y los complejos palaciegos se sitúan más al sur, en el valle que hay al este de la actual Saqara, alejados del hedor de una ciudad abarrotada. El largo reinado de Pepi II durante noventa y cuatro años (heredó el trono con seis) marca el declive definitivo del Imperio Antiguo, con faraones en dificultades económicas y administradores locales convertidos casi en virreyes independientes. El Gobierno centralizado dejó prácticamente de existir. Una serie de adversidades climáticas –escasas lluvias y crecidas poco abundantes del Nilo– acabaron de complicar la situación.

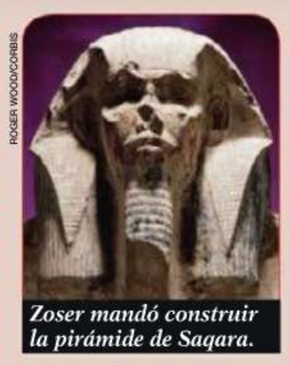
Con la VIII dinastía faraónica acaba el Imperio Antiguo. La división del reino de Egipto marca el Primer Periodo Intermedio, en el que se gobierna desde la nueva capital de Heracleópolis Magna, pero sin control sobre el sur, durante dos dinastías. Surge entonces una rivalidad con administradores locales de Tebas que acabará en guerra y que alterará la geografía del poder, llevándolo mucho más al sur. Y será un rey tebano quien, finalmente, se alce con el triunfo en este enfrentamiento y reunifique el país de nuevo, inaugurando la XI dinastía, la primera del Imperio Medio. Una nueva casta de faraones, herederos de la gloria anterior pero renovadores en sus creencias y objetivos estratégicos, se aprestaba a reinar. ■


ÁLBUM

Según el método "ensayo/error"
El faraón Snefru, padre de Keops, importó en un año 40 cargamentos de cedros del Líbano para construir dos pirámides, una de ellas "corregida".


NATHAN BENN/CORBIS/CORDON

Lejos de casa
El cambio de la capital a Menfis (en la foto, unos niños se bañan entre sus ruinas), mucho más cerca del Delta que las anteriores, revela el dominio del faraón sobre el norte del país.


ROGER WOOD/CORBIS

Zoser mandó construir la pirámide de Saqara.

2700 a.C.
El arquitecto y sacerdote Imhotep construye la primera pirámide en Saqara para el faraón Zoser, de la III dinastía.

2613 a.C.
Comienza la IV dinastía, durante la cual se construirán las mayores pirámides.


ÁLBUM

La pirámide de Kefrén y, detrás, la de Keops.

2321-2287 a.C.
Durante el reinado de Pepi I, se produce la primera conspiración conocida contra un faraón.


ACI

Pepi I sufrió la primera conjura contra un rey.

2160 a.C.
Los faraones pierden el control sobre amplias partes del territorio egipcio y, con ello, comienza el Primer Período Intermedio, carente de unificación.



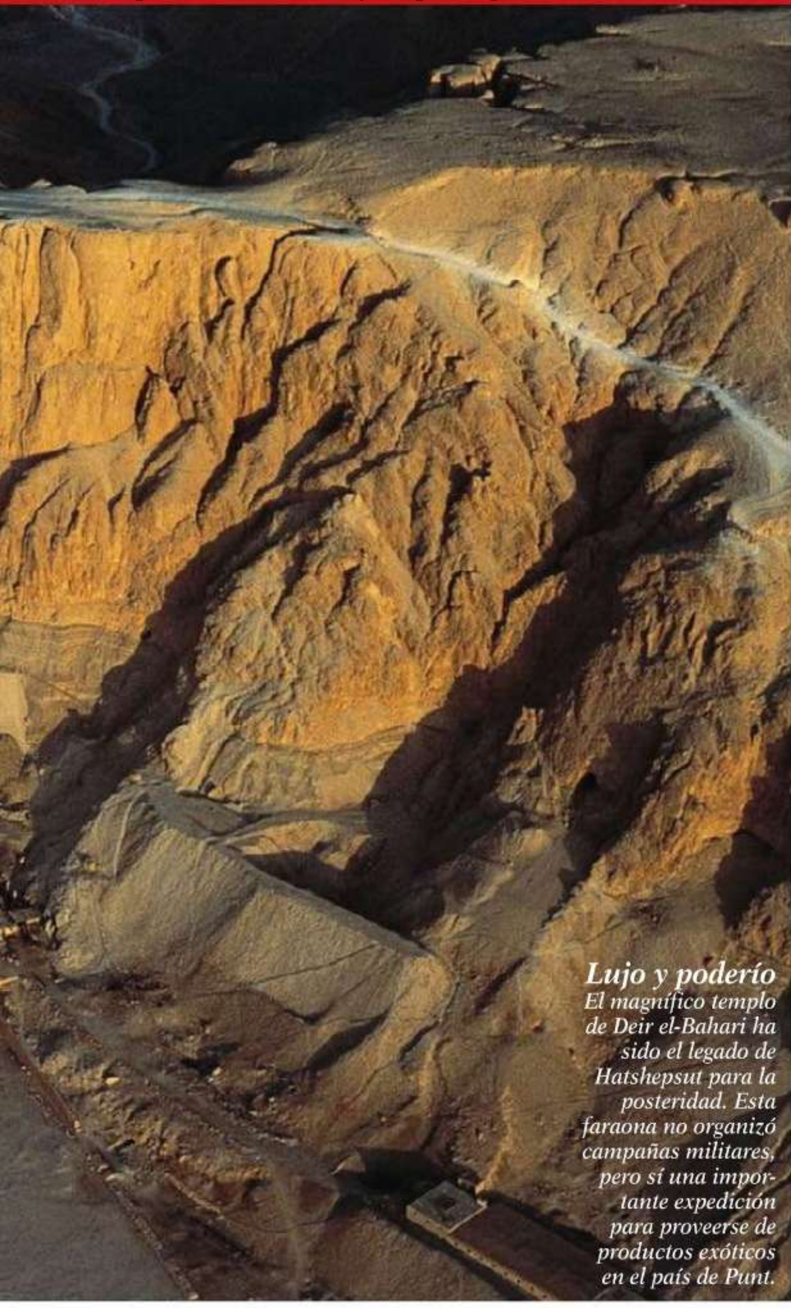
Sus absolutas majestades

En los tres mil años de historia del Egipto antiguo, el milenio intermedio resultó el más floreciente. Y la dinastía XVIII, protagonizada por los reyes que mejor gobernaron el país del Nilo, fue la que más contribuyó a su esplendor.

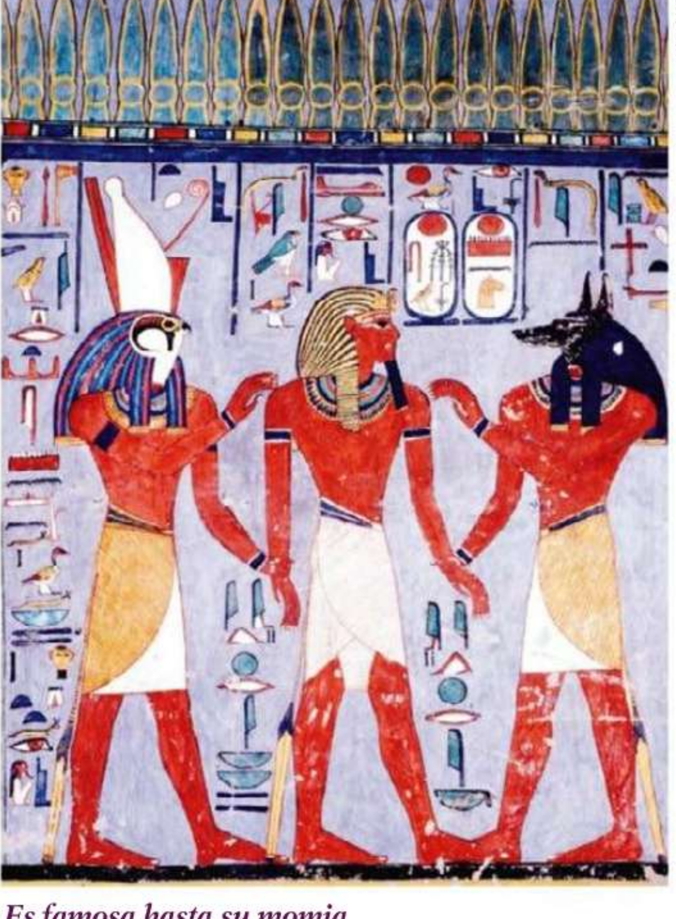
El chico de oro
Tutankamón murió joven y tras sólo 10 años de reinado. Pero el hecho de que su tumba haya sido la única hallada intacta, le convirtió en el faraón más famoso.

Una cruenta guerra civil fue el peaje inevitable que marcó el retorno de Egipto a su integridad territorial. Los gobernantes de Heracleópolis Magna intentaron mantener su dominio frente a los pujantes tebanos pero éstos, encabezados por un rey con pedigrí no demasiado acreditado, Mentuhotep II, se impusieron hacia el 2055 a.C. en un enfrentamiento tremendamente duro que sería recordado durante generaciones. Arrancaba así la Dinastía XI.

La nueva capitalidad –más céntrica– les permitió un control mucho más completo sobre



Lujo y poderío
El magnífico templo de Deir el-Bahari ha sido el legado de Hatshepsut para la posteridad. Esta faraona no organizó campañas militares, pero sí una importante expedición para proveerse de productos exóticos en el país de Punt.



GETTY AGE FOTOSTOCK

Es famosa hasta su momia
Ramsés II (en la imagen, entre los dioses Horus y Anubis) fue el principal propagandista de sí mismo. La ingente cantidad de monumentos de su etapa como faraón que siguen en pie ensalzan su figura.

el conjunto de los dominios tradicionales de Egipto. Y pudieron abordar nuevos objetivos, como el país de Punt, lugar de aprovisionamiento de productos exóticos situado en algún punto del sur, en el corazón de África, quizás Somalia. Las expediciones a Punt serían las grandes aventuras de esta esplendorosa época.

Estos signos de renacimiento del poder faraónico alcanzarían su mayor concreción con un visir que consiguió éxitos sorprendentes en una expedición minera al oasis de Wadi Hammamat. Amenemhat, que tal era su nombre, se ganó fama de hombre rodeado de buenos presagios y se encaramó al trono, a pesar de no tener ascendencia real, aprovechando momentos de incertidumbre. Fue el primer monarca de la XII dinastía, cuyos objetivos superaron en ambición a sus predecesores, en especial en cuanto a la voluntad de defender sus dominios frente a las amenazas orientales. Sus esfuerzos incluyeron la construcción de algún tipo de muralla en el Este, bautizada como "Muros del soberano". Esta preocupación anticipa la amenaza de los hicsos, los extranjeros asiáticos que unos siglos después se harían con el dominio sobre el país.

Amenemhat fue asesinado en una conspiración, mientras su hijo Senusret I se encontraba lejos, guerreando en Libia. Pero a su vuelta a Itjtawy (la nueva capital a la que se trasladó esta dinastía, en el oasis de Fayum), supo tomar las riendas.

El control sobre Nubia, la base de su política imperial

El nuevo monarca lideró un ambicioso reinado que incluyó un programa constructivo nacional, para el cual ordenó edificar monumentos en cada uno de los lugares de culto del país, que minaron el poder de los templos locales y sus sacerdotes. Este proceso ha sido denominado como la "democratización de la otra vida".

Las relaciones exteriores definen la estrategia de los sucesivos monarcas en esta época, que se emplearán a fondo para mantener el control sobre Nubia con un régimen muy represivo caracterizado por duros castigos y que no hace sino reflejar la inestabilidad del control sobre este territorio de población negra que les resultaba fundamental en su política imperial.

Hacia el 1650 a.C. se produce un acontecimiento crucial: la corte real de la XIII dinastía abandona su residencia –por entonces situada en Lisht, cerca del sur de Menfis– y se refugia en Tebas. Se trata de una reacción frente a la aparición del poder de los hicsos, término que significa "gobernantes de países extranjeros" y que define a un grupo asiático instalado en ▶


ROGER WOOD/CORBIS

El primero de una nueva etapa
El tebano Mentuhotep II se impuso a los gobernantes de Heracleópolis Magna tras una dura batalla. Así comenzó la dinastía XI y el periodo más fructífero de la historia egipcia.

Egipto, que se había concentrado en las últimas generaciones en torno a la ciudad de Avaris, al este del Delta del Nilo.

Parte de su población provenía de enemigos capturados en operaciones militares, mientras que otros seguramente eran lo que hoy llamaríamos "inmigrantes económicos". Los restos culturales encontrados en Avaris permiten situar a sus habitantes como de origen sirio/palestino, aunque muy asimilados a la cultura egipcia en bastantes aspectos. De hecho, no es cierta la visión que posteriores dinastías dieron sobre ellos como unos conquistadores violentos, sino que los hicsos habían sido llamados por las autoridades egipcias del Delta para reforzar su posición y beneficiarse de sus conocimientos y experiencias tecnológicos (su metalurgia estaba mucho más avanzada), mercantiles y militares. Algunas de las principales innovaciones que trajeron a Egipto fueron muy importantes en el arte de la guerra: nada menos que el carro de combate y el arco compuesto.

A pesar de la ferocidad que la tradición les ha acreditado de manera exagerada, las dos dinastías de hicsos (la XIV y la XV) estuvieron muy lejos de mantener un control absoluto sobre Egipto. Apenas llegaron más al sur de Menfis, así que en paralelo a ellos hubo reinos dinásticos en Tebas, mientras que Nubia aprovechó para volver a regir sus propios destinos.

La mejor de todas las familias que dominaron Egipto

Serían los tebanos los que, comandados por Ahmose hacia 1550 a.C., conquistarían Avaris y expulsarían a sus odiados hicsos, iniciando así la XVIII dinastía. Una serie de circunstancias y personajes irrepetibles harían de ésta la más esplendorosa de todas las familias que gobernaron el Antiguo Egipto.

Ahmose y más tarde Tutmo-

Ramsés III, el gran estratega

En el antiguo Mediterráneo del siglo XII a.C., un huracán de invasiones se había desplazado por el oeste del Mare Nostrum, en una trayectoria de norte a sur que había empezado en Troya, continuado por Chipre, Ugarit y el país de los hititas, alcanzado Siria y Palestina y, en tiempos de Ramsés III, se disponía a dar un último y definitivo giro para encaminarse hacia la nación más rica de todo el Mediterráneo, Egipto. Los protagonistas de estos actos de conquista y piratería fueron una confederación de pueblos originarios de las islas griegas del Egeo, avezados en la navegación. Ellos eran los integrantes de las culturas que tradicionalmente se suelen denominar como *micénicas*. También son ellos a los que llaman *aqueos* en la Guerra de Troya. En el Antiguo Egipto se los conoció como *Pueblos del Mar*.

Cuando, tras arrasar Troya y el reino de Mitanni, los Pueblos del Mar se dirigían hacia el Nilo, Ramsés III se aprestó a enfrentarse a ellos en dos batallas a vida o muerte, una en tierra y otra por mar, que se revelarían como decisivas para el destino de Egipto. Salvó el país de una invasión que, visto el poderío destructivo de estos guerreros mediterráneos, hubiera acabado con el gobierno de los faraones. La narración gráfica de ambas batallas, con un increíble detallismo, se halla en el templo de Ramsés III en Medinet Habu. Son auténticas películas en piedra, que nos muestran –relieve tras relieve– cómo el faraón se anticipó a sus enemigos con un sentido estratégico que hace que merezca figurar entre los mejores militares de la Antigüedad.


PRISMA

Relieve del templo de Ramsés III en Medinet Habu. Representa a unos funcionarios contando las manos de los enemigos caídos en combate para conocer su número de bajas.

Los faraones de la XVIII dinastía mantuvieron a raya a sus enemigos y explotaron mejor sus recursos naturales y comerciales

sis I definen por primera vez en la historia egipcia una política exterior imperialista hacia Oriente, cuyo objetivo es conseguir hacerse con dominios estables mediante la imposición de tributos en Siria y Palestina. De esta forma, los faraones de la XVIII dinastía se esforzarían por mantener un control directo sobre estos pueblos, consiguiendo un doble objetivo: evitar nuevas invasiones y obtener condiciones más ventajosas sobre sus recursos naturales o comerciales (control sobre puertos y rutas).

Hatshepsut no emprendió campañas militares

Esto no significa que siempre se viviese en guerra. El reinado de Hatshepsut es el ejemplo más claro. La mujer-faraón por antonomasia no emprendió ninguna campaña militar. En cambio, sí llevó a cabo expediciones comerciales destacadas, como la que envió por vía marítima y terrestre al país de Punt, cuyos productos cada vez eran más requeridos por el próspero Egipto: se utilizaban tanto para el consumo de lujo como para el ceremonial religioso, sin olvidar el intercambio comercial con Oriente.

Hatshepsut también dedicó sus mayores esfuerzos a legitimar su propio reinado. Al tratarse de la primera mujer reinante no sólo de hecho, sino también de derecho, debió construir un relato genealógico que demostrase que su padre Tutmosis I la había reconocido como reina de Egipto y que también había existido intervención divina del propio Amón en su concepción. Todo ello quedó fijado para sus contemporáneos y para la posteridad en su grandioso templo de Deir el-Bahari.

Pero a su muerte, su hijastro Tutmosis III se encontró con prioridades muy distintas y la obligación de lanzarse a la batalla. Se había formado una coalición contra Egipto de más de 300 príncipes de Siria y Palestina encabezados por la ciudad de Kadesh y con el apoyo del reino oriental de Mitanni, una de las grandes potencias de la época y principal rival de todos los monarcas de la dinastía XVIII.

Tutmosis III decidió plantearles una batalla a vida o muerte ante las puertas de la ciudad de Meggido, en Palestina. Para sorprenderlos, llevó a su ejército a través del camino más difícil, un desfiladero de escarpadas paredes por el que marcharon durante tres días casi en fila india.

Tutmosis III obtuvo un gran botín en Meggido

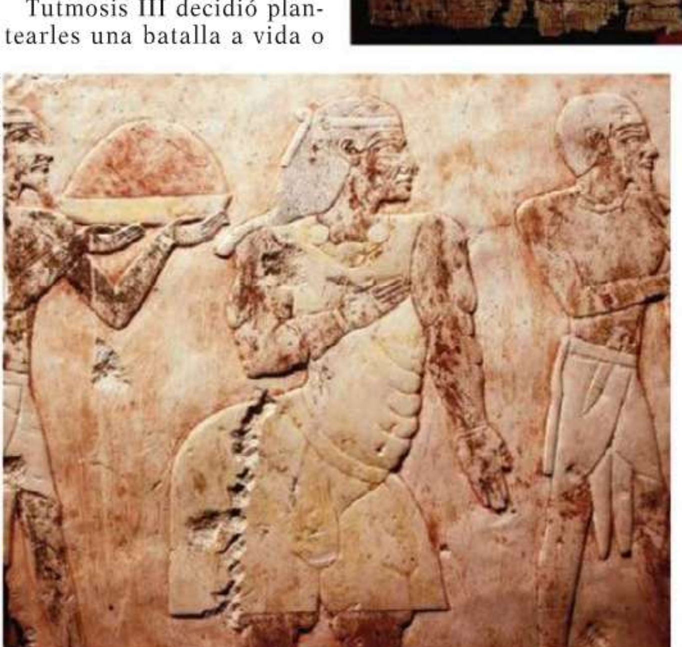
Alcanzaron la salida del desfiladero "cuando las sombras caían" y, al alba siguiente, sorprendieron a la coalición enemiga, acampada a las afueras de la ciudad. A estos no les quedó más remedio que refugiarse dentro de Meggido, lo que permitió a Tutmosis plantear un asedio que triunfó tras siete meses.

El enorme botín que obtuvo (casi 900 carros, 2.000 caballos...) le animó a seguir guerreando hacia el norte, en dirección a Siria, haciéndose con todo tipo de materias y objetos valiosos en los lugares que iba conquistando, y llevándose a los hijos de los reyezuelos de las ciudades que sometía, para que fueran educados en Egipto, tratando así de garantizarse su fidelidad.

De esta forma, Tutmosis III ensanchó hasta límites impensables los dominios egipcios, convirtiendo el país en la potencia dominante del momento. Esta situación sería prudentemente mantenida durante tres generaciones, alcanzando su plenitud con su nieto Tutmosis IV, que decidió forjar una alianza diplomática plena con Mitanni al casarse con una hija del rey de este país, Artatama I. Se trata del primer "pacto internacional" plenamente documentado de la Historia, que impuso de hecho un nuevo orden mundial para garantizar la preponderancia de ambos países frente a terceros enemigos que pudiesen surgir en el horizonte (los hititas comenzaban a despuntar). El siguiente faraón egipcio, el tranquilo Amenofis III, cultivaría esta diplomacia matrimonial no sólo aceptando una esposa de Mitanni, sino también otras de Arzawa (Anatolia) y de Babilonia.

Además de saber mantener ▶


WERNER FORMAN/CORBIS


GIANNI DAGLI ORTI/CORBIS

Puntos de aprovisionamiento
El mapa topográfico más antiguo del mundo (arriba) reproduce las minas que se encuentran en el subsuelo del oasis de Wadi Hammamat. Los recursos mineros y comerciales (izquierda, miembros de la expedición al país de Punt) constituían también la base de la economía egipcia.

los equilibrios internacionales, Amenofis III apuntó un viraje religioso que su hijo Amenofis IV llevaría a su máximo radicalismo: la sustitución del dios carnero (Amón) por un renovado culto al Sol (Atón). El papel preponderante de Amón, que tenía su lugar de culto principal en Tebas, se había traducido en un gran poder para el cuerpo sacerdotal tebano, un poder que, amparado en lo divino, tenía mucho de terrenal y se había convertido en todo un contrapeso al del rey.

Por todo ello ya Tutmosis IV había promovido un cierto retorno de la importancia del culto al Sol. Amenofis prosiguió por esta senda con una indiscutible habilidad para realizar fintas diplomáticas: su primera medida fue la fusión de ambas divinidades en la nueva figura de Amón-Ra. A continuación, y coincidiendo con su primer jubileo (treinta años en el trono), él mismo decretó su divinización como manifestación solar con el nombre de Atón ("disco resplandeciente").

Inmerso en sus reformas religiosas, Akenatón no dio importancia a la política exterior y Egipto perdió parte de su hegemonía

Toda una ideología se construyó para apoyar este papel preponderante del Sol y de su disco (expresión física del anterior) como poder máximo. Además de aumentar la independencia teológica del faraón respecto del clero, esta nueva doctrina servía también a la creación de una red clientelar independiente: se construyeron nuevos templos que recibían dotaciones económicas independientes y que estaban regidos por gentes más próximas y fieles al faraón.

El siguiente ocupante del trono real empezó su reinado como Amenofis (IV) y lo acabó como Akenatón. En no más de dieciocho años provocaría un gran terremoto religioso y político en Egipto. Lo haría en compañía de su mujer, Nefertiti, perteneciente a alguna rama secundaria de la familia real y hoy admirada como icono de belleza por una cabeza escultórica conservada con su presunta imagen.

Amenofis cambia su nombre y construye una nueva capital

En el cuarto año de su reinado (1348 a.C.), el joven y comedido aprendiz de rey Amenofis tomó dos decisiones sin parangón: cambió voluntariamente su propio nombre personal como espoleta para iniciar un cisma religioso y decidió la construcción de una nueva capital del reino, (Aketatón, "el horizonte de Atón", hoy Tell el-Amarna) cuyos cimientos se levantarían desde cero. Nunca un solo año dio para tanto.

¿Por qué llevó a cabo estos cambios tan súbitos? Las explicaciones difieren mucho y nos conducen hasta el asunto central de la personalidad de Akenatón, un gobernante cuya valoración ha experimentado giros pendulares a medida que ha evolucionado la egiptología. A principios del siglo XX, las primeras consideraciones sobre las acciones del faraón impusieron una visión romántica de éste: se le consideró como un idealista y un iluminado movido por una revelación religiosa y decidido a llevarla a término a toda costa, contra cualquier buen sentido político.

Akenatón recuerda sospechosamente a Moisés

Esta visión ha llevado a considerarle como el primer monoteísta de la Historia. Se ha sugerido, incluso, que él habría podido ser Moisés, el profeta que condujo al pueblo hebreo cautivo fuera de Egipto según la Biblia. Ciertamente, la manera en que Akenatón explica que sus decisiones le han sido reveladas directamente por Atón, la suprema divinidad solar, nos recuerda poderosamente la epopeya del profeta y su retiro a la montaña donde recibe las tablas de la ley: "No hay nadie que te conozca excepto tu hijo Akenatón, porque tú le has concedido el conocimiento de tus planes y tu fuerza", dice el faraón en los textos de uno de sus templos.

En los últimos tiempos, otros estudiosos han apuntado un retrato distinto de Akenatón como líder acorralado por los poderes fácticos que lo rodeaban en la corte, en especial los sacerdotes tebanos de Amón, y su reacción habría sido minar los centros de poder de éstos. Para sacudirse su influencia, retiró a su dios la consideración de máxima divinidad, al tiempo que ponía tierra de por medio respecto a ellos al cambiar la ciudad capitalina. En cualquier caso, el esbozo definitivo de Akenatón quizás está todavía por llegar.

Después del año 12 del reinado, la revolución desde arriba de Akenatón empieza a dar

Líos de familia

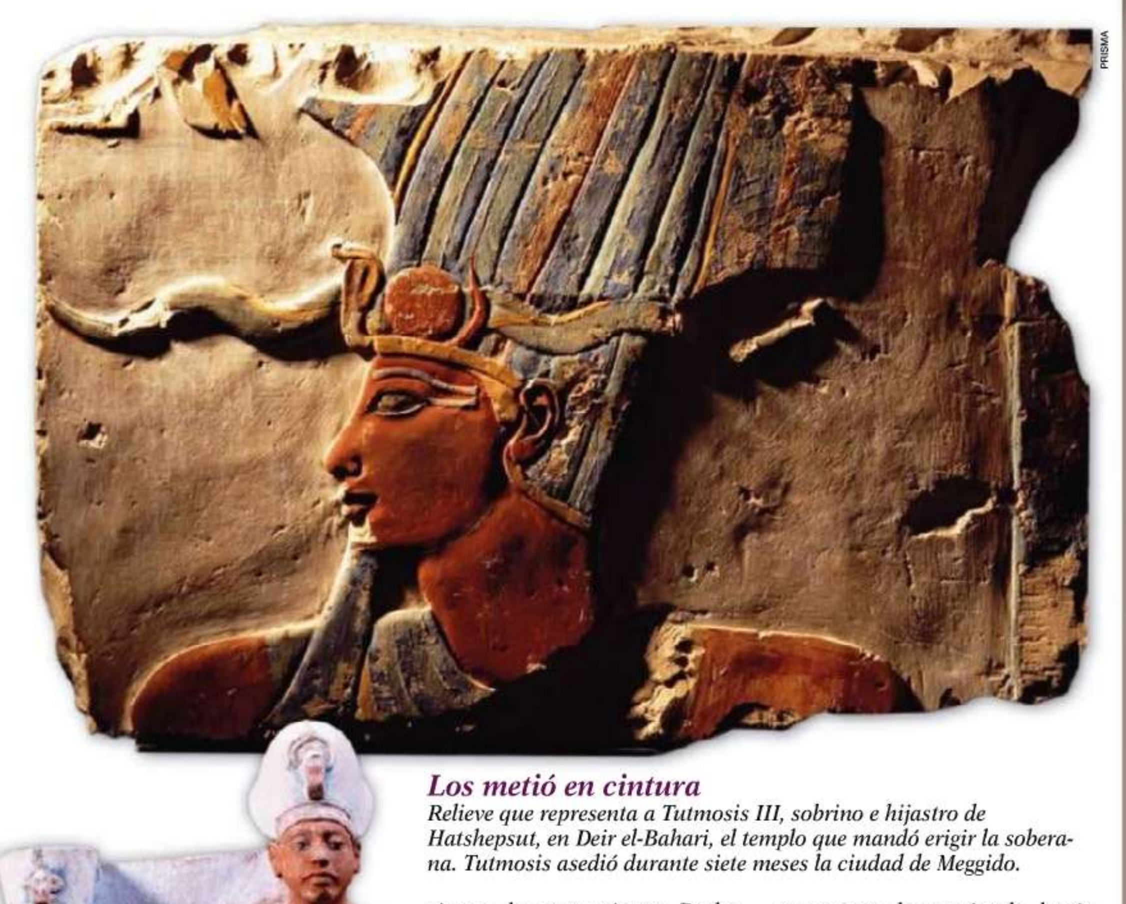
Los casamientos endogámicos siempre existieron en las familias reales egipcias, pero en la más famosa de las dinastías se acentuaron hasta que la cosanguinidad fue total y causó consecuencias desafortunadas, como que Tutankamón, con sólo 19 años, acumulara una imponente cantidad de enfermedades y defectos congénitos: sufría una cojera, mostraba deformidades en los pies, padecía necrosis ósea y contrajo la malaria. El primer estudio en el que se ha extraído ADN a momias del Antiguo Egipto –presentado a principios de 2010– ha obtenido datos de 16 cuerpos pertenecientes a la dinastía XVIII. El resultado revela que el incesto era la norma en la familia real.

En el caso de Tutankamón, gracias al análisis genético se ha sabido que fue hijo de Akenatón y de una hermana o hija de éste. Por si eso no fuera suficiente, Tutankamón se casó con una de sus hermanastras, Ankesenamón. Así no resulta extraño que ambos no consiguieran descendencia. En la tumba del faraón más famoso, Howard Carter encontró en 1922 los cuerpecitos embalsamados de dos fetos que murieron en el parto, probablemente hijas de la pareja.

Los faraones practicaban el incesto para preservar la sangre real en la descendencia, ya que creían que era la madre la que transmitía el derecho al trono, por lo que resultaba imprescindible que tuviera sangre azul. Los faraones no hacían sino imitar a los dioses, quienes según la religión egipcia también practicaban este incesto *preventivo*. Por el contrario, la práctica del incesto no se daba en el resto de la sociedad egipcia.


BARRY IVERSON/AP PHOTO

La momia de Tutankamón ha revelado el secreto de su origen.



PRISMA

DAGLI ORTI/CORBIS

Los metió en cintura

Relieve que representa a Tutmosis III, sobrino e hijastro de Hatshepsut, en Deir el-Bahari, el templo que mandó erigir la soberana. Tutmosis asedió durante siete meses la ciudad de Meggido.

Pareja real

Una de las parejas más conocidas de la etapa de esplendor egipcia fue la constituida por la bellísima Nefertiti y Akenatón, el faraón hereje (arriba).

signos de agotamiento. De hecho, nunca consiguió que el pueblo egipcio abandonase completamente su culto de los antiguos dioses. Al mismo tiempo parece probado que, inmerso en sus reformas religiosas, Akenatón no otorgó suficiente importancia a la política exterior y Egipto perdió durante su reinado bastante de su preeminencia en Asia en favor de los hititas, que iniciaban por entonces la pujanza que los conduciría dos siglos más tarde a acabar con el reino de Mitanni, el mejor aliado de Egipto, y a ser el gran quebradero de cabeza de Ramsés II. La correspondencia diplomática da cumplida cuenta de estas dificultades, y leemos en varias ocasiones cómo los gobernadores de Egipto en estos territorios y los reyes vasallos se dirigen de forma reiterada al monarca para solicitarle ayuda frente a los ataques de los hititas o de los reyes de Amurru (Siria).

Los testimonios sobre Akenatón se acaban en el decimocuarto año de su reinado, hacia 1336 a.C., por lo que debemos suponer que muere sobre esa fecha. Se desconocen las causas, aunque todas las controversias que rodean su periodo en el trono se proyectan también sobre este acontecimiento final. Le sucede un misterioso faraón del que casi nada se sabe llamado Smenkare, que pudo ser incluso el nombre que adoptó para reinar su esposa Nefertiti, una de las posibles candidatas.

El único faraón cuya tumba se mantuvo intacta

Le sucedió su joven hijo Tutankamón, que inicialmente se llamó Tutankatón (siguiendo la nomenclatura religiosa instaurada por su padre). Aunque todo hace pensar que gozó de muy poca autonomía durante sus escasos diez años de mandato, las paradojas de la Historia han provocado que se haya convertido en el más conocido de todos los faraones, al haber sido el único cuya tumba se ha conservado intacta.

El acontecimiento más trascendente del reinado de Tu-

2055 a.C.
El rey tebano Mentuhotep II se impone a su rival de Heracleópolis Magna tras una cruenta guerra civil.



GIANNI DAGLI ORTI/CORBIS

Mentuhotep luchando contra un soldado nubio.

1650 a.C.
Los hicsos, pueblo de origen extranjero asiático, se hacen con el poder en Egipto e inauguran la primera dinastía no egipcia, que gobierna desde la ciudad de Avaris.



ACI

Los hicsos invadieron y fundaron una dinastía.

1550 a.C.
Ahmose derrota y expulsa a los hicsos, inaugurando la XVIII dinastía.

1473 a.C.
Reinado de Hatshepsut, una de las pocas faraonas de Egipto.



PRISMA

Hatshepsut organizó expediciones comerciales.

En la llamada Estela de la Restauración *se anunciaba el retorno al anterior orden religioso, el culto a Amón*

tankamón fue la decisión de abandonar la capital de Tell el-Amarna y reinstalar a los funcionarios y a la corte en su capital tradicional, Menfis, así como de devolver la consideración de centro religioso principal del país a Tebas. Esta iniciativa significaba, qué duda cabe, la ruptura total con la fe religiosa monoteísta basada en Atón y el retorno al culto de Amón y de los otros dioses que eran tradicionales en el politeísmo egipcio. La llamada Estela de la Restauración, en la que se anunciaba con toda solemnidad el retorno al anterior orden religioso, pintaba un negro panorama de la situación del país: "Cuando Su Majestad fue coronado rey, los templos y los edificios de los dioses y diosas, desde la isla de Elefantina hasta los pantanos del Bajo Egipto, estaban en ruinas. Sus santuarios se habían desmoronado, convertido en montones de cascotes y llenado de malas hierbas. Era como si sus santuarios jamás hubieran existido... todo lo que había sido estaba destruido".

Ay y Horemheb, punto final a la dinastía más gloriosa

El texto culmina señalando a Tutankamón con el título de "el rey que ha vuelto a fundar Egipto". Nada menos.

Es evidente que decisiones de esta magnitud no pudieron ser concebidas, y menos ejecutadas, por un faraón que no era más que un niño. Esos momentos de gran tensión en los que era necesario tomar decisiones muy trascendentales revelan que había otras figuras poderosas moviendo los hilos del reinado. Tales personajes fueron Ay y Horemheb, omnipresentes hombres fuertes del momento. Ay, miembro de la familia real, era lo que en la actualidad llamaríamos un "político incombustible", que ascendió paso a paso todos los escalafones del poder forjándose una carrera sólida como hombre de confianza de sucesivos faraones, entre ellos el hereje Akenatón. Horemheb, por su parte, era el comandante en jefe del ejército y, por tanto, el que encabezó las campañas bélicas durante el reinado de Tutankamón. Ambos, Ay y Horemheb, ocuparían el trono a la muerte de Tutankamón, y pondrían el punto final a la dinastía más gloriosa, legendaria y agitada de la historia de Egipto.

Cuando Horemheb murió sin hijos, le sucedió su visir Parameses, cuya familia procedía de Avaris, la que fue capital durante el periodo de los *extranjeros* hicsos. Este origen y los matices religiosos que iba a introducir su nueva dinastía, los ramésidas, denotarían una mayor influencia oriental.

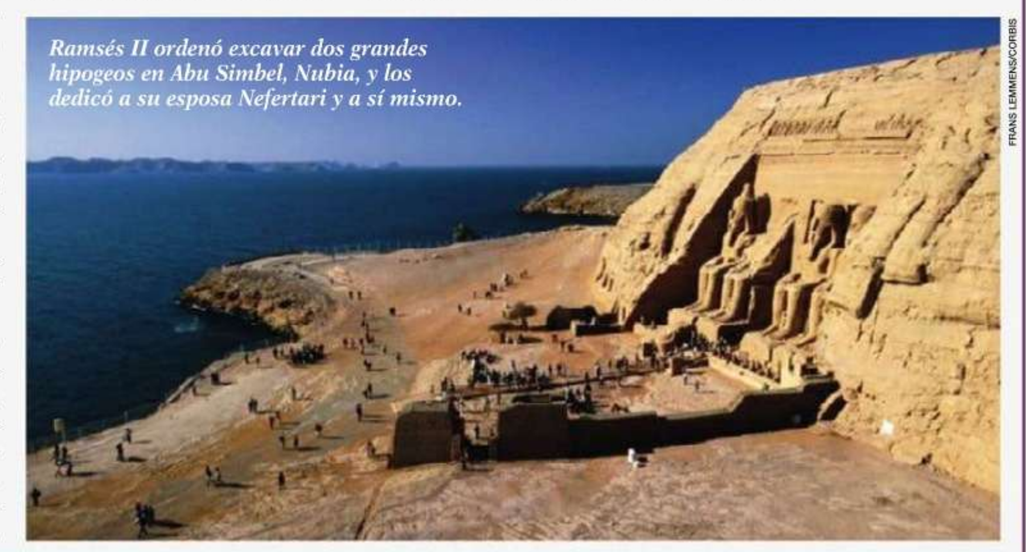
Durante los más de doscientos años que duró esta dinastía adquiriría gran importancia el dios Seth, un personaje perturbador e imprevisible que se asociaba a la locura y la violencia, aunque no necesariamente malvado. Era el equivalente al agresivo Baal asiático, la divinidad de primer orden en el Oriente Próximo, cuya adaptación denota que el mestizaje cultural-religioso iba ganando terreno, lo que debía ser un indicador

¿Por qué Ramsés II fue el mayor constructor de Egipto?

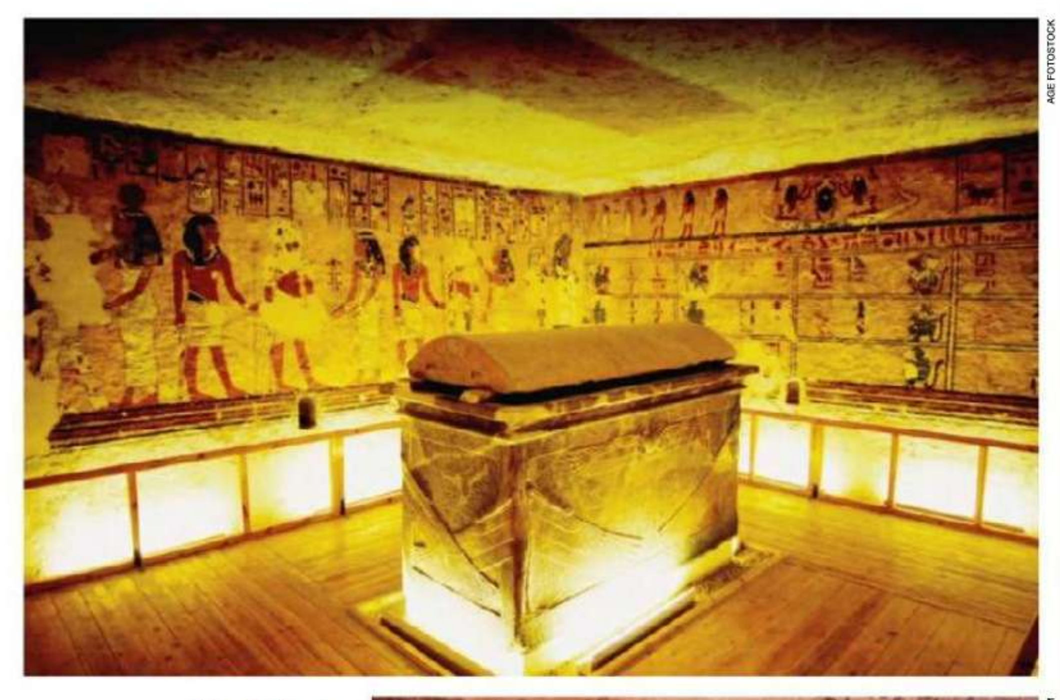
Se ha tildado a Ramsés II de megalómano. La abultada nómina de grandes construcciones arquitectónicas durante su reinado parece un excesivo ejercicio de autopropaganda, que deja traslucir una constante voluntad de ensalzarse y reivindicarse. Un testimonio impresionante de su ardor constructivo es la gran sala hipóstila del templo de Karnak, que había sido comenzada por su padre Seti y que él acabó (cien metros de largo, cincuenta de ancho y tres naves centrales de casi veinte metros de altura). Otro es el Rameseo, su colosal templo funerario en Tebas, de trescientos metros de largo y ciento cincuenta de ancho.

Pero quizás debamos viajar hasta Nubia, a Abu Simbel, para conocer el ejemplo más sobresaliente y con más carga ideológica del ambicioso plan de obras del faraón. En las trepidantes paredes naturales contiguas al Nilo, cuando éste se acerca a la segunda catarata, ordenó excavar dos enormes hipogeos (templos-gruta) dedicados a él mismo y a la reina Nefertari. Estos sacralizaban el enclave natural donde, según la visión del faraón, se iniciaba el fenómeno de la inundación anual, cuya buena marcha era una de las obligaciones principales que los egipcios atribuían a su rey, quien –hay que recordarlo– actuaba de enlace entre lo humano y lo divino. Toda una compleja teología se articuló en torno a la posición geográfica de los templos y determinó su iconografía interior.

La evidente obsesión de este faraón por construir se debió, sobre todo, a la juventud de la dinastía ramésida (apenas alcanzaba dos décadas), que con sus antecesores no había legado grandes monumentos: los pocos que habían levantado eran muy impersonales, carentes de impronta propia. Además, la familia reinante procedía del este del país (se ha especulado con que tuvieran sangre extranjera), por lo que se entiende todavía más que surgiera uno de ellos –en este caso Ramsés II– que quisiese dejar constancia de su grandeza.


Ramsés II ordenó excavar dos grandes hipogeos en Abu Simbel, Nubia, y los dedicó a su esposa Nefertari y a sí mismo.

FRANS LEMMENS/CORBIS



AGE FOTOSTOCK

ÁLBUM

Fin de fiesta

Akenatón (antes conocido como Amenofis) cambió en un mismo año de nombre y de capital (al lado, una tumba en la nueva, hoy Tell el-Amarna). Le sucedió el misterioso Smenkare y a éste, Tutankamón. A la temprana muerte del joven faraón, tomaron el poder sucesivamente los dos hombres fuertes del gobierno: Ay (arriba, su tumba) y el general Horemheb.

de cambios demográficos.

El faraón más importante de esta etapa fue Ramsés II, cuya incesante actividad constructiva (ver recuadro 3) le dio una fama indeleble, aunque quizás exagerada. Protagonizó un gran hecho de armas al derrotar a los hititas en la batalla de Kadesh, en la que un error estratégico a punto estuvo de costarle la vida. Después alcanzaría la longevidad: falleció con 92 años de edad, un hecho del todo inusual en aquella época.

El último faraón glorioso de esta etapa fue Ramsés III, que mantuvo íntegras las fronteras egipcias frente a la amenaza que arrasaba el Mediterráneo, los *Pueblos del mar* (ver recuadro 1). A posteriori, los egipcios perdieron sus dominios en Palestina y Siria, así como el control sobre Nubia.

Un cúmulo de circunstancias contribuyeron a la erosión del poder real: en el plano religioso resultó un duro golpe el fracaso de la revolución religiosa de Akenatón, porque el faraón ya no volvería a ser visto como un dios, sino que pasaría a una condición mucho más terrenal y, por tanto, de debilidad frente al influyente clero de Amón. Y en el plano de la política sobre el imperio que se había llegado a formar, las presiones externas que dificultaban mantener el control sobre un territorio y unos dominios tributarios tan grandes resultaron del todo insostenibles. Así, uno de los periodos más grandiosos y sugestivos de la historia de la humanidad se apagaba irremediablemente. ■



AGE FOTOSTOCK

Ruinas de Meggido, donde venció Tutmosis III.

1457 a.C.
Tutmosis III gana la batalla de Meggido, Palestina.

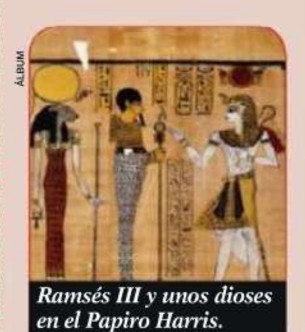
1348 a.C.
Amenofis IV cambia su nombre por el de Akenatón e inicia una revolución religiosa para imponer el monoteísmo con el culto a Atón.



PRISMA

Trono de la cámara funeraria de Tutankamón.

1336 a.C.
Asciende al trono el joven Tutankamón, bajo cuyo corto reinado empiezan a revertirse las reformas de Akenatón.



ÁLBUM

Ramsés III y unos dioses en el Papiro Harris.

1176 a.C.
Ramsés III derrota a los invasores *Pueblos del mar* y salva al poder faraónico de la desaparición.

Faraones sin papeles


BERND SPRECKELS/AGE

A medida que entra en su tercer milenio de existencia, la civilización egipcia inicia su lenta decadencia. Una pléyade de interesantes reyes ocupa el trono, mientras las nuevas potencias dominantes empiezan a asentarse en el país del Nilo, atraídas por sus riquezas y su simbolismo.

Hay quien despacha los últimos mil años del Egipto Antiguo con obvias referencias al decaimiento del poder faraónico. Es cierto que el país del Nilo dejó de ser el imperio dominante, y sus reyes ya no marcaban la pauta en su tradicional zona de influencia. Pero de la liberación de fuerzas ocurrida cuando los faraones aflojaron las riendas surgieron una pléyade de experimentos dinásticos y sucesorios que se combinaron con los movimientos demográficos que alteraban la estructura de la población (y por tanto de quienes ocupaban el poder), mientras las nuevas potencias dominantes buscaban asentarse en Egipto atraídas por sus riquezas, pero también por su simbolismo. Todo ese juego de fuerzas cristalizó en una galería de personajes singularísimos al frente del trono.

Un ejemplo lo tenemos con el inicio de este "tercer periodo intermedio", hacia el 1069 a.C. Culminaba por entonces la separación entre clero y trono. El sumo sacerdote de Amón en Tebas, llamado Herihor, decidióadoptar títulos reales y ejercer el poder sobre la antigua capital y la región más próxima. Pronto



Monumentos funerarios
Los faraones negros, nubios o kushitas emprendieron la construcción de numerosas pirámides (aquí y abajo) cerca de su capital, Meroe. En su necrópolis se erigen más de 200 de estas tumbas.

SYLVAIN GRANDADAM/AGE

el cargo de sumo sacerdote se hizo hereditario. Casi al mismo tiempo apareció una dinastía (la XXI) con capital mucho más al norte, en Tanis, una ciudad del delta fundada en tiempos de los faraones ramésidas. Iniciada por Smendes, esta dinastía alcanzaría una notable prosperidad, que quedó demostrada por las ricas tumbas reales intactas con máscaras de oro descubiertas durante el siglo XX. Lo más curioso es que ambos poderes –aparentemente destinados a la rivalidad– optaron por convivir pacíficamente y lo hicieron durante más de un siglo, llegando a formular incluso alianzas matrimoniales entre sus miembros.

Durante esta etapa se registró uno de los signos más señalados de la pérdida de importancia del reino egipcio en el contexto internacional. El faraón Siamón dio en matrimonio a su hija –toda una princesa egipcia– al famoso rey Salomón de Israel. Estamos ante un insólito signo de menoscabo para la familia real egipcia: porque en el cénit del Imperio Nuevo, los faraones se casaban de forma habitual con las hijas de los gobernantes de Oriente Próximo, que estaban deseosos de establecer algún lazo con el gran faraón, pero éste siempre se negó a aceptar que sus propias descendientes se casaran con monarcas extranjeros. Esta importante reticencia se debía al conocido principio religioso de que era la madre la que transmitía la sangre real. Una egipcia que diese a luz un rey extranjero podría dar a este argumentos para reclamar el trono del Nilo.

Sais se convirtió en la capital de una dinastía libia, la XXIV

Pero sin duda, el acontecimiento más duradero y decisivo de la época fue el flujo permanente de libios instalándose en Egipto, una imparable corriente inmigratoria que modificó de forma permanente la composición de la población egipcia. Tales grupos comenzaron a probar poder con la dinastía XXII, iniciada por Sheshonk I en el 945 a.C. Este general del ejército procedía de una familia de "grandes príncipes *mashauash* (libios)". Su carácter intrépido quedó demostrado al aprovechar las divisiones internas entre los israelitas para atacar Jerusalén en el 925 a.C., haciéndose con el tesoro del templo.

Dos siglos más tarde emergió otra ciudad importante en el delta del Nilo, llamada Sais, que se convirtió en capital de la dinastía XXIV, también de origen libio. Pero ésta no fue una familia demasiado importante en el trono, dado que por entonces ya había adquirido mucho peso específico en el sur el reino de Nubia, abandonado por todas estas generaciones de faraones menos poderosos.

Los faraones nubios coincidieron con el apogeo asirio

Con un sustrato cultural muy egipcio, pero una naturaleza militarista muy fuerte en su cúpula, consiguió por primera vez en su historia dejar de ser el país eternamente dominado para convertirse sus reyes en los dueños de Egipto (ver recuadro 2), sometiendo a todas las ciudades del norte.

Los faraones nubios tuvieron la desgracia de coincidir con el tiempo de mayor esplendor del belicoso reino asirio. Estos hacía mucho que dominaban Siria y Palestina mediante tributos, justo lo que había hecho medio milenio antes Egipto. Así que las diferentes dinastías mencionadas habían instigado las rebeliones de los reyezuelos de esta zona, lo cual había llevado a una tensión creciente entre asirios y egipcios. A partir de 674 se dieron enfrentamientos directos entre ambos reinos y, en 671, el soberano asirio Asarhadón derrotó al faraón nubio Taharqa y llegó hasta la mismísima Menfis. A partir de entonces, los asirios optaron por imponer reyes fieles con



ALBUM



ACI

Una época dinámica y convulsa
El tercer periodo intermedio se inició con la separación entre el clero y el trono (abajo, papiro hallado en la tumba de la mujer de Herihor, sumo sacerdote de Amón). El poder de Egipto fue declinando, como demuestra la boda de una hija del faraón con el rey Salomón de Israel (arriba).

base en el delta, principalmente en Sais, aunque ello no les evitó alguna que otra intervención directa, como la del propio Asurbanipal, contra el irreductible Taharqa. El famoso rey asirio llegó hasta Tebas en su expedición de castigo.

Después de esto, los asirios ya no volvieron a intervenir directamente (tenían sus propios problemas internos) y los reyes de la dinastía XXVI, conocida como la del "renacimiento saíta", pudieron aplicarse a reunificar el país, durante los reinados de Neqao y Psamético, con el apoyo decisivo de tropas mercenarias extranjeras, mayoritariamente griegas. Durante esta dinastía comenzó una importante relación con los griegos y se fundó la colonia comercial de Naucratis.

Egipto se convirtió en una provincia más de Persia

Para muchos egipcios se trataba de una relación de dependencia frente a las tropas y comerciantes helénicos que no fue bien aceptada, aunque resultó inevitable para hacer frente a los grandes imperios orientales.

Tras algunos choques con los babilonios, fueron los arrolladores persas los que tomaron Egipto durante la etapa más gloriosa del imperio aqueménida. Durante este dominio, iniciado en el 525 a.C. con la victoria del rey Cambises sobre las tropas egipcias de Psamético III en Pelusio, Egipto poco a poco fue quedando reducido al carácter de *satrapía*, una provincia más del gran imperio persa, dependiente de un centro de decisión muy lejano. Para contrarrestar este efecto, los soberanos persas, empezando por Cambises, se esforzaron por adoptar las formas de la realeza egipcia, presentándose como faraones. Así intentaban evitar a toda costa herir las sensibilidades egipcias.

Pero no era fácil que llegaran a conseguir el apoyo popular: a la muerte de Cambises en 522 a.C., los egipcios se rebelaron. Su sucesor, Darío I, recuperó pronto el control sobre el debilitado país y prosiguió la estrategia apaciguadora. No hizo lo mismo Jerjes, menos sensible a las especificidades nacionales egipcias. En cualquier caso, consiguieron integrar a Egipto en la enorme construcción imperial que habían desarrollado y que se aprestaba a dar la batalla contra Grecia. Hubo participación de egipcios en los ejércitos persas, especialmente en su armada: por ejemplo, la flota con la que Jerjes atacó Grecia en 480-479 a.C. contaba con doscientos trirremes de Egipto.

Jerarcas locales consiguieron volver a proclamar la independencia en 404 a.C., que duraría 70 años, siempre amenazada por los persas, que no querían perder el control sobre una de sus posesiones más occidentales, lo que, desde su punto de vista, podía aumentar los problemas que ya tenían con los griegos.

El Magno asumió los ritos y las costumbres de un faraón

El gran giro para Egipto, como para todo el mundo mediterráneo y oriental, vino de la mano de Alejandro, el soberano macedonio que derrotó al imperio persa y en apenas poco más de una década llevó a cabo las más ambiciosas campañas de conquista del mundo antiguo. El país del Nilo le fascinó y, además de asumir con entusiasmo todas las formas rituales y costumbres de un faraón nativo (ver recuadro 1), emprendió una política de potenciación del reino cuyo principal hito fue la decisión de fundar la ciudad de

Alejandro recibió la confirmación de Amón

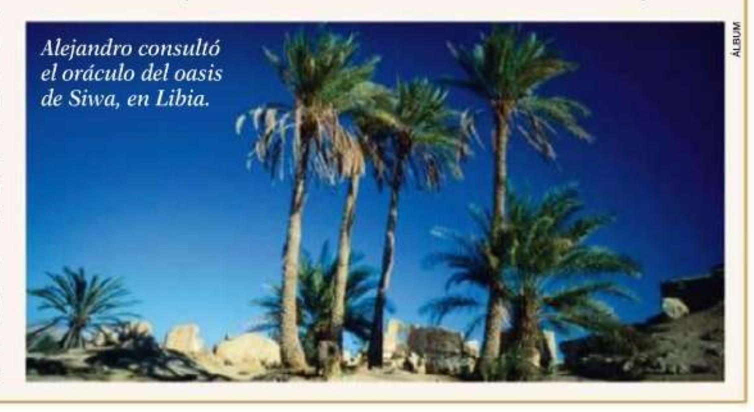
El joven conquistador macedonio no era un faraón, pero se sentía con todo el derecho a serlo. Si ellos descendían de Ra –según su título real–, Alejandro consideraba que lo hacía de Zeus. Filipo II de Macedonia no había sido más que su padre terrenal.

Por esta razón, cuando hubo conquistado Egipto en 331 a.C., decidió ir a consultar un famoso oráculo que se encontraba en Siwa, un remoto oasis para llegar al cual había que viajar a través del desierto de Libia. Allí se adoraba a quien los griegos llamaban por entonces Amón *el Libio*, una versión del tradicional dios de Tebas cuyo culto había conseguido gran popularidad en tierra helénica.

La sorprendente decisión –que implicaba una compleja expedición por el peligroso desierto– demuestra la fascinación que todo lo egipcio irradiaba ya sobre las otras culturas clásicas: para Alejandro, ir a Siwa era visitar al dios en su hogar original. También significaba un importante hito en la operación de propaganda para ganarse la legitimidad ante sus nuevos súbditos.

Las narraciones del viaje explican que él y su séquito tuvieron suficiente agua de lluvia para completar sin penalidades su recorrido y que no les afectó el terrible viento simún del desierto, que según una leyenda había sepultado allí al ejército del rey persa Cambises. Al llegar al templo, Alejandro fue conducido en solitario a la cámara secreta del santuario, desde la que pudo plantear a Amón tres preguntas. Nunca reveló cuáles fueron, pero sí se ocupó de hacer saber que había recibido una respuesta afirmativa respecto a su origen divino. El historiador Plutarco refiere la anécdota de que el sumo sacerdote de Siwa lo había recibido saludándolo como "Oh, hijo" ("Oh, Paidíon") pero pronunció mal las palabras griegas correspondientes y se entendió "Oh, hijo de Zeus" ("Oh, Paî Diós"), un error que a Alejandro le resultó muy grato.

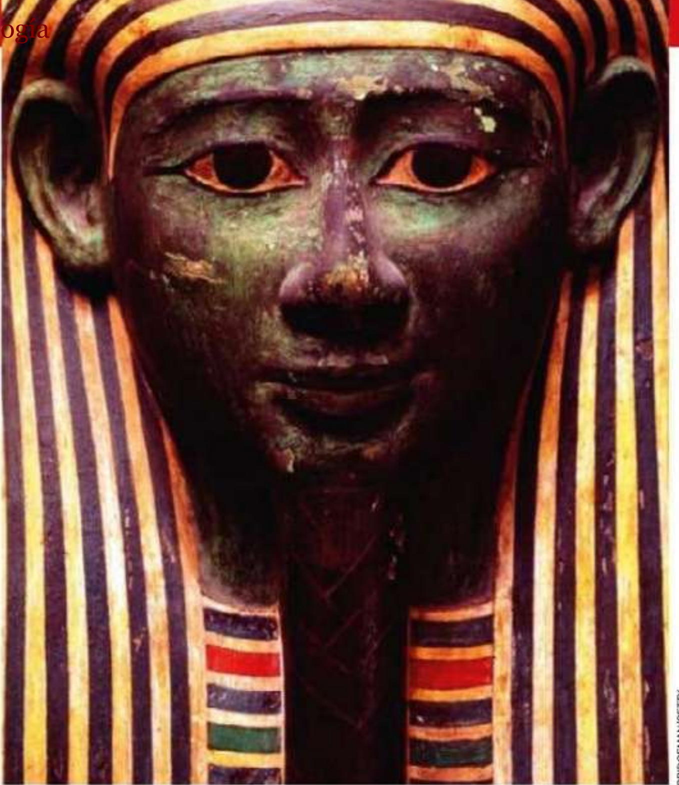
La versión más extendida sobre las otras dos preguntas es que una versaba sobre el imperio –si se le concedería dominar a todos los hombres– y otra era de índole personal –si había sido vengada la muerte violenta de su padre terrenal, Filipo–.

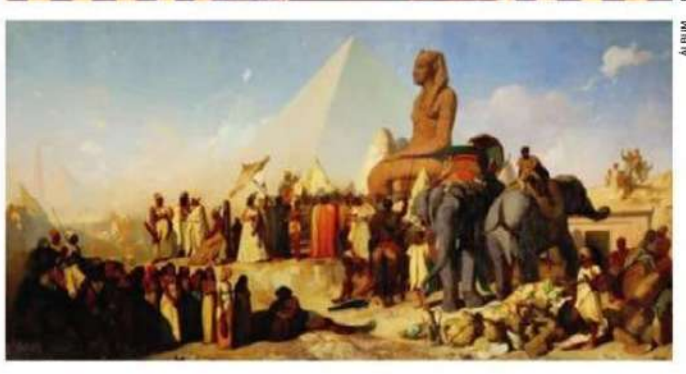

Alejandro consultó el oráculo del oasis de Siwa, en Libia.

ALBUM


ALBUM

Bajo la bota asiria
Los faraones negros (nubios) como Taharqa (en la imagen, arrodillado frente a Horus) tuvieron la mala suerte de coincidir con el esplendor del reino asirio.





BRIDGEMAN/GETTY ÁLBUM

Provincia persa
Aunque faraones como Psamético (al lado), de la dinastía XXVI, se esforzaron por reunificar de nuevo el país, la victoria del persa Cambises sobre las tropas egipcias de Psamético III en Pelusio (abajo) redujo a Egipto al nivel de una satrapía.

Alejandría en un enclave costero privilegiado.

Tras su prematura muerte, sus sucesores llegaron a un acuerdo de repartición del enorme imperio amasado mientras el heredero de Alejandro era menor. A uno de sus mariscales, Ptolomeo, hijo de Lagos, le correspondió Egipto, Libia y “aquellas partes de Arabia que se encuentran cerca de Egipto”. Pronto estalló una Guerra de los Sucesores que acabaría disgregando el imperio y tras la cual una de las mayores unidades políticas surgidas sería el Egipto ptolemaico.

Los ptolomeos y su agresiva política militar

Con la dinastía ptolemaica, el país del Nilo iba a revivir su edad de oro, y construyó un gran prestigio en el mundo mediterráneo. De hecho, ese era uno de los grandes objetivos de sus monarcas, que vivían en constante competencia con los otros dos imperios surgidos de la herencia de Alejandro: el seléucida (que controlaba Siria y Mesopotamia) y el macedónico, asentado en buena parte de la Grecia continental.

Los ptolomeos llevaron a cabo una política militar muy agresiva, sobre todo en el ámbito naval, ya que pretendían controlar la península griega y también tenían ambiciones sobre las ciudades helénicas del Asia Menor. Consiguieron una gran influencia durante el siglo III, sostenida con algunas importantes victorias militares. Más adelante les empezaría a resultar muy difícil mantener una posición internacional tan expansiva.

Hubo otra estrategia para aumentar la fama y la gloria de su reino, de índole pacífica: esa, más perdurable, fue el urbanismo y la cultura. Alejandría se convirtió en la mejor embajadora de los ptolomeos y no tardó demasiado en ser considerada como la gran metrópoli de su época. Sabios como Estrabón la definieron así: “La ciudad tiene los más bellos recintos y palacios públicos. Pues como cada rey, por amor al esplendor, solía añadir algún tipo de adorno a los monumentos públicos, del mismo modo invertía a su costa en una residencia, además de las que ya existían, de modo que ahora, por citar al poeta (Homero): ‘hay edificio tras edificio’ ”.

La poderosa flota con la que el rey persa Jerjes atacó Grecia en 480 a.C. contó con la participación de 200 trirremes egipcios

En Alejandría fundó Ptolomeo I Sóter el Museión (Museo), un gran centro de investigación y enseñanza que acabaría acogiendo a casi todos los grandes sabios helenísticos de esos siglos. Dentro del Museo, la joya de la corona era sin duda su biblioteca, a la que se dedicaron ingentes recursos y que llegaría a reunir la mareante cifra de 700.000 libros. Este centro iba a adquirir muy rápidamente relevancia internacional y sería conocido como la Biblioteca de Alejandría, ▶

925 a.C.
Sheshonk I, faraón de una dinastía de origen libio, ataca Jerusalén y se lleva los tesoros del templo.

ÁLBUM



Máscara de Sheshonk II, de una dinastía libia.

747 a.C.
Los “faraones negros”, procedentes de Nubia, se hacen con el poder sobre todo Egipto.

ANDREW MCCONNELL/AGE



Tumba de Qalhata, madre de un rey kushita.

671 a.C.
Primera gran invasión de un reino extranjero: los asirios, comandados por su soberano Asarhadón, llegan hasta Menfis.

ÁLBUM



Estela con los “méritos” del rey asirio Asarhadón.

525 a.C.
El emperador persa Cambises derrota a Psamético III y anexiona Egipto al imperio aqueménida.

Cleopatra, faraona postrera de la última dinastía, fue la primera reina ptolemaica que dominaba la lengua egipcia

la más grande del mundo.

La cultura que los ptolomeos impulsaron con gran éxito no fue nunca la egipcia, sino la griega, que era la que sentían como propia. De hecho, gobernaron como reyes macedónicos con una elite administrativa de la misma procedencia. De ahí que, en sus postrimerías dinásticas, Cleopatra se gane fama por ser la primera reina ptolemaica que domina la lengua egipcia, rompiendo el distanciamiento entre los conquistadores y sus súbditos.

Una paradoja importante de esta última dinastía dominadora de Egipto es que, a pesar de sus muchos logros, estuvo sometida a constantes rivalidades y problemas sucesorios. Los enfrentamientos fueron a cara de perro, tanto que para asegurarse su posición, los reyes ptolemaicos impusieron el matrimonio hermano-hermana como una solución práctica para adelantarse a reclamaciones de posibles rivales, que de todas formas fueron frecuentes. Esto, unido a cierta propensión a la poligamia por parte de los soberanos, fue un importante factor de inestabilidad.

Posiblemente estos factores contagiaron los demás frentes de la vida política, sobre todo a partir de Ptolomeo IV, a quien el historiador griego Polibio culpa directamente de hechos como la pérdida de las posesiones en el Egeo y en Siria. Sólo Chipre y la provincia Cirenaica (en la costa de Libia) quedaron como dominios exteriores de Egipto. Se iniciaría así una larga decadencia en la que también influyó la presión fiscal que ejercía la muy rigurosa administración ptolemaica, vorazmente orientada a obtener ingresos recaudatorios y en la que abundaban los funcionarios corruptos, sobre todo en las regiones más alejadas del control central.

Alejandría se levantaba en armas asiduamente

El progresivo empobrecimiento de la población llevó a que surgieran fenómenos de bandolerismo, huelgas, expolio de templos, o guerras entre ciudades. En este panorama rebelde, un factor insuficientemente controlado por los reyes fue el levantisco comportamiento de la población de Alejandría, que se alzaba en armas en momentos de cambio político, convirtiéndose en un elemento decisivo en las luchas por la sucesión que nadie controlaba plenamente. En el 80 a.C., la turba alejandrina llegó a asesinar a Ptolomeo X.

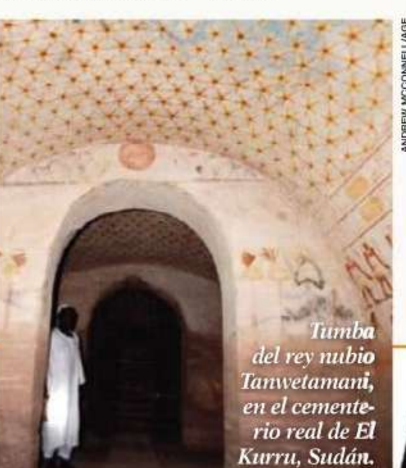
Cuando Cleopatra subió al poder en el 51 a.C., los romanos ya jugaban un papel clave desde hacía más de un siglo, apoyando a uno u otro de los candidatos a ocupar el trono. Su proceso de

Auge y caída de los faraones negros

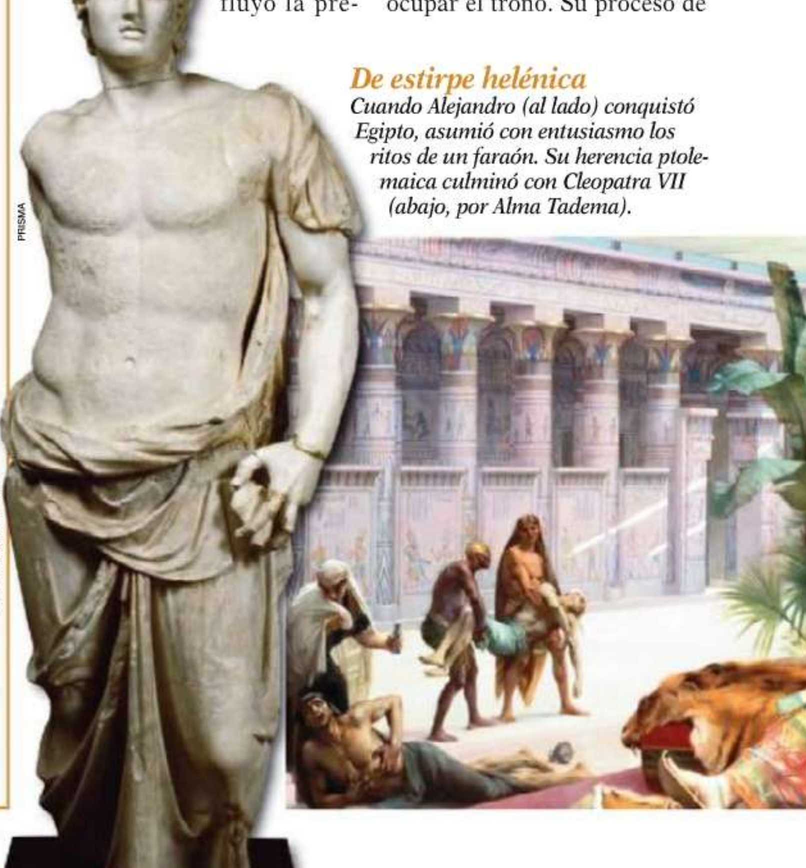
Con la XXV dinastía, los nubios –eternamente conquistados por los egipcios– pasaron a ser conquistadores. Aunque siempre habían sido unos huesos duros de roer, a partir del año 747 su constante preparación para el combate cristalizó en el surgimiento de una dinastía fuertemente militarizada que, comandada por Piy, ascendió más allá de la catarata de Asuán para hacerse con el poder en Egipto. El advenimiento de este reino nubio había encontrado las condiciones adecuadas en la pérdida de control sobre la zona sufrida por el poder faraónico desde la caída de la dinastía ramésida.

Los reyes nubios, cuya capital se situaba en la ciudad de Napata, eran claramente de etnia negroide, lo cual queda demostrado por los rasgos presentes en muchas de las representaciones artísticas de sus faraones. Esto ha dado lugar a la denominación popular de "faraones negros" para la dinastía. A pesar de su origen ajeno a la cultura del Nilo, se esforzaron mucho en ser bien aceptados por sus dominados y adoptaron el culto a Amón, los símbolos de poder faraónicos (como representarse en esfinges) y las tradiciones egipcias. Lo más llamativo es que se hicieron enterrar en pirámides, situadas en El Kurru, en la orilla del Nilo. Tal proceso de asimilación facilitó la legitimación del mandato de los cinco faraones que compusieron la dinastía, y durante el total de noventa años que ocuparon el poder no sufrieron grandes rebeliones. Aún así, introdujeron algunas novedades significativas, como la sucesión en el trono, que no fue necesariamente de padres a hijos: permitieron la transmisión de la corona a un hermano, lo que ocurrió en dos casos.

Durante esta época, el ejército fue el principal medio de poder del faraón. La fuerza militar con la que se sintió la dinastía nubia llevó a sus faraones a ser más expansivos que ningún otro en los últimos doscientos años y a internarse en expediciones a Palestina. Pero ello les acarrearía ganarse la enemistad con Asiria, lo que resultaría fatal para su supervivencia política.


ANDREW MCCONNELL/AGE

Tumba del rey nubio Tanwetamani, en el cementerio real de El Kurru, Sudán.


PRISMA

De estirpe helénica

Cuando Alejandro (al lado) conquistó Egipto, asumió con entusiasmo los ritos de un faraón. Su herencia ptolemaica culminó con Cleopatra VII (abajo, por Alma Tadema).



Punto y final

El emperador Octavio Augusto venció a la flota de Antonio y Cleopatra en la batalla naval de Accio (al lado). Con la desaparición de la última faraona, Egipto se convirtió en provincia romana.

control del Mediterráneo oriental les había permitido hacerse con los reinos post-alejandrinos (Macedonia y Seléucida), y con las posesiones exteriores de los ptolomeos: la Cirenaica en 96 a.C. y Chipre en 58 a.C. Así que Egipto, rodeado, era sólo una cuestión de tiempo.

Cleopatra y sus hermanos, siempre en luchas fratricidas

César llegó a Alejandría el 48 a.C. buscando a Pompeyo, su enemigo en la guerra civil que los había enfrentado por el poder en Roma. Pero éste había sido asesinado un par de días antes por orden de los hombres de confianza del joven Ptolomeo XIII, que correinaba con su hermana Cleopatra (se casó con dos de sus hermanos). Estaban inmersos en una lucha fratricida, por lo que se puede decir que César pasó de una guerra civil a otra, aunque al llegar al Nilo no lo sabía.



César se tomó el asesinato de Pompeyo con gran irritación y lo consideró una terrible ofensa: era una excusa para entrar en Alejandría y establecer directamente su poder. De esta forma, Roma empezó a tener una participación mucho más directa en los asuntos egipcios. La toma de partido de César por Cleopatra, que lo sedujo, provocó una revuelta de la turba alejandrina, ya que ella era mucho más impopular que su hermano, y movilizó al ejército ptolemaico. César tuvo que emplearse a fondo con sus escasas legiones, llamar a refuerzos en Pérgamo y entrar en una lucha difícil, que a punto estuvo de perder, pero que finalmente se saldó con la muerte de Ptolomeo XIII y la imposición en el trono de Cleopatra.

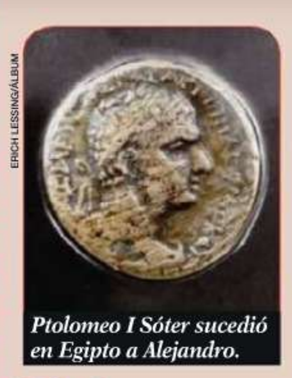
La famosa reina de Egipto, con sus inteligentes maniobras políticas en sus relaciones primero con César (de quien tuvo un hijo) y luego con Marco Antonio (con quien concibió tres), logró reverdecer por un tiempo la gloria pasada de su dinastía. Por la gracia de sus imperiales amantes fue logrando el control sobre Chipre, y obteniendo posesiones en Líbano y Judea, así como el reino de Nabatea y la ciudad de Cirene. Esta recuperación del reino ptolemaico formaba parte del proyecto de Marco Antonio de un gran imperio oriental, pero dio la excusa a su enemigo en Roma, Octavio Augusto, para acusarle de estar dominado por Cleopatra y emprender otra guerra civil, que culminaría con la derrota de las tropas de Antonio y Cleopatra en la batalla naval de Accio (31 a.C.). La posterior muerte (o suicidio) de Cleopatra y la eliminación de sus hijos convertirían a Octavio en el siguiente faraón.

Egipto fue para los romanos un bastión económico

A partir de aquí, el dominio sobre Egipto fue el de una provincia romana cualquiera, con su prefecto que rendía cuentas al césar. De todas formas, este último era, para los egipcios, el faraón, y así fueron representados muchos de ellos en los tradicionales relieves de los grandes templos egipcios. El país del Nilo sería un territorio clave para los romanos, un bastión económico: por la fecundidad de su agricultura (durante el reinado de Octavio Augusto se enviaron a Roma más de un millón de toneladas de grano), por sus ricas minas del desierto oriental (el granito del foro romano es egipcio, y también se obtenía allí oro y pórfido), y por la potencia comercial de la ciudad de Alejandría.

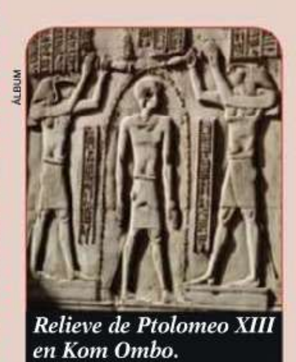
Además, Egipto ejercía un exotismo especial para los romanos. El culto a Isis se hizo popular entre ellos, especialmente entre las mujeres, y el lujo oriental con el que se identificaba a su urbanismo y, en general, a su forma de vida, les fascinó. Adriano fue un gran admirador, visitó Egipto y se hizo una villa que reproducía aspectos egipcios.

Con los últimos faraones, los emperadores romanos, Egipto dejó de existir como entidad política relevante. Pero surgió como mito que traspasaría las fronteras del tiempo. ■



Ptolomeo I Sóter sucedió en Egipto a Alejandro.

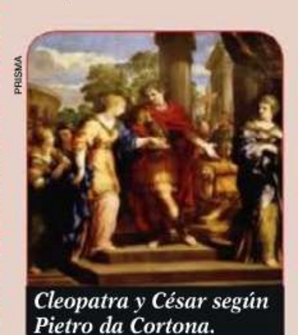
323 a.C.
Ptolomeo gobierna Egipto, primero como sátrapa y luego autoproclamándose rey (306 a.C.). Comienza así la dinastía ptolemaica, la última de la historia de Egipto.



Relieve de Ptolomeo XIII en Kom Ombo.

51 a.C.
Cleopatra VII se proclama reina en plena rivalidad con su hermano Ptolomeo XIII.

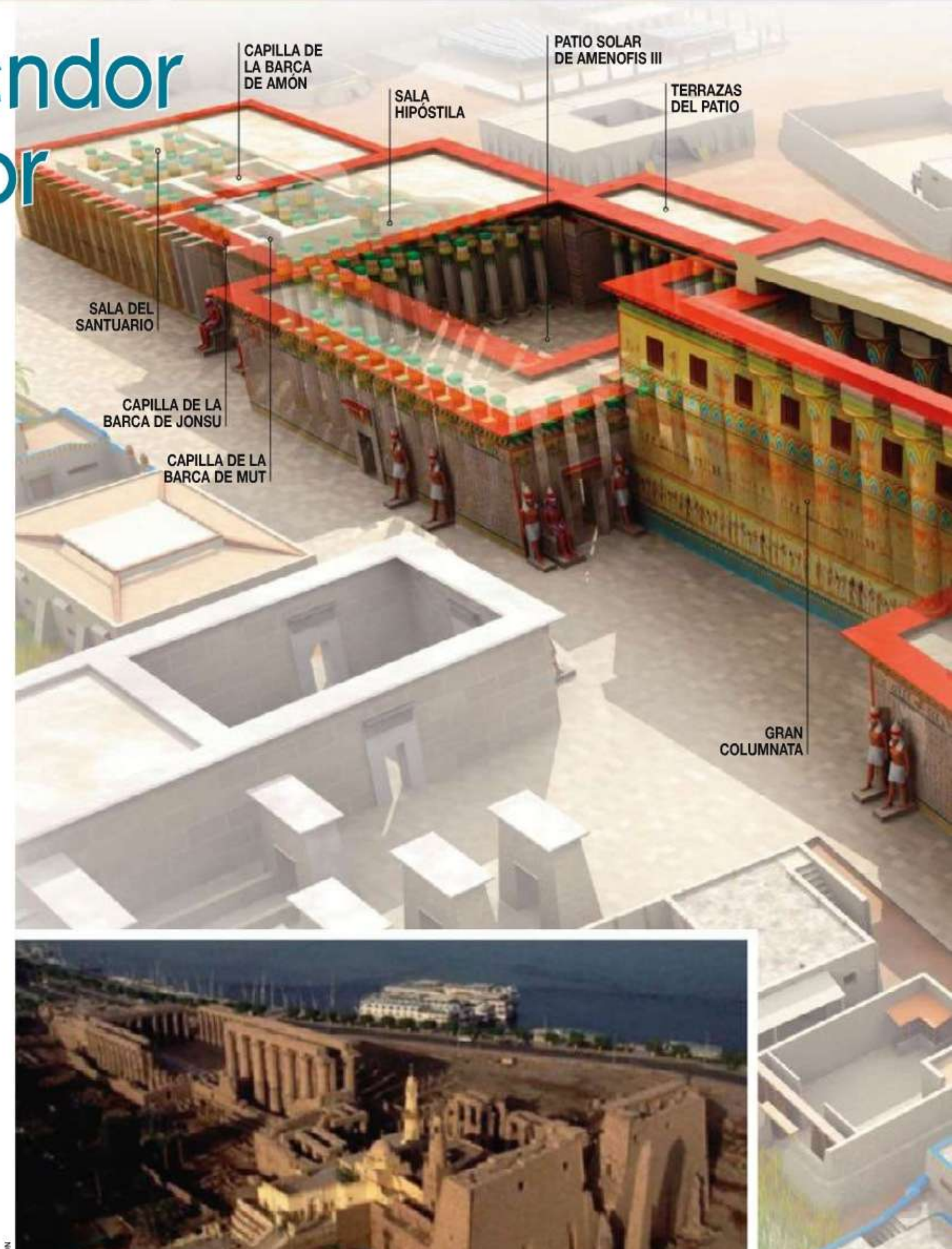
48 a.C.
Julio César llega a Alejandría y apoya a Cleopatra.



Cleopatra y César según Pietro da Cortona.

31 a.C.
La flota de Marco Antonio y Cleopatra es derrotada en la batalla de Accio. Egipto se convertirá en una provincia más del Imperio Romano.

El esplendor de Luxor



El templo de Luxor, uno de los lugares de culto más antiguos del mundo, se erigió en la antigua Tebas en 1400 a.C. Por lo tanto, lleva más de 3.500 años acogiendo diferentes prácticas religiosas. Dedicado a la tríada tebana (Amón, Mut y Jonsu), estaba relacionado con el cercano templo de Karnak, del que le separaba un *dromos* (avenida) de dos kilómetros bordeado por 700 esfinges con cabeza de carnero que, una vez al año, en la Fiesta de Opet, recorría el dios solar Amón cuando regresaba de visitar en Luxor a la diosa Mut, su esposa. El camino de ida lo realizaba desde Karnak en barca por el río. El dios lunar Jonsu era el producto de la unión de ambos. Iniciado por Amenhotep (o Amenofis) III, que construyó la parte interior del templo, lo terminó Ramsés II, que proyectó el recinto exterior. También intervinieron otros faraones, como Tutankamón, Horemheb e incluso Alejandro Magno. El santuario mide 260 m de largo y 50 de ancho. La construcción inicial estaba formada por un gran patio, la sala hipóstila, el vestíbulo y el santuario. Más tarde, Ramsés II agregaría otro patio, la fachada, los colosos y los obeliscos, dejando la estructura que admiramos hoy. Las paredes del pilono describen la batalla de Kadesh, librada por Ramsés II contra los hititas. Dos obeliscos flanqueaban su puerta, pero en 1836 trasladaron uno de ellos a la Plaza de la Concordia en París. La infografía expone con fidelidad el templo de Luxor en su apogeo, mientras la foto recoge su aspecto actual, con la mezquita en honor a Abu el-Hagag. ■

YANN ARTHUS-BERTRAND/CORDON


No te pierdas la ANIMACIÓN 3D en la aplicación de Muy Interesante para iPad
muy
PATIO SOLAR DE RAMSÉS II
ACCESO AL EMBARCADERO
GRAN PILONO DE RAMSÉS II
PUERTA DEL PUEBLO
DECORACIÓN POLÍCROMA
OBELISCO DE LA CONCORDIA TRANSPORTADO A PARÍS
RECONSTRUCCIÓN JOSÉ ANTONIO PEÑAS

Un día en la vida del

AISA

todopoderoso



Además de los ritos obligados, el sexo y los grandes banquetes formaban parte de la rutina cortesana. En los suntuosos palacios donde mantenía a sus esposas, hijos y concubinas, el monarca conservaba el poder pese a las intrigas.

Por **Fernando Cohnen**

Los faraones eran considerados los intermediarios de los dioses en la tierra. Al morir se fusionaban con Osiris, momento en que eran venerados como una deidad más del Olimpo egipcio. Horus y posteriormente Ra les designaron sumos sacerdotes de todos los templos del país. Su poder era absoluto e incuestionable. Sin embargo, no faltaron impíos que buscaron el medio de acortar su mandato para cambiar el curso natural de sucesión.

En los momentos finales del reinado de Ramsés III, una de sus mujeres llamada Tiyi conspiró en palacio para lograr que su hijo, Pentaur, le sucediera en el trono. Para lograr su objetivo, Tiyi buscó la ayuda de un mayordomo llamado Pebakkamen, que fue quien reclutó a los hombres que se rebelarían contra el rey. Gracias a ellos y al apoyo que recibió de otras mujeres que vivían en el atestado harén de Ramsés III, Tiyi estuvo a punto de desalojar del trono a su marido.

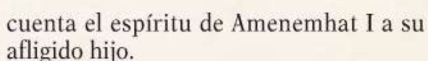
Los traidores tenían buenas influencias en el tribunal

No hay datos que arrojen luz sobre cómo se frenó el complot, pero sabemos quienes fueron los traidores. También conocemos que se constituyó un tribunal para juzgar a los imputados en la conspiración y que ciertos miembros de la comisión de investigación intentaron boicotear el proceso para no inculpar a algunos familiares suyos. Tras ser descubiertos, la ira del faraón cayó sobre sus cabezas. Los verdugos les cortaron la nariz y las orejas, castigo que se reservaba a los prefectos y magistrados que abusaban de sus funciones.

El rey merece un descanso
Lecomte du Nouy (1842-1923) ofrecía esta visión, muy a la moda orientalista de la época, de Ramsés II en su harén, entreteniéndose junto a sus concubinas. ▶







Comilonas y alcohol para todos (y todas)

Un banquete pintado en un mural de la tumba de Nebaum (1). Comían verduras, ocas, bueyes y dulces, y durante las cenas había mujeres bailando casi desnudas o tocando música (2). El alcohol (vino y cerveza) también causaba estragos entre ellas (3).

En los jeroglíficos se describe de forma un tanto ambigua la condena que aplicó el tribunal a los cabecillas del fallido golpe de estado: "Los han puesto en su lugar. Ellos solos han muerto". ¿Les obligaron a suicidarse? En realidad, su final fue mucho más lento y terrible. Una momia hallada en Deir el Bahari, que corresponde a un varón de unos 25 años bien formado y sin lesiones, aporta pistas sobre el ajusticiamiento de los traidores. La momia es de un hombre que fue introducido en su sarcófago sin habérsele practicado las operaciones usuales del embalsamamiento. Su rostro desvela una horrible agonía, lo que sugiere que el desafortunado joven fue enterrado vivo.

El harén real, donde vivían las ambiciosas esposas del faraón y sus concubinas, siempre fue un foco de conspiraciones e intrigas políticas. El primer complot del que tenemos noticia se produjo durante el reinado de Pepi I, de la VI dinastía. En la autobiografía grabada en la tumba de un funcionario real llamado Weni se cuenta que fue llamado por el faraón para declarar en un grave caso de intriga que se produjo en el harén. No hay datos que desvelen quiénes fueron los traidores, pero sabemos que el rey le regaló a Weni una buena cantidad de oro para que embelleciera su última morada.

El espíritu de su padre asesinado le advirtió del peligro

Hubo otra conspiración mucho más grave que culminó con el asesinato del faraón Amenemhat I, de la XII dinastía. La historia se relata en un escrito en el que el espíritu del rey asesinado alerta a su hijo Senwosret I de los traidores que medran en palacio. Este breve relato aporta detalles muy precisos del atentado mortal que sufrió el faraón cuando se encontraba solo y desprevenido en su dormitorio. "De haber podido empuñar el arma, habría devuelto los golpes a los cobardes con una sola mano", le cuenta el espíritu de Amenemhat I a su afligido hijo.

En tiempos de paz, cuando el enemigo no acechaba las fronteras, ni tampoco los vasallos desleales o las esposas despechadas amenazaban la vida doméstica, los reyes vivían plácidamente en sus palacios, donde tenían a su alcance un gran número de distracciones. La caza en el desierto y en los pantanos, las peregrinaciones y los grandes banquetes eran actividades frecuentes. En algunas tumbas aparecen representadas las fiestas gastronómicas que disfrutaban los faraones y sus cortesanos más allegados. Se asaban bueyes, ocas en espetón y otros variados platos que eran degustados en vajillas de oro, plata o alabastro y regados con vinos y licores.

Grandes festejos palaciegos con una deidad como anfitrión

A la fiesta acudían los músicos, cantantes y bailarines de ambos sexos. Ellas danzaban completamente desnudas o lucían un pequeño tanga, tal y como aparecen en una pintura de la tumba de Nebaum, que actualmente se puede admirar en el Museo Británico de Londres. Los invitados que acudían a las celebraciones reales se deshacían en cumplidos con su anfitrión, al que trataban como deidad. "¡Que la gracia de Amón sea en tu corazón!". Los faraones se sentaban en sillas de alto respaldo ricamente decoradas con incrusta-



La caza, una de las mejores diversiones

En este abanico ceremonial hallado en la tumba deTutankamón se ve al joven rey subido en un carro y practicando la caza del avestruz con ayuda de sus perros.

ciones de oro, plata, turquesa y otras piedras preciosas.

Los sirvientes circulaban entre las mesas, distribuyendo bebidas, flores y perfumes. Las jóvenes criadas, desnudas o con sencillos vestidos transparentes que dejaban entrever sus encantos, ofrecían a los invitados unos conos de color blanco que éstos se ponían en la cabeza. Mientras los comensales comenzaban a comer, los músicos interpretaban alegres composiciones.

Esas orquestas incluían instrumentos de percusión, entre los que destacaban las matracas, los crótalos, los cascabeles y los tambores, que ayudaban a acompasar el ritmo de las canciones. Junto a ellos se encontraban los instrumentos de viento y de cuerda, con flautas simples y dobles, obóes y arpas. Desgraciadamente, es muy difícil saber con precisión qué tipo de melodías interpretaban los músicos que amenizaban las fiestas de palacio.

Las mujeres también cogían considerables borracheras

Los hombres y mujeres bebían vino por igual. Parece que no existía la prohibición de servirlas alcohol. De hecho, en algunas pinturas funerarias podemos contemplar escenas de grandes cenas en las que aparecen mujeres totalmente bebidas y vomitando. En la tumba de Paheri se aprecia una figura femenina que da órdenes a un criado. Los jeroglíficos que acompañan esta representación demuestran que las egipcias de alta cuna no tenían que recatarse con la bebida y lo decían claramente: “Dame dieciocho vasos de vino, quiero beber hasta emborracharme, tengo la garganta seca como la paja”.

En los momentos culminantes de la fiesta, algún cantante improvisaba versos que alababan la generosidad de la familia real y la bondad de los dioses. Según cuenta Herodoto, en las mansiones de los ricos, una vez finalizado el gran banquete, el mayordomo exhibía un pequeño sarcófago esculpido y pintado de tal forma que simulaba con gran realismo una momia. De esa manera, los anfitriones mostraban

No había fiesta sin danzarinas desnudas, músicos, perfumes, flores, grandes banquetes y cerveza

El gigante y prolífico Ramsés II

En 1995, el arqueólogo estadounidense Kent Weeks reabrió una tumba en el Valle de los Reyes que albergaba los restos de los hijos de Ramsés II. Hasta el momento se han localizado unas 100 cámaras, aunque los expertos no descartan encontrar muchas más. Al parecer, el conocido faraón podría haber engendrado unos 130 hijos. Su prole fue tan impresionante que los investigadores no saben aún cuál fue el número exacto de vástagos.

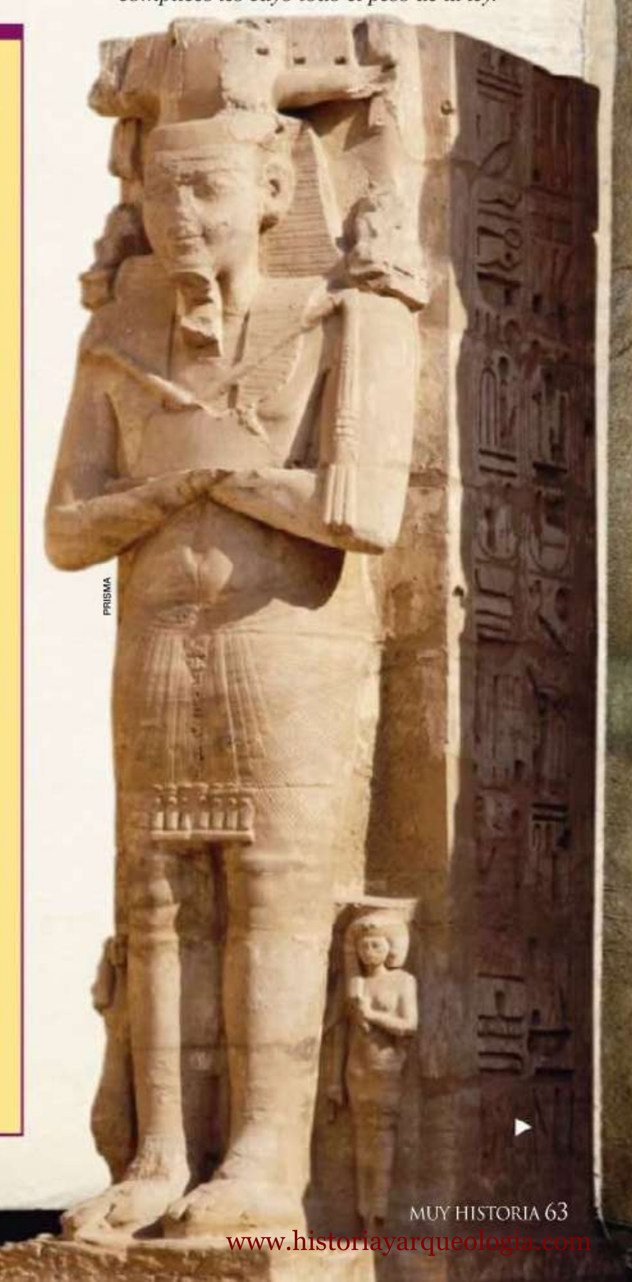
En 1988, las autoridades egipcias anunciaron la construcción de un aparcamiento en un lugar pedregoso del Valle de los Reyes, un gigantesco cementerio donde fueron enterrados los faraones de las dinastías XVIII, XIX y XX. Kent Weeks se empeñó con su equipo en echar un último vistazo y durante meses, se arrastraron por el suelo, gatearon por los túneles y se deslizaron en sogas para llegar a los fondos de las cuevas. Su trabajo, que incluía el frecuente encuentro con murciélagos, zorros, culebras y escorpiones, les provocó erupciones cutáneas que fascinaron a los dermatólogos cuando volvieron a EE UU. Pero, ¿quedaba algo por descubrir en aquel fastuoso osario real? ¿Podía ser una tumba olvidada? Weeks así lo creía.

Su sueño era localizar el santuario KV 5, que según apuntaban los mapas antiguos podría situarse en la entrada al Valle de los Reyes. Su presentimiento se confirmó en mayo de 1995, cuando encontró la entrada de aquella tumba olvidada, una de las mayores y más extrañas que construyeron los antiguos egipcios. En su interior fue enterrado el centenar largo de hijos que tuvo Ramsés II.

El estudio de su momia, que ha sobrevivido al paso del tiempo, ha permitido saber que el monarca midió en torno a 190 centímetros en el esplendor de su vida, lo que hacía de él un auténtico gigante para su época. Ya mayor, el faraón empezó a tener problemas de columna debido a la artritis y la espondilosis deformante, dos enfermedades que le obligaban a caminar despacio, encorvado y apoyado en un báculo que llevaba siempre consigo. Era delgado, tenía el mentón fino, perfil aguileño, nariz grande y orejas prominentes. Cuando murió, en julio del 1213 a. C., Ramsés II conservaba una buena mata de cabello rojizo natural.

La KV5 se descubrió en 1824 y fue reabierta por Kent Weeks.

GETTY



Intrigantes en la corte

Tiyi, una de las esposas de Ramsés III, organizó un complot contra su marido que estuvo a punto de ganar. A sus cómplices les cayó todo el peso de la ley.

PRISMA



Mamá, papá y las nenas
En la revolución artística de la época de Tell el-Amarna se representaron escenas de la vida cotidiana de los faraones, como esta cariñosa imagen de Nefertiti, Akenatón y sus hijas.

a los invitados la realidad del final de la existencia: "Mírala y luego bebe y disfruta de la vida, pues una vez muerto serás como esta figura".

Junto al faraón debía estar presente su esposa principal, que al comienzo del Imperio Nuevo actuaba como reina consorte y transmisora del linaje real. Su posición en palacio le permitía realizar determinados ritos en los templos y actuar como garante del faraón durante su reinado.

Si quieres una boda ventajosa, prueba con la princesa

Los egipcios creían que la Gran Esposa Real era la que realmente otorgaba la legitimidad al aspirante al trono. De ahí que algunos príncipes que no estaban en el primer puesto en la línea de sucesión intentaran legitimarse como faraones casándose con las hijas de su antecesor, que en muchas ocasiones eran sus hermanas o sus hermanastras, como fue el caso de Tutmosis II, que era hijo de una reina de menor rango.

Los faraones podían ser unos padres de familia cariñosos e intachables. Al menos esa es la imagen que el arte egipcio de la época exhibió de Akenatón, que disfrutaba tanto de la vida familiar en su palacio que apenas lo abandonaba. Se le mostraba como un padre afectuoso que se deleitaba en compañía de su mujer y sus seis hijas. Durante su reinado estuvo de moda representar las manifestaciones cariñosas de la pareja real en pinturas o estatuillas.

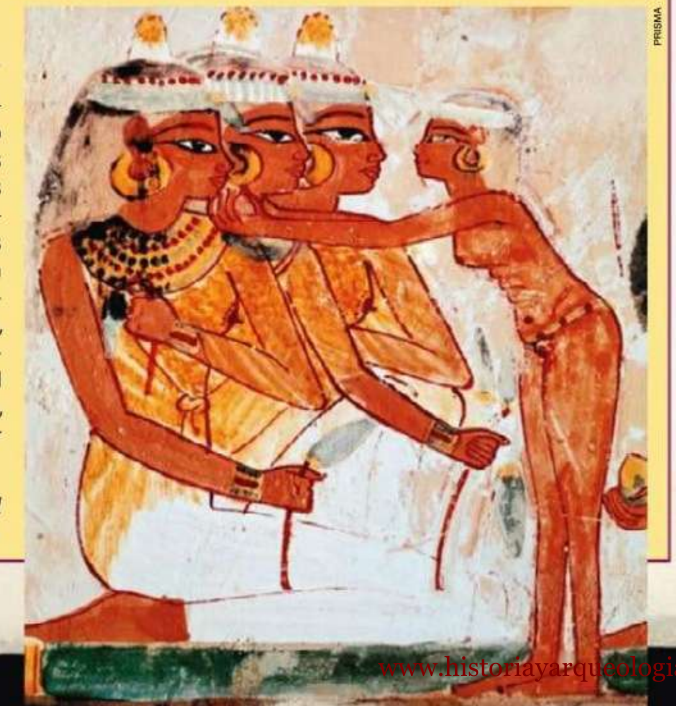
En ellas se puede ver al rey y la reina cubriendo de besos a sus hijas y cómo ellas responden acariciando con sus manitas la barbilla del padre y la madre. En la dinastía XIX, el arte egipcio recuperó su austeridad. Sin embargo, en las pinturas que adornan muchos sepulcros del Valle de los Reyes el marido y la mujer están representados siempre uno junto al otro, unidos para toda la eternidad. Al llegar al trono, Akenatón dio la espalda al dios Amón e instauró el culto único a Atón, el disco solar. También abandonó la tradicional capital de Tebas para construir otra a 290 kilómetros al norte, en un lugar que actualmente se denomina Tell el-Amarna.

Nefertiti: la reina más bella y amada de las Dos Tierras

En esa ciudad vivió con su amada Nefertiti y juntos actuaron como sumos sacerdotes y mediadores de Atón en la tierra. El aspecto de esta reina nos resulta muy familiar gracias a la conservación fortuita

Harenes muy poblados

No tenía nada que ver con el serrallo otomano, ni tampoco era custodiado por eunucos que prohibían la entrada a los hombres. El harén real egipcio era una dependencia palaciega donde vivían las reinas, princesas y concubinas, además de sus numerosos hijos, nodrizas y criados personales. El *Papiro Boulag 18*, diario que narra las actividades emprendidas por la corte de Tebas, desvela la existencia de un harén y aporta datos sobre quiénes formaban el círculo de cortesanos más cercano al rey, compuesto por funcionarios, arquitecto real, mayordomos principales, los príncipes, las hijas y las hermanas del rey. Las nodrizas, el correspondiente grupo de niños y todas las damas de la familia real, a excepción de la reina, vivían en el harén. Los faraones que tuvieron más esposas, concubinas e hijos debieron construir enormes harenes cercanos al palacio real en los que las intrigas, los celos y las peleas debieron ser muy frecuentes.



Una sirvienta ayuda a las mujeres a ponerse sus joyas para el banquete. En el harén vivían además los hijos y sus nodrizas.

de la escultura pintada de su cabeza, una obra maestra del arte egipcio que se conserva en un museo berlinés.

Los egiptólogos ignoran qué papel pudo desempeñar Nefertiti en la revolución religiosa que emprendió su marido. También desconocen qué ocurrió en los años finales del reinado de Akenatón. Sin embargo, sí han podido averiguar que el faraón no fue tan fiel a la bella Nefertiti como se creía hasta hace poco, ya que mantuvo relaciones con su propia hermana, fruto de las cuales nacería un niño que diez años después llegaría al trono bajo el nombre de Tutankamón.

El enfermizo monarca que murió demasiado joven

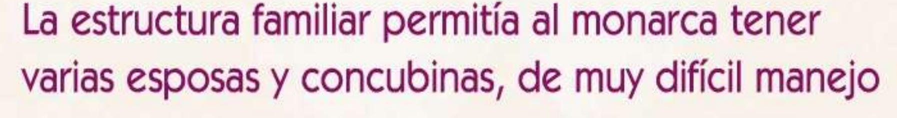
Este dato ha sido desvelado gracias a los análisis de ADN de los restos mortales de Tutankamón y de otras diez momias. El estudio, que fue coordinado por Yehia Gad y Somaia Ismail, del Centro Nacional de Investigación de El Cairo, aportó otros datos importantes; por ejemplo, que el joven faraón padeció malaria, lo que quizá pudo debilitarle el sistema inmunitario. Asimismo, un estudio más detallado de las imágenes tomográficas que se tomaron de la momia hace años han revelado

A los pies del faraón *Tutankamón sufrió numerosas enfermedades, como la malaria, y deformidades, como el pie izquierdo equinovaro. Su ADN ha revelado que fue fruto de un incesto.*

GETTY

que el faraón tenía el pie izquierdo equinovaro (le faltaba un hueso en uno de sus dedos). Es probable que el estado enfermizo de Tutankamón se debiera al incesto, una práctica que conllevaba ventajas políticas pero que podía acarrear consecuencias letales para la salud.

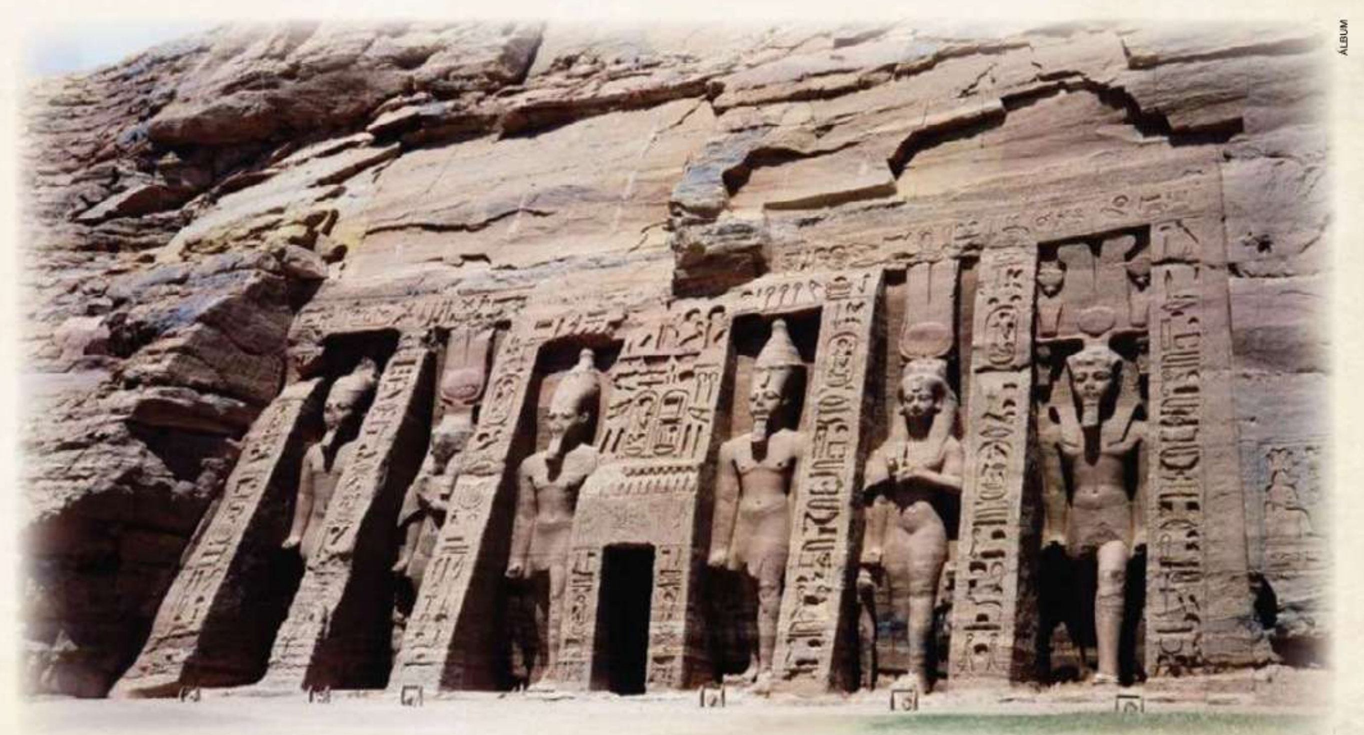
Además de por razones sucesorias, el incesto también se produjo por la necesidad del faraón de consolidar su condición divina, lo que lograba relacionándose sexualmente con sus hermanas y en algunos casos con sus propias hijas. En este aspecto, Ramsés II estuvo a altura de su condición de faraón entre faraones. Es sabido que su gran amor fue la reina Nefertari, pero el rey también contrajo matrimonio con princesas extranjeras, con su hermana y con tres de sus propias hijas. A estos enlaces hay que sumar las relaciones que mantuvo con infinidad de concubinas. No es extraño que en su larga vida tuviera más de 130 hijos, muchos de los cuales murieron antes que él.



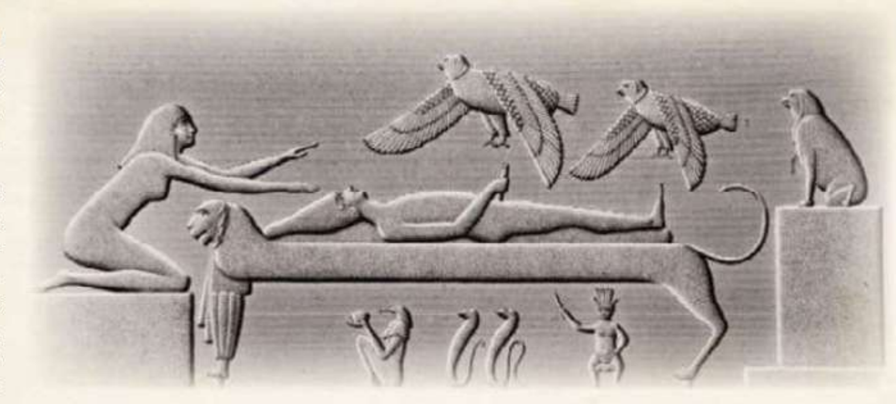
Mi querida consorte se merece una tumba espectacular

Nefertari parece haber sido la esposa preferida de Ramsés II, esta fama se basa en la buena conservación de su tumba, en la proliferación de representaciones de esta reina y en la belleza del templo menor de Abu Simbel, que mandó edificar el faraón para rendir culto a su mujer. Cons-

ÁLBUM



Homenaje a la amada inmortal *El imponente templo de Nefertari en Abu Simbel es uno de los pocos dedicados a una mujer.* ▶



El último viaje

En la cámara del Zodiaco del templo de Hator en Dendera se muestra la muerte de un faraón, con personajes del submundo y Horus, el dios halcón, sobrevolando.

ÁLBUM

truida hace 3.200 años y decorada por los mejores artistas de la época, la cámara funeraria de Nefertari es la más espectacular del Valle de las Reinas, la conocida necrópolis ubicada en las cercanías de la ciudad de Luxor (la antigua Tebas). Cuando la descubrió el italiano Ernesto Chiaparelli en 1904, la tumba ya había sido saqueada. Lo único que quedaba era el sarcófago de la reina sin momia y los magníficos frescos que representan a los dioses del panteón egipcio: Horus, Anubis, Isis, Osiris y Serket.

Había divorcio, pero el adulterio femenino estaba muy mal visto

Aunque muchos matrimonios eran estables, algunos acababan en divorcio de mutuo acuerdo. El proceso se llevaba a cabo sin la costosa colaboración de abogados y tribunales. La mujer abandonaba el hogar matrimonial y regresaba a la casa de sus padres llevándose consigo sus pertenencias y las partes correspondientes de la propiedad conyugal. En algunos casos, era ella la que se quedaba con la casa, siendo el hombre el que tenía que abandonar el hogar familiar. No sabemos quién se quedaba con la custodia de los hijos.

A las mujeres casadas no se les permitía ninguna libertad sexual. Si cometían adulterio, recibían el desprecio social y podían ser castigadas con dureza. Se censuraba que un hombre mantuviera relaciones con una mujer casada. Y no era tanto por motivos morales, como por evitar la reacción de los maridos cornudos, cuya ira podía alterar el equilibrio y la paz de la comunidad.

Las esposas del faraón que no podían amamantar a sus hijos recurrían a los servicios de nodrizas, uno de los oficios mejor pagados y al que podían acceder mujeres de todas las clases sociales. En el Periodo Dinástico, el puesto de nodriza real era muy buscado, ya que era un trabajo muy influyente. Su posición en el harén y la cercanía a la corte les permitía relacionarse con altos funcionarios, facilitando a las nodrizas un rápido ascenso en la pirámide social.

Valías más cuantos más hijos vivos tenías

En el país de las "Dos Tierras", formadas por el Alto y el Bajo Egipto, el sexo era el origen de todo lo conocido y la poderosa maquina que movía los engranajes del universo, cuyos mandos estaban en manos de los dioses. Los egipcios no se preocupaban por la virginidad de los hijos. Lo verdaderamente importante era la fertilidad y la capacidad de procrear. Sin embargo, apenas nos han llegado datos o representaciones pictóricas que desvelen cómo y en qué circunstancias se practicaba el sexo.

La excepción es el denominado *Papiro Erótico de Turín*, que incluye una serie de dibujos que representan a diferentes parejas adoptando gran variedad de posturas. Lo que no sabemos es si este papiro es una representación real de anécdotas de prostíbulo o fantasías extravagantes del dibujante, lo que parece más probable. Una forma indirecta de imaginar la vida sexual de los egipcios es a través de los relatos mitológicos, dado que éstos siempre se inspiran en la conducta social del pueblo que los concibe.

También los dioses tenían celos y peleas conyugales

Al igual que ocurría con sus intermediarios en la tierra, los dioses del Nilo practicaban la endogamia frecuentemente. Según creían los egipcios, todo lo que existe surge de un único demiurgo que en su soledad tiene que masturbarse para procrear la primera pareja divina, dos hermanos que al alcanzar la pubertad contraen matrimonio. A partir de ahí comienza la saga de incestos entre las distintas divinidades, cuyas relaciones se van complicando con el paso del tiempo. Por ejemplo, el dios Horus tiene como esposa a Hator, pero mantiene relaciones con siete concubinas, lo que provoca celos y continuas peleas conyugales. Las mismas trifulcas domésticas que debieron producirse en los atestados harenes de los palacios reales del antiguo Egipto por alcanzar o perder el lecho real.

El comportamiento del dios Seth aporta algunos datos sobre cómo era percibida la homosexualidad a orillas del Nilo. Una de las versiones del mito desvela sus coqueteos con el dios Horus, del que alaba su espalda, y como éste confía a su madre Isis las inquietantes insinuaciones de Seth. Aunque la madre le aconseja olvidar el asunto, Horus termina cediendo a las proposiciones de Seth. Otros textos parecen sugerir que la relación homosexual es sobre todo un acto de supremacía del poderoso sobre un inferior o un subordinado.

Los egiptólogos han descifrado jeroglíficos que desvelan la íntima relación del faraón Pepi II con uno de sus generales, llamado Sasenet. La aventura amorosa en-

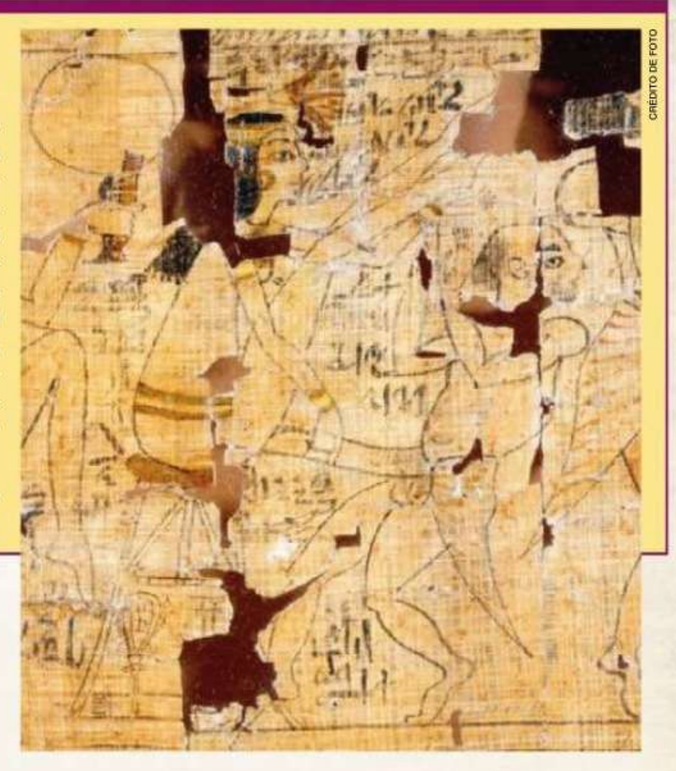
CORBIS

Erotismo y fertilidad

No hay muchas referencias en Egipto a las prácticas sexuales, esta escultura de la época ptolemaica es una excepción y celebra la potencia sexual de la pareja y la procreación.

Música excitante

En el *Papiro Erótico de Turín*, uno de los escasos documentos que hablan de la conducta sexual de los antiguos egipcios, se puede apreciar una escena en la que una prostituta deja caer una especie de lira para copular con un excitadísimo cliente. Otro rudimentario dibujo realizado en un trozo de madera, encontrado en una tumba del Imperio Nuevo en Tebas, exhibe a una mujer en pleno acto sexual con un hombre. Lo sorprendente es que mientras hace el amor ella sigue aferrada a su laúd. Estas imágenes parecen demostrar que las prostitutas utilizaban sus habilidades musicales para excitar a los potenciales clientes. También se han hallado figuritas que reproducen a arpistas que apoyan el instrumento musical en grandes y erectos penes. Otras pinturas muestran fiestas de la realeza en las que grupos de bellas bailarinas prácticamente desnudas ejecutan enigmáticas danzas.



CRÉDITO DE FOTO

Escenas explícitas de sexo en el Papiro Erótico de Turín *entre una prostituta y su cliente. La música formaba parte del rito.*

El viaje de la muerte se mostraba una y otra vez. No así el sexo, del que existen pocas representaciones

tre los dos aguerridos varones encaja de alguna manera con la que mantienen los dioses Seth y Horus en el Olimpo egipcio. Los investigadores también han aportado información sobre las relaciones homosexuales entre algunos sacerdotes del templo de Jnum en Elefantina. Otras evidencias parecen sugerir que la homosexualidad fue rechazada por el pueblo, aunque consentida entre las clases dirigentes. El *Libro de los Muertos*, la guía indispensable del Más Allá, califica de virtuosa la abstinencia de las prácticas homosexuales, pero no aclara si esas prácticas eran ocasionales o muy frecuentes, ni cuál era su consideración social.

El mismo cuerpo sirve para la segunda existencia

Al igual que a otros nobles, a los faraones y sus hijos les sometieron al morir al trabajo de los embalsamadores. El tratamiento de lujo incluía la extirpación del cerebro y, con excepción del corazón, de todos los órganos internos del difunto, (riñones, pulmones, hígado) que se guardaban en cofres junto al sepulcro, los llamados vasos canopos. Tras el lavado del interior del cuerpo, los expertos en momificación lo rellenaban con plantas aromáticas y después los salaban aplicándoles natrón, un carbonato sódico que sirve de conservante.

Al cabo de 70 días, lo envolvían con vendas de lino y tapaban los ojos, las orejas, nariz y boca con cera de abeja. Estas manipulaciones daban como resultado un cuerpo esquelético revestido de una piel amarillenta y rostro afilado que conservaban bastante fielmente los rasgos del fallecido. Tras fabricar la momia, los sacerdotes iniciaban los ritos funerarios que facilitaban el viaje del fallecido a su residencia divina.

Dado que se consideraba que la potencia sexual y la fertilidad eran atributos necesarios para disfrutar del Más Allá, a los cuerpos momificados de los difuntos se les añadía unos penes postizos, del mismo modo que se colocaban pezones artificiales en los pechos de las mujeres para hacerlas plenamente funcionales en el otro mundo. Bendecidos con sus atributos humanos, los reyes disfrutaban del paraíso toda la eternidad. Las magníficas pinturas y jeroglíficos que decoran sus tumbas nos permiten imaginar con gran detalle cómo vivieron y murieron en sus suntuosos palacios a orillas del Nilo. ■

ÁLBUM

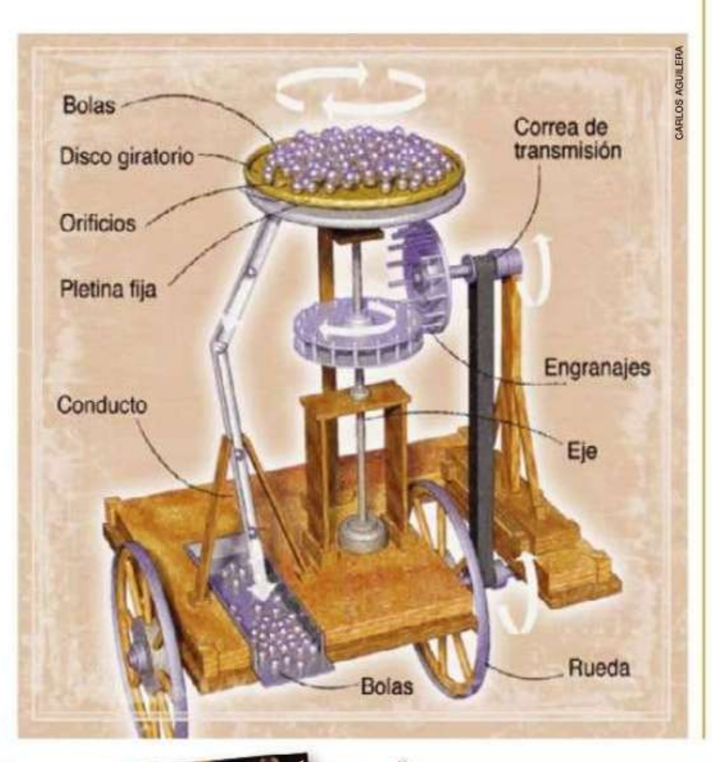


Los amantes se entierran juntos *Nianknum y Knumhotep, sacerdotes del faraón Nauserre, no ocultaron su amor homosexual en el muro de su tumba conjunta.*

P&R DE LA HISTORIA

¿Cómo funcionaba el primer cuentakilómetros?

Lo inventó en el Egipto helenístico Herón de Alejandría (10-70) y se llamó odómetro. Tal y como muestra la ilustración, la ingeniería era sencilla: varios engranajes se movían, impulsados por la fuerza de la rueda principal del vehículo o del carro. Esto hacía rodar una plataforma circular que contenía un pequeño agujero y en la que se acumulaban numerosas bolas, por lo que, al girar, iban cayendo por un tubo hasta una caja en la que volvían a amontonarse. Para medir los kilómetros recorridos sólo había que contar las bolitas que habían caído y hacer los cálculos precisos. Se ha demostrado que era un sistema bastante exacto. Por ejemplo, la medición con odómetro entre las ciudades de Hecatompylos y Alejandría fue de 850 km, cuando en realidad es de 852 km.



¿Utilizaban el cristal?

La loza fina era ya conocida en el periodo predinástico y se trabajaba utilizando el cuarzo como material base, pero el vidrio no apareció hasta la dinastía XVIII (1550-1295 a.C.), importado posiblemente desde Siria. Se fabricaba calentando natrón y cuarzo, una mezcla a la que se añadía un colorante azul procedente del cobre. Tras fundirse, se moldeaba y, cuando se creaban vasos o vajilla, se le otorgaba forma hueca con gran dificultad –utilizando un molde de arenisca–, ya que el vidrio soplado no fue conocido hasta época romana.

ÁLBUM

Jarra azul decorada con jeroglíficos perteneciente al Imperio Nuevo.



Maqueta con una escena de pesca, extraída de la tumba del canciller Meketre.

¿Qué delicia culinaria degustaban?

Extraen los ovarios, los lavan con gran cuidado varias veces en agua ligeramente salada, los prensan en planchas y los dejan secar al aire". Así relata el historiador Sebastian Sickenberger la forma en que los egipcios preparaban la butarga, nombre que daban a estos órganos secos extraídos habitualmente del mújol. Con forma alargada –similar a una salchicha–, solían estar repletos de huevos.

¿Cuáles eran los tejidos habituales para coser la ropa?

La piel era el tejido habitual para la fabricación de sandalias y capas. Generalmente era de antílope o de cabra y, tras curtirla y trabajarla, se coloreaba con vivos colores. Los más habituales eran el rojo, que obtenían del quermes –un insecto–, y el amarillo, que procedía de la corteza de la granada. Otro tejido muy utilizado fue el lino, con el que se cosían la mayor parte de vestidos masculinos y femeninos. También se utilizaron fibras de almendro, caña o una hierba de la que se extraía un hilo de gran fortaleza. La lana dejó de utilizarse por la creencia de que el pelo de animal era algo sucio, mientras que el algodón se introdujo con Alejandro Magno.

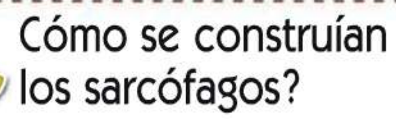


Vestido de lino del arquitecto real Kha, de la XVIII dinastía.



Por Ana Ormaechea

Envíe sus preguntas a mhistoria@gyj.es

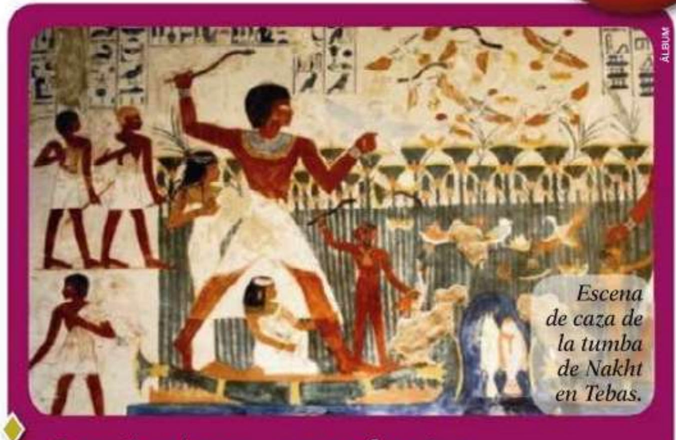


¿Cómo se construían los sarcófagos?

Los carpinteros pertenecían en el Antiguo Egipto a una de las comunidades de trabajadores más selectas. Aunque varió según la época, generalmente se denominaba sarcófago o *neb-ankh* al continente exterior construido en piedra, que albergaba en su interior un ataúd de madera de forma rectangular. A menudo eran lisos y sobrios pero, especialmente durante el Imperio Medio, fueron ricamente trabajados y decorados, imitando las pinturas murales de los mausoleos; se ilustraban fragmentos de la vida del fallecido, así como ofrendas que realizaban a los dioses. En prácticamente todos ellos se pintaba el doble ojo o *udjat*, para que el difunto pudiera mirar hacia el exterior. Todo el sarcófago estaba consagrado a Nut, la diosa celeste madre del resto de divinidades; de hecho, la tapa del ataúd se denominaba también cielo.

PRISMA

Sarcófago del 850 a.C., en el Museo Británico de Londres.



ÁLBUM

Escena de caza de la tumba de Nakht en Tebas.

¿Realizaban cacerías los egipcios como diversión?

La caza en el desierto y en zonas pantanosas era una actividad que generalmente se reservaba al faraón, los nobles y los ricos, que primero se lanzaron a pie pero, una vez que se normalizó el uso del carro, perseguían a la presa montados en aquellos vehículos. La escena habitual era la de un cazador real, rodeado de una extensa cohorte de sirvientes y un nutrido grupo de perros de presa. Los canes eran los encargados de acosar a las bestias y el objetivo era acorralarlas cerca de un pozo, donde se les disparaba una lluvia de flechas. O morían lanzándose al vacío o fallecían a manos de los cazadores. Si esto ocurría en los desiertos, en los pantanos la caza más habitual eran pájaros e hipopótamos, tal y como queda reflejado en un fragmento de papiro egipcio llamado *Los placeres de la pesca y la caza de pájaros*: "Qué feliz día aquel en que la diosa del pantano nos sea favorable. Atraparemos pájaros y encenderemos un brasero a Sobek". Había varias formas de cazar estas aves, pero lo más habitual era utilizar un palo con forma de serpiente (similar al que porta el protagonista del mural superior), que se lanzaba al cuello del pájaro como si fuera un bumerán.

¿Con qué materiales se construían las embarcaciones?

A excepción de algunas expediciones puntuales –como la que envió Hatshepsut al País de Punt–, los egipcios apenas abandonaron el curso del Nilo. La mayor parte de las aguas eran surcadas por pequeñas barcas –para una o dos personas–, fabricadas con tallos de papiros atados e impulsadas por pértigas. Los barcos de mayor tamaño se construían con madera de acacia y eran propulsados por remos o sirgadores que tiraban desde la orilla.



ÁLBUM

Relieve sobre la expedición a Punt en Deir-el-Bahari.

¿Construyeron presas de agua?

Sí que las erigieron y los arqueólogos han descubierto hasta el momento dos de ellas. La de mayor tamaño fue hallada en enero de 2009. Parece ser que tuvo su origen en el primer milenio antes de Cristo y fue levantada para proteger el templo de Karnak –en Luxor– de las crecidas del Nilo. El dique mide más de 250 metros de largo, por lo que ha sido denominado *la gran presa*. Según Zahi Hawass, secretario general del Consejo Superior de Antigüedades egipcio, "la obra es tan magna que la construcción debió de prolongarse durante varias dinastías de faraones".



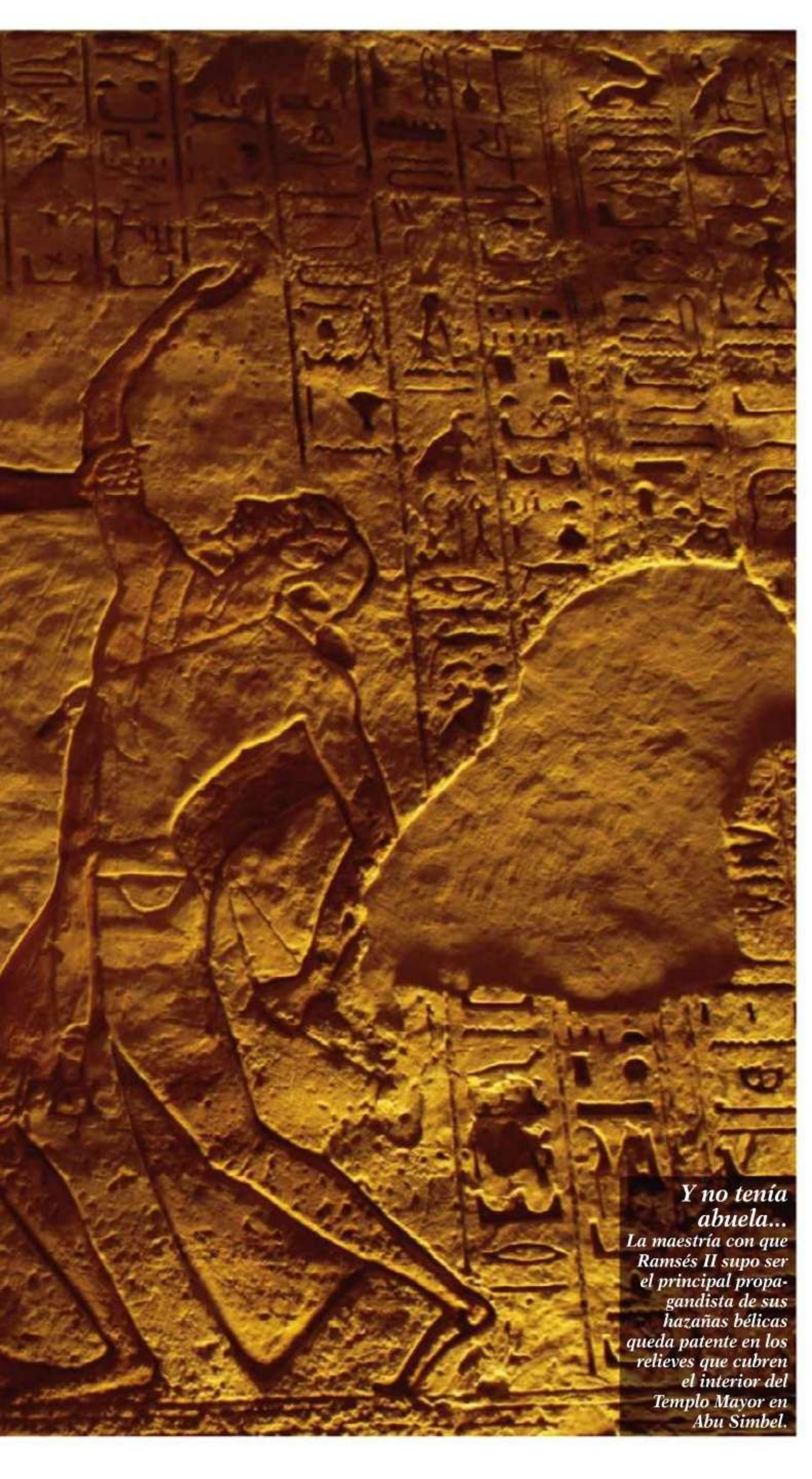
GETTY

Estampa del templo de Karnak, en Luxor, construido junto al río Nilo.



FARAONES GUERREROS

A la cabeza del ejército



Y no tenía abuela... *La maestría con que Ramsés II supo ser el principal propagandista de sus hazañas bélicas queda patente en los relieves que cubren el interior del Templo Mayor en Abu Simbel.*

PRISMA

Los egipcios se pasaron tres milenios defendiéndose de los invasores que remontaban el Nilo, pero también supieron emprender campañas de expansión militar que ampliaron su territorio hasta el Eúfrates.

Por **Juan Antonio Guerrero**

En aquel momento, Su Majestad estaba solo con sus seguidores: la división de Amón marchando detrás; la división de Re cruzando el vado, al sur de Shabtuna, a una jornada de distancia, la división de Path al sur de Aronama y la división de Seth de camino. Su Majestad había dispuesto su primera línea de combate con todos los dirigentes de su ejército. Ahora estaban en la ribera del país de Amurru."

Así puede leerse en el *Poema de Pentaur* sobre las paredes de los templos de Karnak, Luxor y el Ramesseum, fechado en el año 5 del reinado de Ramsés II y en el que se describe con detalle la batalla de Kadesh, que ha pasado a la historia como una victoria pírrica del faraón más famoso. Es una imagen aparentemente en la antítesis de la que hoy solemos tener del Antiguo Egipto, más *romántica* y exótica. Porque la realidad es que, durante casi tres milenios, los egipcios lucharon con diversa fortuna contra los invasores que remontaban el Nilo o atravesaban el istmo de Suez, pero también llevaron a cabo campañas de expansión militar que alargaron las fronteras del Imperio hasta el Eúfrates.

Los primeros conflictos militares en la protohistoria egipcia

Todo lo que se sabe de las épocas más antiguas, durante las fases finales del cuarto milenio a.C. –ya que se carece de fuentes escritas–, proviene de pinturas como las existentes en una tumba de Hieracómpolis, capital de uno de los dos reinos que se repartían el Valle y el Delta del Nilo por entonces. Por ellas se ha conocido el equipamiento de los guerreros –dotados de escudos de piel y cuchillos, bastones y mazas– y también las tácticas empleadas. Las escenas, representadas asimismo en ciertas armas como cuchillos de obsidiana, muestran campos de batalla de los que hoy llamaríamos anfibios, con embarcaciones fluviales que transportan velozmente a los ▶



Captura de animales y caza del hombre

Las tácticas militares del Egipto predinástico procedían de la caza (izda., la Paleta de los cazadores*). A la derecha, dos prisioneros (uno nubio y otro asiático) pintados en suelas de sandalias.*



grupos armados y los desembarcan en lugares apropiados para el ataque por sorpresa o a retaguardia. Las tácticas son siempre ofensivas y no parece que se combatiera a la defensiva, aunque existen restos arqueológicos de estas épocas que demuestran la construcción de recintos amurallados, circulares o cuadrados, en piedra, con almenas, cinturones defensivos de muros de adobe y puertas protegidas. Es probable que para acceder a la parte superior de las murallas se utilizaran escalas de madera. Estas construcciones constituyeron a veces el perímetro de las ciudades.

Grupos tribales y hordas, pero con tácticas y buena organización

En las mismas pinturas puede comprobarse también el cruel trato dado a los prisioneros, trasladados en largas cordadas atados por el cuello y los codos a la espalda, para ser sacrificados ceremonialmente por los reyes, entregados a las fieras, leones y hienas, decapitados, después, y sus cuerpos devorados por buitres, un trato que no mejoraría durante miles de años.

Nada sabemos, sin embargo, de la estructura y organización de estas primeras fuerzas. Aunque se trataba de grupos tribales y hordas, no quiere decir que carecieran de cohesión en el combate –como demostraron en su día los zulúes a los británicos–, ni de "dirección de la guerra". A fin de cuentas, son todavía en gran medida cazadores –y así lo demuestran evidencias como la llamada *Paleta de los cazadores,* del siglo IV a.C., que puede verse en el Louvre– que se enfrentan a leones, leopardos y panteras a los que disputan sus presas o matan para evitar la competencia. La caza se practica en partidas tribales, y los cazadores, cuando se unen varios para enfrentarse a grandes desafíos, suelen coordinarse mediante estandartes, una práctica que trasladaron fácilmente a la guerra.

Las armas personales son, ya lo hemos dicho, bastones y mazas de piedra –por lo común de diorita o alabastro–, cuya característica forma de pera se verá reproducida ampliamente en manos de los faraones como símbolo de poder, como los cetros y mayales. Aunque en este caso el soberano estará representado como defensor y vengador de Egipto, garante del orden cósmico y exterminador de sus enemigos.

También se emplean cuchillos o puñales casi siempre de obsidiana o sílex, aunque también de hueso. Puntas de lanza y flecha se fabrican en los mismos materiales e incluso de madera endurecida. Los arcos son simples, fabricados de una sola vara de madera, pero también se han representado arcos compuestos, fabricados con cuernos unidos por empuñaduras centrales de madera. El metal aparecerá al final de esta época en forma de hojas de hacha y de puñal en cobre, y la mejora de su tecnología permitirá la sustitución progresiva de las mazas por hachas y la fabricación de puntas de lanza, aunque las de flecha se siguieron haciendo de piedra por razones económicas.



Vestidos para luchar

El faraón (en este caso, Ramsés II en Kadesh), protegido por una larga loriga de placas, se dispone a disparar un arco compuesto, el mejor arma desde un carro de guerra. Las flechas medían de medio a un metro y tenían puntas de piedra o metal en forma de hoja o triangulares con espolones. El soldado se protege con un escudo de madera forrada, una armadura ligera de tela endurecida y forro acolchado y con una coquilla que cubre el bajo vientre y los genitales. Lleva un jopesh, pero su arma principal era la lanza.

El germen de sus primeros ejércitos procedía de las partidas de cazadores, que solían coordinarse mediante estandartes

La protección del guerrero se reduce a escudos, sencillas estructuras de madera revestidas de pieles y, ocasionalmente, a protectores triangulares de los genitales, una suerte de coquilla primitiva. Una característica típica de los escudos egipcios que aparece ya en esta época es que son curvos u ojivales por la parte superior.

El núcleo principal de las tropas permanentes era la guardia del rey

Durante el Imperio Antiguo, uno de los monarcas más guerreros de la III dinastía (ca. 2640-2575 a.C.), Zoser, amplió la expansión que sus antecesores habían iniciado con la ocupación y explotación de las minas del Sinaí y consolidó el sistema de guarniciones militares, lo que nos indica claramente no sólo que existía un ejército permanente que velaba por la seguridad del Imperio, sino que las fuerzas armadas disponían ya de una orgánica administrativa y logística considerables, aunque las tropas fijas no eran demasiado numerosas y su núcleo principal era todavía la guardia del rey. Cuando las necesidades lo requerían, aunque no se conoce en detalle el sistema de levas, se reclutaban fuerzas mercenarias, en especial de entre los antiguos enemigos, nubios y arqueros libios, muchas veces prisioneros sometidos a esta servidumbre de armas. Zoser dejó claros indicios de que ya existía un planteamiento geopolítico que identificaba las potenciales amenazas, definidas como los *Nueve Arcos*, un concepto que se representaba con dicho símbolo y que se aplicaba tanto a enemigos concretos, como nubios y libios, como a los pueblos asiáticos, siempre representados con barbas.

Los Nueve Arcos

Los egipcios denominaban los *Nueve Arcos* al conjunto de los pueblos extranjeros. En los zócalos de las estatuas, este símbolo sustituía siempre a los enemigos cautivos o decapitados que se representaban a los pies o bajo las suelas del faraón. Éste tenía la responsabilidad de someter el caótico mundo exterior, dominio de Set, a Egipto. Los primeros enemigos fueron los nubios, habitantes del sur del Nilo y norte de Sudán, en cuyo territorio los egipcios realizaron incursiones ya desde muy antiguo. Sin embargo, posteriormente recuperaron su independencia y llegaron a fundar la dinastía XXV. Los libios, llamados *tehenu*, disputaron largo tiempo las tierras del Delta, pero nunca llegaron a dominar Egipto, duramente castigados por Seti I. Por el contrario, los asirios de Asurbanipal –aliados con fenicios, chipriotas y hasta príncipes del Delta– sí que lo consiguieron, enfrentándose a los etíopes de Tarco. Otros enemigos importantes fueron los hicsos, que invadieron y gobernaron Egipto durante el Segundo Período Intermedio. También se libraron feroces guerras contra los temibles hititas. Por su parte, Ramsés III hubo de enfrentarse y vencer en una gran batalla naval a los pueblos del mar, gentes de distintas etnias del Egeo y el Mediterráneo Oriental –entre ellos, los filisteos o pelasata, de los que procede el nombre de Palestina–, que intentaron invadir Egipto en oleadas sucesivas. El abanico de enemigos se completaría con persas, griegos y, finalmente, romanos.


ALBUM

Los pies de Tutmosis I pisan sobre los Nueve Arcos, *que representan a los pueblos enemigos.*

En cualquier caso, estas campañas militares parecen más destinadas a *alejar* la amenaza, que a una verdadera expansión que se iniciará, sin embargo, en la dinastía IV (ca. 2645-2575 a.C.) con su fundador Snofru, "el de la belleza" (2575-2551 a. C.). Este soberano, según consta en la *piedra de Palermo*, llevó a cabo una verdadera expedición en los territorios del Sur, que consiguió la captura de 7.000 prisioneros nubios y 200.000 cabezas de ganado, construyendo además una fortaleza en la segunda catarata para proteger las minas y canteras de la zona. Y a los propios soldados y canteros, claro está. Estas fortificaciones eran capaces de garantizar la defensa y también de organizar expediciones de castigo o ataques preventivos. En otra expedición, una fuerza de 20.000 soldados al mando del gobernador Jabaubet asoló y saqueó las tierras nubias, y una tercera reportó otros 17.000 prisioneros que se convertirían en sirvientes o auxiliares del ejército.

En cuanto al equipamiento y especialización de las tropas, las inscripciones muestran pocas diferencias en el armamento y la protección, pero aparecen referencias a unidades que hoy llamaríamos de "infantería de marina" –las embarcaciones fluviales seguían teniendo un papel de importancia en el transporte de las tropas– y de "inge- ▶


ALBUM AKG/ALBUM

Fuerzas mercenarias

Cuando era necesario, se reclutaban fuerzas entre los prisioneros enemigos, sobre todo nubios y arqueros libios. Arriba, mercenarios del faraón, de la necrópolis de Tell el Amarna; a la izquierda, prisionero libio.

El carro: ligero y letal

Fueron los sumerios, hacia el 2800-2400 a.C., los primeros en usar carros de guerra, un arma que pasó pronto a otros pueblos y fue llevada a Egipto por los invasores hicsos en el Segundo Periodo Intermedio, hacia 1644 a.C. Sin embargo, los vencidos no sólo hicieron propia esta tecnología, sino que la mejoraron notablemente, volviéndola contra quienes la trajeron hasta que lograron acabar con su amenaza. El carro egipcio estaba concebido para conseguir velocidad y maniobra. Se trataba de una amplia plataforma de madera, de estructura muy ligera, con un eje trasero de gran ancho de vía con ruedas de cuatro y, luego, seis radios. Sobre ella, un parapeto en forma de herradura protegía el frontal y los laterales, dejando libre la parte trasera, por la que era fácil subir y bajar del vehículo. La tripulación la componían dos *seseny*, uno de los cuales guiaba el tiro, de dos caballos, y el otro combatía armado con arco y una o dos aljabas con flechas, jabalinas y venablos de respeto. El combatiente y muchas veces también los caballos solían estar protegidos por una larga loriga de láminas de bronce. Los carros se usaban siempre ofensivamente, en cargas veloces que atravesaban las líneas enemigas para girar rápidamente y seguir disparando sobre el oponente sin trabarse en combate cerrado. A veces, un tercer "tripulante" o corredor seguía a pie al carro, tan rápidamente como podía, para matar o capturar a los enemigos heridos o derribados. En otras ocasiones, eran feroces perros de guerra, como en una cacería, los que hostigaban y capturaban al enemigo.



Carro ceremonial de Tutankamón de madera chapada en oro.

nieros de asalto" o zapadores, capaces de construir fortificaciones pero también escalas móviles, torres y otros ingenios para penetrar en las fortalezas enemigas. La instrucción y profesionalidad del ejército parece evidente, pues no sólo se encuentran escenas de combate con una clara cooperación y cohesión en la lucha, sino que se conocen representaciones de desfiles en orden cerrado, de donde es fácil colegir que muy probablemente existían tácticas de combate que aprovechaban las ventajas de dichas formaciones en las batallas campales. Las unidades de infantería estaban armadas con lanzas, puñales y hachas, asegurándose la protección mediante escudos, confiando la personal a simples bandas de cuero o tela en el tórax y a casquetes de cuero y pelucas para la cabeza. Otras unidades estaban dotadas de arcos y otras armas arrojadizas, probablemente jabalinas.

También había un cargo de "jefe del departamento de fortalezas"

La organización nos es desconocida, a pesar de que sabemos de la existencia de numerosos cargos, desde el de general al reclutador de guías del desierto para las fuerzas terrestres y desde el canciller de dios –una especie de almirante– a la de jefe de tripulantes reclutas, aunque los empleos eran aplicables, en realidad a ambas ramas: así un canciller de dios podía comandar una tropa de tierra y un general, una flota. Es posible que estos cargos pudieran ser también ejercidos por funcionarios y autoridades civiles, normalmente elegidos por el rey. La logística quedaba asegurada por la numerosa clase de los escribas, que además se ocupaban de la custodia del equipo y las armas. También existían los cargos de jefes para las fortalezas, incluyendo el de *jefe del departamento de fortalezas* o el del Camino de Horus, la vía que unía Suez con Gaza y que estaba protegida por once fortines.

Tenían su propia "infantería de marina": los navíos fluviales jugaron un papel muy importante en el transporte de tropas

Dado que conocemos cargos navales, es obvia la existencia de una marina de guerra, aunque inicialmente, como ya hemos visto, las embarcaciones, siempre a remo, cumplían su función bélica en el traslado de tropas Nilo arriba o abajo.

No obstante, se han encontrado relieves de la dinastía V que muestran flotas de transporte marítimo, en concreto a Siria, en los llamados *nmiiw*, barcos de transporte, probablemente los mismos que mantenían el comercio con las ciudades fenicias, mostradas con seis remos y vela vertical.

A pesar de que contaba con un ejército permanente, éste siempre fue muy reducido en número durante el Imperio Antiguo. Los ejércitos de leva, organizados para la defensa en caso de producirse un ataque o para llevar a cabo alguna expedición de rapiña o conquista, se desmovilizaban una vez concluidas las campañas y los jóvenes soldados volvían a sus tareas habituales. Al acrecentarse el poder de la nobleza, cada señor, gobernador de provincia o nomarca organizó su ejército personal, que ponía a disposición del faraón cuando era necesario, y éste nombraba a un príncipe o noble de su familia para que los encabezara en la guerra.

Pero durante el Imperio Medio, la centralización del poder exigió la creación de un poderoso ejército permanente y verdaderamente profesional, cuyo jefe supremo

Armas

Espada curva o jopesh

Se deriva de un **instrumento agrícola**, tiene la hoja de corte **por el lado curvo** exterior, pero atravesaba **al enemigo**. Al principio, sólo la usaba el faraón.

ALBUM

Hacha de bronce

Con empuñadura de marfil y algunas realizadas en **electrón**, este tipo de hacha evolucionó hacia el jopesh.

GETTY

Daga de bronce

De hoja con nervadura y empuñadura con pomo semicircular, se utilizaba en el cuerpo a cuerpo.

GETTY



Para la Biblia, Armagedón

El faraón Tutmosis III venció a los cananeos en la batalla de Meggido, en el valle israelí de Jezreel (a la izquierda, sus ruinas). Fue la primera batalla documentada de la Historia. Inebny (al lado) fue comandante de arqueros y supervisor de las armas de aquel faraón tan guerrero.

era el faraón, que podía ceder este poder a su príncipe heredero. En el caso del longevo faraón Ramsés II, hubo hasta trece príncipes que fueron comandantes en jefe. Se organizaron cinco grandes divisiones, cada una con su insignia protectora que daba nombre a la unidad, y que se correspondían con los dioses Amón, Ra, Ptah, Fra y Set, según el lugar en el que se acantonaba.

Cada división estaba formada por 10.000 soldados de infantería, a los que precedía, seguía o flanqueaba en combate una unidad de carros. En orden cerrado era una primitiva e imponente falange de un millar de hombres en columnas de 100 infantes de frente por 100 de fondo, repartidos en dos brigadas de cinco batallones cada una. El jefe de la división disponía incluso de un "estado mayor" con portainsignias, edecanes, escribas, intendentes y, naturalmente, sacerdotes. Los arsenales del faraón, en los que se mejoran los métodos de trabajo mediante el moldeo de algunos componentes –copiados de los hititas, por ejemplo, que los usaban para sus característicos escudos de armazón metálica en forma de ocho–, proveían a estas divisiones con escudos, lanzas, arcos y flechas, hachas, puñales y otras armas. El empleo del bronce, en aleación 90/10 de cobre y estaño, se hizo muy extenso durante el Imperio Nuevo y se importaba de Siria, aunque el cobre se extraía de las minas de Sinaí.

Empieza a haber más soldados con armas curvas que con hachas

La tecnología del armamento mejora no sólo con nuevos tipos de hachas, puntas de flecha y de lanza, o jabalina con cubos tubulares por los que se introducía la vara. También se emplean puntas de flecha triangulares con espolones laterales que dificultaban su extracción.

La espada curva o *jopesh* –que aparece a partir del Segundo Periodo Intermedio debido a los contactos con países vecinos–, aunque inicialmente se reserva al rey, pasa más tarde a difundirse más, de manera que a finales de la dinastía XVIII hay muchos más soldados con armas curvas en lugar de hachas. La protección personal del soldado mejora con la utilización de cotas o lorigas de placas, el mayor empleo de cascos lisos e incluso con la incorporación de petos o placas horizontales para cubrir el tórax y los glúteos de algunos soldados de élite, como los miembros de la guardia real.

Los carros de guerra se hacen más numerosos y mejoran técnicamente –las ruedas y la lanza se refuerzan y llegan a tener hasta ocho radios–, mientras su papel en combate gana en importancia, existiendo unidades de infantería que escoltan y protegen a los carros cuando éstos quedan trabados en combate.

La presencia de mercenarios extranjeros persistió e incluso aumentó, incorporando ▶

Los "marines" del Nilo

Las embarcaciones fluviales tenían también gran importancia para el transporte de tropas. En la foto, una nave con soldados de madera policromada y textil correspondiente al Imperio Medio.



Punta de flecha
En la época predinástica (neolítico) se empleaban puntas de flecha de sílex, obsidiana, hueso e incluso madera endurecida.

Puñal
Las armas de bronce ganaron en calidad, pero a menudo servían más a fines ornamentales que como armas ofensivas.

Hacha de batalla
Con hoja de bronce y enmangue de madera, puede apreciarse el trenzado que sujeta la hoja. Es el arma más utilizada.

Literatura épica

Por poco observador que sea, cualquier turista que contemple los muros de un templo egipcio notará de inmediato que está ante una de las armas más antiguas del arsenal bélico, la propaganda. Detalladas y casi siempre hiperbólicas descripciones de las hazañas del faraón o soberano a cuya memoria se erigió aquel monumento cubren sus paredes. Es también uno de los ejemplos más arcaicos de literatura épica que se conocen, tanto en prosa como en verso. Son verdaderos relatos con inicio, desarrollo de la acción y finales loatorios para el monarca y los dioses. Aunque se conocen testimonios de épocas anteriores, los más detallados y épicos de estos relatos se corresponden con el Imperio Nuevo (1552-1069 a.C.), el periodo más belicoso de los faraones. Como en el resto de la literatura egipcia, no se conocen muchos nombres de los autores de estas obras, aunque el más conocido es tal vez el *Poema de Pentaur*, por el nombre de este autor, que nos dejó su firma al final de su pormenorizada versión de la batalla de Kadesh. En él, Pentaur llega a utilizar recursos estilísticos e incluye himnos al faraón Ramsés II, permiténdose hasta alguna "licencia poética". También se conocen autobiografías de algunos personajes de la corte que dejaron para la posteridad sus propias versiones de las batallas y campañas en las que participaron. Al ir disminuyendo la actividad guerrera según el periodo llegaba a su final, tambien decayeron los ejemplos de esta literatura.

GETTY



El papiro con el Poema de Pentaur, que alaba el papel de Ramses II en la batalla de Kadesh, está escrito en hierático.

NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY/CORBIS



Enemigos íntimos

Los nubios, vecinos de los egipcios por el sur, pasaron de ser sus más acérrimos enemigos a ocupar el trono y fundar una dinastía. En el dibujo, tropas nubias asedian Menfis con flechas incendiarias.

no sólo auxiliares libios y asiáticos, sino también a los *shardana*, armados con lanzas y espadas largas y protegidos con escudos circulares y cascos bicornes. Algunos de estos extranjeros llegaron a alcanzar altos cargos militares y administrativos.

Tutmosis III fue seguramente el mayor de los conquistadores egipcios

Fueron muchos los faraones cuyos éxitos militares los convirtieron en personajes de leyenda, pero con toda probabilidad puede considerarse a Tutmosis III (1479-1425) el mayor de los conquistadores. Se enfrentó a los palestinos coaligados en la famosa batalla de Meggido, Megido o Magedo, que pasaría al Apocalipsis bíblico como Armagedón, símbolo de la última y definitiva confrontación que aniquilará a la Humanidad. Este faraón, a lo largo de sus diecisiete campañas, libró dieciocho batallas navales para apoderarse de los puertos fenicios, aunque muy probablemente sus armadas estuviesen formadas por bajeles mercantes, adaptados a las tareas militares como simples cargueros armados. Tres siglos más tarde, sin embargo, la escuadra combinada de Ramsés III derrotó a la de libios, sirios y filisteos en Pelusim. Esta vez la flota egipcia estaba compuesta por barcos de construcción propios y fenicios, dotados de espolones, castillos de popa o nidos de cuervo y sólidas amuradas, detrás de las cuales los remeros, en número considerable, se encontraban a salvo de los proyectiles enemigos. Eran verdaderas naves de guerra, de fondo plano y estaban construidas con cuadernas, aunque carecían de quilla.

Y si Meggido es una de las batallas consideradas decisivas de la Historia militar, no lo fue menos la de Kadesh, librada por Ramsés II contra los hititas, a la que se tiene por la primera documentada en fuentes antiguas y la última de la tecnología del bronce. Kadesh posee además la curiosa característica de ser considerada una victoria por los dos bandos, aunque a la luz de los conocimientos actuales es evidente que de ella resultó una ganancia estratégica para los hititas, puesto que significó el fin de la campaña de invasión egipcia en su territorio. En el quinto año de su reinado, el faraón atacó la ciudad hitita de Kadesh, una fortaleza en la Siria actual codiciada por ambos bandos. Sus altas torres almenadas no podían ser batidas más que con flechas. Las cuatro divisiones de Ramsés (Amón, Ra, Ptah y Set) llegaron hasta el río Orontes, donde los espías hititas capturados consiguieron engañar al faraón, asegurando que sus tropas estaban todavía



Al asalto del bastión hitita

Ilustración decimonónica que recoge la batalla de Ramsés II en Kadesh. El faraón tuvo que cruzar un canal que rodeaba la fortaleza para atacarla con flechas, única arma que podía sortear sus torres almenadas.

lejos. Animado por esta falsedad, Ramsés cruzó el río para atacar la fortaleza, que, con un canal que la rodeaba, parecía una isla. Afortunadamente para los egipcios, nuevos espías capturados les permitieron conocer la verdadera posición del ejército enemigo, situado en la otra orilla y listo para entrar en combate. El ataque de Muwatalli, rey hitita, contra la división Ra que acudía en auxilio de Ramsés, la puso en fuga, quedándose el faraón sólo con su guardia. Sin embargo, creyéndose vencedores, los hititas se lanzaron sobre el botín del campamento del faraón y éste, que aún contaba con las fuerzas de retaguardia que se aproximaban, se lanzó sobre ellos tras reagrupar sus fuerzas. Muwatalli, consciente de que Ramsés ya disponía del grueso de sus tropas, pidió una tregua. Unos años después, se firmó un tratado de paz. No tardarían los sucesores de estos rivales en acordar una alianza contra un nuevo enemigo recién aparecido: los asirios y su tecnología del hierro.

Campesinos y guerreros

Durante la época de enorme inestabilidad que separó los Imperios Antiguo y Medio, como consecuencia de la dejación de responsabilidades del faraón y la corrupción e incompetencia del alto funcionariado, se produjeron grandes hambrunas, en ocasiones agravadas por la sequía. Ello condujo al saqueo de las tumbas, a la proliferación de bandas de ladrones, forajidos y salteadores, y a las correrías de extranjeros. El ejército desapareció prácticamente y el caos se adueñó de Egipto. Los campesinos no tuvieron más remedio que trabajar la tierra con el escudo en la espalda y no podían esperar más ayuda que la de sus vecinos. Hasta los soldados de los nomarcas se enzarzaron en disputas y pequeñas guerras. Pero también muchos pobres, convertidos en guerreros saqueadores, protagonizaron la primera revolución de la Historia: "La tierra gira como el torno del alfarero... El que no construía ni una cabaña, ahora posee arcas. Los jueces son expulsados y los nobles echados de las mansiones reales... El que nunca construyó una barca, ahora posee bajeles. Y el que dormía sin esposa, ahora yace con una mujer noble. El que antes no tenía nada, ahora es rico...", se queja Ipuur en sus *Lamentaciones*, uno de los testimonios literarios más conocidos de este período, el *Papiro Leiden 334*, escrito durante la dinastía XIX.



Trabajos agrícolas en un relieve de la mastaba funeraria de Idut en Saqara.

Las moscas de oro premiaban las grandes gestas militares

El valor en el campo de batalla era reconocido y apreciado, hasta el punto de que el propio faraón condecoraba a los soldados, sobre todo a partir del Imperio Nuevo, en grandes y bizarras ceremonias en las que el monarca lanzaba los obsequios al homenajeado desde un balcón de los jardines de palacio conocido como la *ventana de las apariciones*. Estos premios solían ser collares de materiales valiosos o incluso de oro, armas lujosamente decoradas –a veces fabricadas en electrón, una aleación de oro y plata– y otros objetos. Las más famosas eran las moscas de oro, un insecto que para los egipcios significaba, además de su papel simbólico protector, el hostigamiento al enemigo. Esta condecoración se concedía también por el papel político o el apoyo moral prestado durante el conflicto. Así fue como muchas esposas de funcionarios y generales, y hasta madres de soldados, recibieron las preciadas moscas de oro.

Era el propio faraón quien condecoraba al militar más valiente y le colmaba de regalos

Sin embargo, la vida del soldado raso era rutinaria y poco gratificante en la paz y durísima en campaña. A pesar de que la logística fue siempre un punto fuerte de las fuerzas armadas del Antiguo Egipto, no es menos seguro que las largas marchas cuando no era posible el transporte fluvial –y aún así, dado que viajar en aquellas rudimentarias y abarrotadas embarcaciones no resultaría precisamente cómodo–, la construcción de campamentos y fortines, y el rigor del combate eran un entorno de extrema hostilidad incluso para quienes estaban acostumbrados a una existencia dura. Un veterano la describió así a su hijo: "El soldado lleva su comida, sus enseres y su agua a lomo, como un burro, hasta romperse el espinazo. Come inmundicia y bebe agua podrida. Ante el enemigo es como un pajarillo tembloroso. Y cuando regresa a casa, ya no es más que un viejo tronco plagado de gusanos." Podría haberlo firmado un excombatiente de cualquier otro tiempo: las cosas no han cambiado mucho desde los lejanos días del Antiguo Egipto.



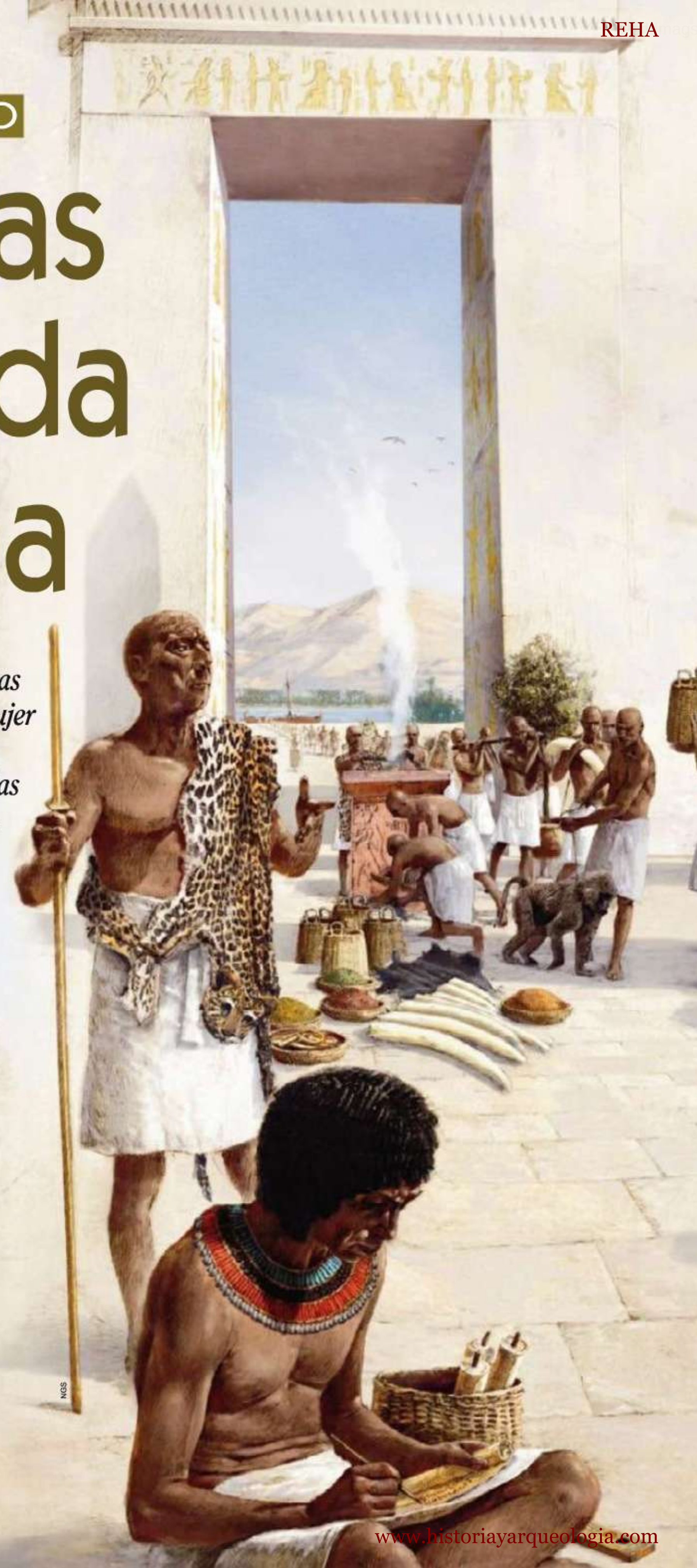
CORBIS

MUJERES EN EL TRONO

Faraonas con toda la barba

La suntuosa Cleopatra y la poderosa Hatshepsut no fueron las únicas féminas que oficiaron de faraón. El rol de la mujer egipcia hizo posible que hubiera más reinas, aunque la vida de casi todas ellas es otro de los tantos misterios del Nilo.

Por **Miguel Mañueco**


NGS

Y entonces Apolodoro desenrolló la alfombra, que presumiblemente era lujosa y pomposa por demás, y de ella surgió Cleopatra, vestida de sedas casi sobrenaturales, enjoyada de mil brillos, maquillada con egipcia exuberancia, plena y lozana a sus 21 años. Ante tan deslumbrante sorpresa, el maduro Julio César, que ya había cumplido los 54 años, es de imaginar que no perdiera los papeles, pues era hombre de mucho mundo, aunque sin duda se sintió algo abrumado y encantado de la vida. Y así debió de ser, pues de aquella habitación sólo salió el fiel amigo Apolodoro, y lo que dentro sucedió parece ser que fue todo un flechazo en los corazones de ambos y en el curso de la Historia. Cleopatra entraba así, por la puerta grande, en los anales del mundo y en el mito.

Desde entonces hasta ahora mismo han desfilado los siglos sin que la fabulosa "faraona" egipcia haya dejado de ser símbolo y musa de lo que es y ha de ser una reina en toda su salsa legendaria: con sus arduos trajines políticos, con su valentía y su vileza, con su ambición y sus amores



Su divina y humana majestad

La reina Hatshepsut, ataviada con la barba postiza de faraón, el cetro y la corona de cobra recibe ofrendas de sus súbditos. Su inteligencia y ambición la llevaron al trono, que aseguró autodeificándose como Hija de Amón. Su reinado sería uno de los más prósperos del Antiguo Egipto.

PRISMA

Cleopatra fue a conocer a Marco Antonio a bordo de un barco de oro y plata, donde le ofreció cuatro días de fiestas desenfrenadas

extremos, con los dimes y diretes sobre su belleza, sus secretos inconfesables y algún que otro asuntillo más.

Ella, Cleopatra VII Filópator Nea Thea, sobrepasó la talla y además tuvo el dudoso pero sonoro honor de ser la última monarca del antiguo Egipto antes de que se convirtiera en colonia romana y la larga andadura de tres milenios del reino de las pirámides pasase a ser historia escrita. A ella le tocó –y parece que así lo deseaba– cargar con todas las famas, aunque no fue la única mujer que llevó el cetro real.

El papel que le tocó a la mujer en el argumento de la religión egipcia y los propios condicionantes de un tiempo de la historia más primitivo, y por ende más matriarcal, le abrió más la puerta del territorio social y de los espacios de mando que a las griegas o romanas. La relevancia era evidente en la corte: si no se casaba con mujer de sangre real, un varón tenía muy difícil acceder al trono, por lo que, cuando no hubo otro remedio, fueron muy frecuentes los casorios entre hermanos. No obstante, y a pesar de su sólido poder cortesano, las féminas nunca contaban, en principio y por ley, como primeras opciones para ostentar el cargo real absoluto. Y sin embargo, y a través de los largos tres mil años, fueron varios los casos en que una mujer, amparada en esa idiosincrasia favorable, llegó a ocupar el asiento más alto de la nación. La presencia de alguna de ellas parece vinculada a momentos de crisis monárquica, aunque es muy poco lo que se sabe y las dudas no dejan de planear. También es posible que más de una aún no haya sido rescatada del desierto del olvido.

Según el historiador griego Diódoro Sículo, que en la Sicilia romana del siglo I a.C. se dio a la tarea de escribir y ordenar lo que entonces se sabía sobre los faraones, las reinas-faraón sólo fueron cinco. Para aseverar tan precisa cifra el siciliano se basó en los datos acumulados dos siglos antes por Manetón, un sacerdote egipcio que quiso hacer balance de tiempos y dinastías anteriores al tiempo ptolemaico que a él le tocó vivir. Sin embargo, los sucesivos hallazgos arqueológicos han ido desvelando pistas de otras posibles soberanas, por lo que en la actualidad no se podría dar por definitivo ningún número concreto.

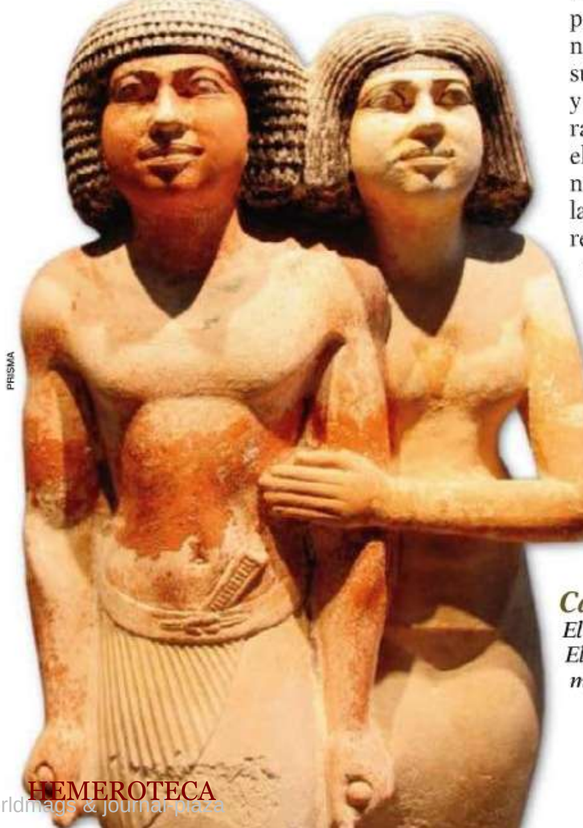
Lista, cultivada, políglota, ambiciosa y no tan bella

Ni siquiera se tiene certeza sobre el lugar de enterramiento de la más conocida y celebrada, Cleopatra VII, cuya momia se supone que yace en eternidad de amor junto a la de Marco Antonio. Todo un anhelo y un reto es dar con los restos de la reina que ha poblado más páginas de literatura y escenas de cine. Tanto ha dado que hablar, que su historia se ha entremezclado con mitos y rumores y finalmente ni siquiera está clara su supuesta belleza. La imagen que de ella dan algunos testimonios encontrados no la sugieren, y efectivamente muestran la célebre y sobrada nariz. Al asunto ya se refirió Plutarco, quien atribuía dicha belleza a su inteligencia, exquisitos modales y conversación seductora más que a su apariencia física.

Lo que sí parece evidente es que se cuidaba mucho y se esmeraba en el montaje escénico de sus apariciones. Para ello se había preparado a conciencia: era lista, cultivada, abiertamente ambiciosa y, según cuentan, hablaba varias lenguas, incluido el egipcio, idioma que, al parecer, ninguno de tantos reyes ptolemaicos, que sólo se expresaban en griego, se molestó nunca en aprender.

Corría el año 51 a.C. cuando Cleopatra VII, como heredera de su padre, Ptolomeo XII, fue coronada a sus 17 años junto a su hermano Ptolomeo XIII, de tan solo doce, con quien, siguiendo los cánones, había tenido que casarse. No tardó el hermano-cónyuge-comonarca en dejarse llevar por las maquinaciones de Arsínoe, hermana de ambos sin duda hecha de la misma pasta que Cleopatra. Hostigados y amparados por el eunuco Potino y otros poderosos cortesanos, consiguieron apartar a la joven reina del trono y expulsarla de Alejandría.

No tardaría ella en intentar el retorno vengador, que no consiguió hasta hacerse con el apoyo (y el amor) de Julio César tras plantarse ante él a bordo de la mítica alfombra. Logró así el trono, pero sus hermanos se las apañarían para sembrar el repudio del pueblo alejandrino hacia la enamorada pareja, y así encendieron la mecha de la guerra. En la batalla que supuso el enfrentamiento definitivo entre los dos bandos, las llamas de los barcos de guerra que el propio César había hecho incendiar para evitar males mayores, afectaron fatalmente a varios edificios importantes de Alejandría, entre ellos a la famosa Biblioteca.



PRISMA

Casi en el mismo plano

El escriba Raherka y su esposa Merseankh. El arte egipcio realza la presencia femenina, más destacada que la de griegas y romanas.


PRISMA


SUNSET BOULEVARD/CORBIS

Evocadas e imaginadas. *De Hatshepsut han quedado testimonios que dan cuenta de su importancia, como su representación en esfinge conservada en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York (página anterior). Se dice que de su relación con el arquitecto y canciller real Senenmut nació su hija Neferure, ambos en una escultura del Museo de El Cairo (izquierda). La imagen popular de Cleopatra está definitivamente trastocada por el cine, sobre todo por la interpretación que de ella hizo Elizabeth Taylor (*Cleopatra*, Joseph L. Mankiewicz, 1963).*

Los odios y los desastres se sucedían, pero Cleopatra no cejaba en su empeño de afianzar su trono, aunque para ello tuviera que casarse con otro de sus hermanos, Ptolomeo XIV, que tendría nula relevancia en el poder. Por fin, vinieron los tiempos buenos y solazados junto a Julio César, de los que nacería el hijo de ambos, Ptolomeo XV, más conocido como Cesarión. Tiempos también en los que Cleopatra al fin pudo aplicarse a las tareas de gobierno, en las que dio muestra de ganas e iniciativa, y a su querencia por embellecer Alejandría. Hasta que llegó el momento de ir a Roma junto a su amado, y allí conoció la animadversión de los romanos hacia ella, pues la consideraban la perversa abductora del gran líder que ahora aspiraba a ser monarca absoluto. Su asesinato, en los idus de marzo del año 44 a.C., la obligó a abandonar la metrópoli con celeridad y sin mirar atrás.

Pero volvería a mirar a Roma, esta vez en la persona de Marco Antonio, quien le solicitó ayuda al verse amenazado en la guerra civil que desencadenó la sucesión de César. Mientras tanto, en ella no había languidecido la ambición, y le faltó tiempo para envenenar a su hermano y esposo Ptolomeo XIV y así compartir el poder sólo con su hijo Cesarión. Al serial monárquico poca atención le debió de prestar el pueblo egipcio, acuciado entonces por plagas y hambrunas, tesitura que no fue óbice para despilfarrar en una nueva gran *performance* en su primer encuentro con Marco Antonio, a quien recibió con cuatro días de pantagruélicos festejos en su barco, que, según Plutarco, era una "galera con popa de oro, que llevaba velas de púrpura tendidas al viento y era impelida por remos de plata movidos al compás de la música de flautas, oboes y cítaras".

Uno de los romances más sonados de la Historia

Una vez más, objetivo conseguido: favor y amor, esta vez mucho más ciegos, por parte del aguerrido y bien parecido romano. Y he ahí una de las historias de amor de más trascendencia en la historia de la humanidad, que al parecer ellos bien disfrutaron, pues no faltaron lujos, bacanales y todos los placeres concebibles en el tiempo que vivieron juntos. Poco importaba que en Egipto estuviera todo manga por hombro o que la crispación romana hacia Marco Antonio fuera *in crescendo*. Ellos a lo suyo, y de lo suyo nacieron tres hijos: los gemelos Cleopatra Selene II y Alejandro Helios y Ptolomeo Filadelfo. Casados y enteros de ánimo y amor, no dudaron en enfrentarse a Roma, cuando Octavio decidió poner fin a un *culebrón* que tan poco

Carismáticas reinas consortes

En tradiciones y creencias religiosas se basaba el gran poder de las señoras de la corte, sobre todo el de la mujer principal del monarca, que a menudo era nombrada Gran Esposa Real. Algunas de ellas sobrepasaron la trascendencia de tal título, como así ocurrió con Tiy, Gran Esposa Real de Amenhotep III, que gobernó el país de 1386 a 1349 a.C. Ella fue quien, al parecer, rigió Egipto durante el largo y próspero reinado de su marido. Ambos se mostraron siempre muy unidos, desde que se casaron cuando ninguno de los dos había cumplido los diez años, y aparecen como iguales en los monumentos de su tiempo. Indirectamente causó el cisma de Amarna, pues, tratando de menoscabar el enorme poder del clero de Amón, inculcó a su hijo Akenatón el culto a Atón. Fue, por tanto, la suegra de Nefertiti (1370-1330 a.C.), la legendaria bella consorte de Akenatón, con voz y mucho mando en la capital monoteísta de Amarna. De hecho, fue la única Gran Esposa Real convertida en reina-faraón por su propio marido con el nombre de Neferneferuatón. Sin embargo, tras 14 años de reinado, se pierde por completo su pista y no se sabe lo que ocurrió: acaso el dolor por su muerte hizo a Akenatón borrar su memoria, o acaso la bella reina se convirtiera efectivamente en el faraón Semenjkara. No ocurrió así con Nefertari (1295 a 1186 a.C.), Gran Esposa Real del triunfante Ramsés II, cuya bella tumba en la necrópolis tebana testimonia el fin de una vida de poder, proyectado en cada uno de los monumentos en los que aparece con su marido, como queda bien claro en Abu Simbel. Memoria eterna que su marido quiso darle a la esposa, que intervino activamente en política, alcanzó los máximos títulos e incluso fue deificada.


AKG

La reina Tiy, Gran Esposa Real de Amenhotep III y madre de Akenatón.



Fastuosamente efectivas. *La mítica belleza de Nefertiti (izquierda, busto del Museo del Cairo) jugó su papel en su ascenso al poder. Cleopatra, seguramente no tan hermosa, utilizó los montajes escénicos, como en su encuentro con Marco Antonio (derecha).*

favorecía al Imperio. En medio de la derrota, Marco Antonio se arrojó sobre su propia espada cuando un falso informe le anunció la muerte de su amada. Al saberlo, ella, que ya adivinaba su inmediato destino como botín de triunfo expuesto al vituperio popular en las calles de Roma, también acabó con su vida, según la leyenda debido a la mordedura de un áspid que hizo traer a sus sirvientas. Antes, dicen que había intentado ganarse al vencedor Octavio, pero esta vez sus seductoras tretas no funcionaron. Y ya lo dijo Blaise Pascal en el siglo XVII: "Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, la historia del mundo habría cambiado".

No hay frases tan celebradas ni tantos libros ni películas sobre la otra gran "faraona", la grandiosa Hatshepsut, pero su reinado, que aconteció entre el 1479 y el 1457 a.C. y fue el más largo de todos los regidos por mujeres en Egipto, sigue siendo paradigma de las dotes del poder femenino. Hija del faraón Tutmosis I, supo jugar su papel y usar la potestad que le daba su sangre real para esquivar los enredos sucesorios, que la hicieron casarse con su hermanastro Tutmosis II y sobreponerse a Tutmosis III, cuyo poder quedó en la sombra, y lograr vestirse con atuendo y barba ornamental de faraón. Para ello contó con el fiel apoyo de dos poderosos cortesanos, el alto funcionario Hapuseneb y el arquitecto real Senenmut, y fue fundamental que se autoproclamara hija de Amón y, por lo tanto, de naturaleza divina, golpe de efecto que consiguió tras comprar el favor de los sacerdotes de dicho dios, contribuyendo así al excesivo poder que este clero alcanzaría a partir de entonces.

Así dio inicio una de las etapas más prósperas y pacíficas del antiguo Egipto, en la que la carismática reina sólo llevó a cabo campañas defensivas de frontera y puso más ganas en asuntos como la célebre expedición a Punt, el mítico y exótico país de la mirra. Se empeñó con entusiasmo la "faraona" en restaurar templos y edificios destruidos durante las guerras con los hicsos y añadió significadas construcciones a la ciudad de Tebas, incluidos los obeliscos más memorables. Su colaborador (y, según algunos testimonios, amante) Senenmut dio forma a su legado más conocido, el templo de Dyeser-Dyeseru ("el sublime de los sublimes"), situado en la otra orilla del Nilo y una de las joyas reconocidas del Egipto monumental.

El primer intento de inaugurar una dinastía real femenina

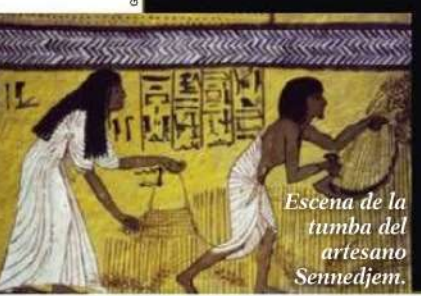
El tiempo grandioso llegó a su fin cuando Senenmut y Hapuseneb murieron. La reina vio entonces su posición muy debilitada, pero aún así se dice que intentó inaugurar una dinastía femenina nombrando heredera a Neferure, hija que, según algunos, habría nacido de su relación con el arquitecto real. La muerte de la muchacha apagó este último amago de retomar su esplendor, y moriría en su palacio de Tebas, según se cree, antes de cumplir los 50 años. Su momia, hallada en el Valle de los Reyes junto a la de su amado padre, fue presentada al público en 2007.

Evidencias así de contundentes es lo que falta a la hora de referirse a las otras reinas-faraón. No se ha podido demostrar que llegara a gobernar en solitario la más antigua de todas, Meritneith, que vivió en torno al 3000 a.C. Al parecer fue regente de su hijo Horus Den, y lo que apunta a su posible reinado es su grandiosa tumba en Abido, única entre tumbas de faraones masculinos. En Giza se hallaba la tumba de la siguiente reina en el tiempo, Jentkaus I, que hacia el 2.500 a.C. habría jugado un papel de nexo entre las dinastías IV y V, y cuyo culto funerario perduró en la pequeña pirámide a ella dedicada en Abusir. Ella es la única mujer que aparece tocada con el *uraeus* (corona de cobra) y la barba faraónica, como así sucede con Jentkaus II, perteneciente a la V dinastía, y de la que tampoco hay apenas datos.

Nubes y arenas igualmente desdibujan la figura de Nitocris, que podría haber reinado por espacio de dos años, de 2183 a 2181 a.C., y en cuya memoria se mezclan

Las antiguas más modernas

El respeto del que al parecer gozó la mujer egipcia se debía a que era considerada complemento y no sirvienta del hombre, como ocurrió en otras civilizaciones de la Antigüedad. Asimismo emanaba de la religión, en la que las deidades femeninas tenían el valor específico de representar la vida y la fertilidad, llegando a abarcar muchos aspectos básicos de la existencia, como es el caso de Isis. En su mejor momento, el rol femenino gozaba del mismo estatus que el del hombre ante la ley, algo que no sucedía en el derecho griego o romano. En el matrimonio, que era un puro trámite sin el solemne peso actual, la mujer no perdía su nombre, manejaba su herencia y decidía sobre el divorcio. Aparte de su trascendencia como reinas, esposas reales o sacerdotisas de Amón, las féminas egipcias ocuparon puestos laborales de rango, y así hubo funcionarias que llegaron a ejercer el importante cargo de escriba, e incluso una mujer llamada Nebet llegó a ser *chaty* (el más alto funcionario de la corte) en la dinastía VI. La independencia matrimonial les permitió igualmente convertirse en empresarias y ser esenciales en el discurrir económico, como la dama Nenofer, que triunfó en los negocios en el tiempo del Imperio Nuevo. Hubo asimismo mujeres médico de mucho prestigio, como fue el caso de la dama Peseshet, en la dinastía IV. Un himno a Isis, contenido en un papiro del siglo II a.C., expresa así la relevancia femenina: "Eres la dueña de la tierra… Tú has dado un poder a las mujeres igual al de los hombres".



Escena de la tumba del artesano Sennedjem.

leyendas que la describen como una auténtica heroína. Manetón alaba su belleza y su valentía y la hace autora de la tercera pirámide de Giza (atribuida a Menkaura o Micerino). Herodoto cuenta que, víctima de una conspiración, no tuvo más remedio que asesinar a su marido y a su hermano ahogándolos en el Nilo y después suicidarse lanzándose al fuego. Reina o no, sí parece probable que fuera un personaje destacado en la crisis que dio fin al Imperio Antiguo.

El Imperio Medio finalizaría igualmente con otra reina, Neferusobek, que habría gobernado cuatro años, de 1777 a 1773 a.C. Hija de Amenemhat III, se habría hecho con el poder tras enfrentarse a su hermano Amenemhat IV, con quien en principio lo compartía. Su nombre de coronación consta en la lista real de Saqara, y en su tiempo se erigió el complejo funerario de Amenemhat III en Hawara.

Las dudosas identidades de la hermosa reina Nefertiti

Los escuetos datos sólo ensanchan el misterio, que aún se hace más denso en torno a Semenjkara, cuyo enigmático y brevísimo paso por el poder acaeció alrededor de 1336 a.C., al final del reinado de Akenatón, el cismático faraón de Amarna, de quien había sido corregente. Las pistas son tan confusas que las conjeturas no dejan de proliferar, aunque la más tenida en cuenta es la que sugiere que en realidad se trataba de la reina Nefertiti, cuyos títulos aparecen nombrados junto al nombre de Semenjkara y cuya corregencia al final del mandato de su marido está documentada. Despista, no obstante, la existencia de una Gran Esposa Real que no era otra que Meritatón, su hija y heredera legítima de Akenatón, lo cual sugiere un posible montaje por parte de Nefertiti para asegurar su trono. De cualquier forma, el tiempo de Semenjkara no fue más que de un año y medio, y su recuerdo quedó diluido en cuanto un nuevo monarca ocupó el trono. Se trataba del faraón-niño Tutankamón.

El final caótico y de cambio del periodo de Amarna pone de nuevo en el candelero real a una mujer. Y así vuelve a suceder cuando se apaga, entre conflictos y desastres, la estrella de la dinastía XIX, la de Seti I y Ramsés II. Corre el año 1188 a.C. cuando la reina Tausert, miembro de la extensa familia dejada por Ramsés II y esposa de Seti II, se hace cargo del hijo de éste, Siptah, y lo sustituye en el trono cuando muere. En su corto tiempo de mandato es clara la presencia de un extraño personaje, el canciller Bay, de quien no se sabe si fue acérrima enemiga o aliada y amante. Sí parece cierta la situación de crisis, propiciada por la desesperación de la población y la creciente presión del clero de Amón y de los reyes nubios, que provocó la reacción de Sethnajt, el señor ramésida que derrocó a la efímera reina en torno a la cual surgiría toda una estela de negras leyendas.

SANDRO VANNINI

Leyendas descoloridas
Más bien negros y difamadores fueron los relatos surgidos sobre la reina Tausert a su muerte.

Conspiradoras descendientes de Alejandro Magno

Crisis y esplendores se suceden por los siglos hasta la presencia de una nueva reina, que ya tiene lugar en el Egipto de los ptolomeos, la dinastía que rigió el país entre el 305 y el 31 a.C., que había sido instaurada por Ptolomeo I Sóter, general de Alejandro Magno, y que nunca renunció a su lengua y esencia helénicas. Las reinas ptolemaicas lo fueron al casarse con sus hermanos en su calidad de legitimadoras del trono; en muchos casos fueron dadas a las intrigas y conjuras palaciegas, y en ellas se repitieron los mismos tres nombres: Cleopatra, Berenice y Arsínoe.

Si la vida de la estrella por excelencia, Cleopatra VII, resulta tan de novelón, a la de su antepasada Cleopatra II (185-116 a.C.) no le falta truculencia. Hija de Ptolomeo V y Cleopatra I, heredó el trono en plan comandita familiar, pues lo compartía con sus hermanos Ptolomeo VI, con el que se casó, y Ptolomeo VIII, y después con su hijo Ptolomeo VII. Pero enseguida se sucedieron conspiraciones y asesinatos en el enfrentamiento entre Cleopatra II y Ptolomeo VIII, hasta que se reconciliaron y volvieron a reinar en paz y armonía.

Para suerte suya, Berenice III (116-80 a.C.) no tuvo que compartir con nadie el trono, que había heredado de su tío y marido, Ptolomeo X Alejandro, y además se ganó enseguida el afecto de las gentes. No obstante, se vio forzada a casarse con un hijo de su marido llamado Ptolomeo XI, que la asesinaría a los 19 días, crimen que el pueblo enfurecido le haría pagar con la muerte casi inmediata. Al menos lo mataron extraños, porque a Berenice IV (76-55 a.C.) la mandó matar su propio padre, Ptolomeo XII, quien, gracias a Roma, pudo volver de su exilio. Y es que la hermana de Cleopatra VII no puso freno a esa genética obcecación por gobernar sin molestias: expulsó a su padre e hizo estrangular al marido con quien la obligaron a casarse.

En ambición, intrigas e instintos sangrientos la familia de los ptolomeos puso sin duda el listón muy alto. De *esmerada* casta le venían el genio y figura a la Cleopatra más famosa. ■

El exitoso y pacífico reinado de Hatshepsut continúa siendo uno de los paradigmas de las capacidades y virtudes del poder femenino

EGIPTO MISTERIOSO

El legado secreto de los faraones

GETTY

Un tesoro para soñar
Cuando Lord Carnarvon le preguntó a Howard Carter (foto derecha) si veía algo a través del agujero de la tumba de Tutankamón, éste le contestó: "Sí, cosas maravillosas". En la imagen, réplica de algunos de los objetos hallados en la tumba.

Ya han pasado más de 5.000 años desde el surgimiento de la civilización egipcia, pero aún son muchos los misterios que la cultura de los faraones protege entre sus dunas. Y no tenemos las respuestas a todas las preguntas.

Por **Janire Rámila**

He escuchado... su llamada... y le sigo". Con estas palabras, lord Carnarvon, codescubridor de la tumba de Tutankamón, se despedía del mundo en la madrugada del jueves 5 de abril de 1923 en su habitación del hotel Continental Savoy, en el centro de El Cairo. Pocos minutos después, las luces de la ciudad se apagaban al unísono y su perro predilecto moría tras aullar lastimosamente en la residencia familiar de Highclere, en la lejana Inglaterra. Hacía sólo seis semanas que él y Howard Carter habían encontrado la tumba del faraón-niño, desafiando a la famosa maldición de Tutankamón.

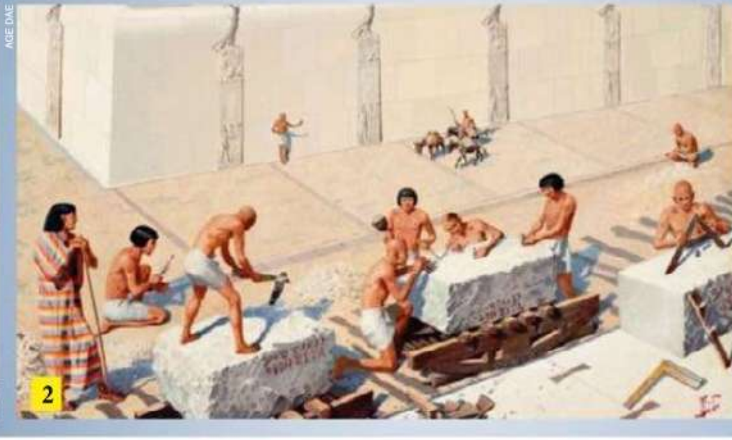
Esta es quizá la leyenda más famosa de Egipto, pero sea cierto o no el episodio relatado –todo apunta a lo segundo–, no hace falta acudir al más allá para toparnos con alguno de los innumerables misterios que aún atesora la milenaria cultura egipcia. Los arqueólogos aseguran que, hasta el momento, sólo se ha logrado desenterrar el 10% de los monumentos que compusieron tan fantástica civilización, obviando que el conocimiento que tenemos sobre su forma de vida, técnicas constructivas, religión, métodos curativos, viajes... es infinitamente inferior.

Si nos atenemos a la cronología comúnmente aceptada, ésta sitúa el inicio de la cultura egipcia hacia el 3100 a.C., con el llamado periodo predinástico, con nombres de faraones tan evocadores como Narmer y Semerkhet y un poco más adelante el de Zoser, ya dentro del Imperio Antiguo y cuyo mandato se extendió entre el 2630-2611 a.C.

Sin haber sido un gran faraón, su nombre resuena en el tiempo porque bajo su gobierno se erigió la primera pirámide de la que se tiene constancia, la que lleva su nombre, Zoser, obra de un enigmático personaje llamado Imhotep, auténtico genio que fue tratado en vida casi como ▶

CORDON PRESS





un dios viviente, recibiendo los títulos de administrador del Gran Palacio, Sumo Sacerdote de Heliópolis, Señor hereditario… También fue el primer mortal en gozar del honor de ostentar su nombre junto al del faraón en numerosos jeroglíficos. ¿Cuál fue su mérito? Parece ser que el de traer sabiduría a un tiempo oscuro, aunque muchos egiptólogos no tienen muy claro eso del tiempo oscuro, porque si bien es cierto que, gracias al ingenio de Imhotep, se pudo levantar la primera pirámide, ¿significa ello que los egipcios no sabían nada de matemáticas hasta su llegada, o de arquitectura o de astronomía? No parece factible.

Y no lo es, porque ninguna cultura, anterior o posterior a la egipcia, ha sido capaz de erigir monumentos tan perfectos como las pirámides partiendo desde cero y en apenas 400 años, que son los que median entre el nacimiento de Egipto y la construcción de la primera pirámide. Así que la pregunta sigue en pie: ¿de dónde adquirieron los conocimientos necesarios para ello? ¿Se debió todo únicamente al genio de Imhotep?

Cómo se construyó la Gran Pirámide es todavía un misterio sin resolver

Para responderla sólo existen dos opciones: la primera señala que sí, que efectivamente 400 años fueron suficientes para generar esos avances, lo que supondría un hecho insólito en la historia de la Humanidad; y la segunda habla de la existencia de una cultura anterior a la egipcia, de la que ésta bebió sus fuentes y cuyo nombre aún desconocemos. Y para demostrar tal tesis, sus defensores esgrimen un ejemplo: la Esfinge de Giza.

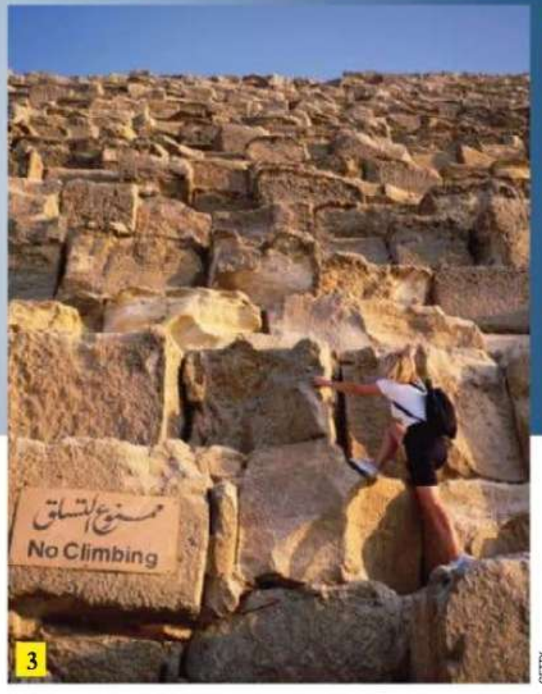
Tradicionalmente los egiptólogos han situado su construcción en el Imperio Antiguo, hacia el 2575 a.C., dentro de la IV dinastía. Lo han conseguido basándose únicamente en la importancia que se calcula tuvo este monumento en aquellos años, porque lo cierto es que no existe documento alguno que la date fidedignamente o que hable de cómo fue su elaboración. Para aportar algo más de luz surgió la idea de estudiar la roca con la que fue construida para intuir su edad. Y aquí es donde llegó lo más interesante, porque esa geología, con la que se pretendía corroborar la fecha mencionada, constató que la Esfinge había sido levantada en algún instante entre el 5000 y el 7000 a.C., es decir, unos 4000 años antes del surgimiento oficial de la cultura egipcia. Un fuerte aldabonazo para la comunidad científica, ya que de ser ciertos estos resultados no podemos sino asumir, uno, que los egipcios son más antiguos de lo que pensábamos, o dos, que alguien hubo antes que ellos con unos conocimientos capaces de rivalizar en pie de igualdad. ¿Cómo se llamaba ese pueblo predecesor? La Historia no sabe qué responder.

Y es que por no saber, no sabemos ni cómo fue erigido su monumento más conocido, la Gran Pirámide, esa grandiosa mole de roca que hace bueno el viejo dicho de "el hombre teme al tiempo, pero el tiempo teme a las pirámides". El misterio se inicia al intentar averiguar por qué se erigió en la planicie de Giza y no en otro punto, y continúa en contabilizar el número de obreros empleados, localizar la orientación de la construcción, el tiempo real empleado… y, sobre todo, en descubrir cómo fueron trasladados y colocados los inmensos bloques de granito utilizados, muchos de ellos con más de 50 toneladas de peso.

Respecto al transporte de los bloques, tenemos la suerte de contar con documentos de la época que aportan algunos, pocos, datos sobre la obra, como el empleo de rampas que tanta polémica ha generado. La teoría de las rampas la expuso a comienzos del siglo XX el alemán Ludwig Borchardt, basándose en textos como éste de Herodoto: "Asimismo el pueblo estuvo, por espacio de diez años, penosamente empeñado en la construcción de la calzada por la que

El guardián de las pirámides

Silenciosa y hermética, desde hace miles de años la Esfinge vela porque los misterios egipcios sigan a buen recaudo.



GETTY

Dominados por la inmensidad

Uno de los detalles que más sorprende de la cultura egipcia es la grandiosidad de sus construcciones. Para algunos egiptólogos, lo que aquellos arquitectos deseaban era representar en la tierra la inmensidad del Cosmos (1, mapa astronómico elaborado en papiro). Por ello, el faraón, como dios viviente hecho carne, debía rodearse de elementos que corroboraran y demostrasen su poder. Aún así, se desconoce cómo fueron capaces de erigir pirámides tan complejas como la de Keops (3) y ningún arquitecto actual ha logrado levantarlas siguiendo aquellas técnicas (2).

arrastraban los bloques de piedra". Esta mención a una calzada que servía como canal de arrastre, la demostración teórica que de su uso hizo Borchardt y la posterior aparición de rampas construidas con ladrillos, escombros y vigas de madera junto a otras pirámides menores, convencieron a la comunidad internacional de la teoría, hasta que algunos colegas del alemán se percataron de un problema: el tamaño de la Gran Pirámide, tan grande que levantar una rampa para transportar las piedras hubiese supuesto un esfuerzo infinitamente superior al de la erección del monumento. Desde entonces esta teoría ha quedado en entredicho, sufriendo numerosas variantes, como una doble rampa en dos direcciones, otra que rodease la pirámide... Hoy el debate continúa, aunque claro, quizá la respuesta sea más sencilla y sólo consista en percatarse de que la medida del tiempo y el esfuerzo era otra en el pasado. "¡Qué importa el tiempo cuando se está construyendo para la eternidad!", se asegura que decían aquellos antiguos constructores.

La solidez del complejo de Giza hace bueno el viejo dicho: "El hombre teme al tiempo, pero el tiempo teme a las pirámides"

Pero continuemos con los acertijos. ¿Por qué conociendo la rueda, desde al menos el año 2400 a.C., los egipcios no la utilizaron para trasladar los bloques desde la cantera? ¿Y cómo izaron entonces esos mismos bloques para colocarlos en su sitio sin el empleo de poleas? Los expertos creen que desecharon el uso de carros de transporte porque la arena del desierto imposibilitaba su tránsito y aportan varias hipótesis, como la más factible del arrastre de los bloques mediante trineos o rodillos fabricados con troncos de palmera. Respecto al emplazamiento milimétrico de los bloques, abogan por el uso de rampas, nuevamente las rampas, desde las que giraban las piedras, o el empleo de palancas.

Todos los intentos de emular a los antiguos constructores han fracasado

Acertadamente, el lector se preguntará: ¿Si existen teorías para responder a las preguntas formuladas, dónde reside el misterio? Pues precisamente en eso, en que una cosa es la teoría y otra muy distinta la práctica. Así, siguiendo las hipótesis apuntadas, un equipo de investigadores japoneses de la Universidad de Waseda intentó emular en los años 80 la construcción de la Gran Pirámide, por supuesto a escala, en un emplazamiento cercano a Giza. El resultado fue que en poco tiempo la pirámide levantada se vino abajo, salvándose los obreros milagrosamente de morir aplastados.

Mejor suerte tuvo el ingeniero Roger Tompkins, cuando en 1994 comenzó a levantar una maqueta de la Gran Pirámide de diez metros de lado utilizando las herramientas y técnicas constructivas de la época e, incluso, empleando bloques de piedra caliza que eran arrastrados por rampas con ayuda de trineos. En su caso la pirámide no se derrumbó, pero el monumento no pudo terminarse porque durante su realización afloraron varios problemas ▶

¿Atravesaron los océanos?

Dejándose llevar por la imaginación, algunos polemistas han lanzado la teoría de que los egipcios recalaron en las costas americanas en pleno Imperio Antiguo. Según ellos, gracias a embarcaciones elaboradas con papiro. Una idea que es desechada por eminentes egiptólogos, pero que intentaba responder un enigma constatable: ¿Por qué culturas muy distantes entre sí y aparentemente sin contacto, como la mesoamericana o la china, construyeron pirámides semejantes a las egipcias?

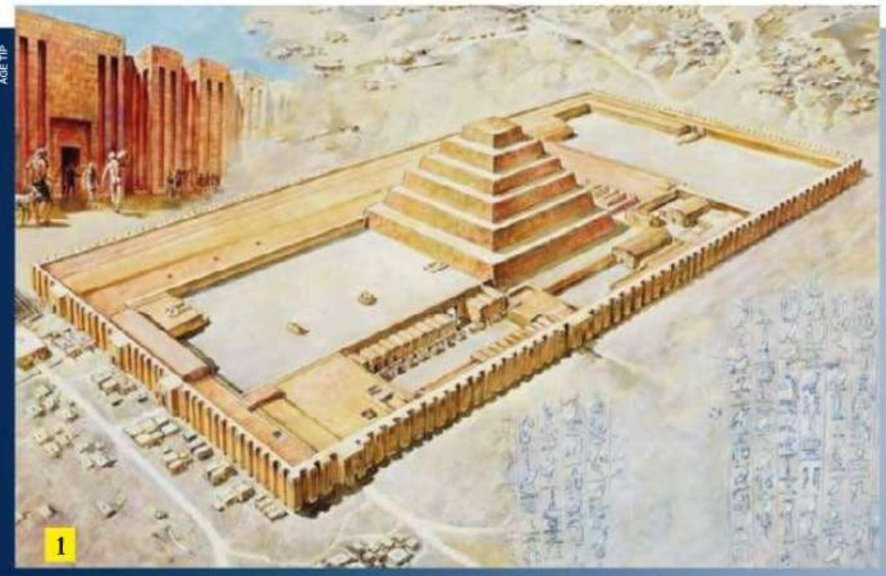
De entre las muchas explicaciones que se han vertido, dos destacan sobremanera. La primera es una hipótesis evolucionista y se basa en la creencia de que los hombres desarrollamos respuestas similares ante problemas semejantes en nuestra evolución como seres humanos. De este modo, la forma más fácil de erigir un monumento que ganase especial altura sería recurriendo a la pirámide, que en su imagen más simplista no es sino un amontonamiento ordenado de piedras, donde las inferiores soportan el peso de las superiores permitiendo alcanzar una especial altura.

La segunda explicación puede calificarse como hipótesis difusionista y cree que el ser humano posee un primer y común núcleo cultural del que partieron y bebieron las diferentes culturas. Eso explicaría también por qué tantos pueblos poseen el episodio del diluvio universal en su mitología o por qué en América y Europa el oro cobraba un especial valor, incluso antes de la llegada de Colón al Nuevo Mundo.



Pirámide azteca en Chichen Itzá. Su parecido con las egipcias ha alimentado polémicas.

AGE TIP





inesperados, como el desconocimiento de la técnica empleada para subir un bloque de piedra de 50 toneladas al trineo sin la ayuda de poleas, o girar 90º una de estas moles en las esquinas de la pirámide desde una rampa.

Siguiendo con las pirámides, una creencia muy extendida afirma que aún no ha logrado descifrarse su auténtica finalidad, descartando el carácter funerario por no haberse hallado ningún cuerpo encerrado en su interior. Es una verdad a medias.

Ciertamente, no todas las pirámides localizadas, 115 en total, guardaban momias en su interior cuando fueron descubiertas, pero sí algunas de ellas. Ahí está el ejemplo de la pirámide de Zoser, en Saqara, cuya cámara funeraria albergaba en el momento de su hallazgo, en 1926, los restos funerarios de un hombre, concretamente seis vértebras y un fragmento de la cadera derecha, a los que ocho años después se sumaría un pie izquierdo.

Pirámides convertidas en tumbas, pero sin momias en su interior

El análisis de este pie constató que su portador había sido momificado con las técnicas empleadas en el Imperio Antiguo y, por tanto, enterrado en la pirámide. Y también tenemos el descubrimiento en 1881 de la momia completa de Merenre, faraón de la VI dinastía, dentro de su pirámide en Saqara. Por lo tanto, la pregunta ya no es tanto para qué servían las pirámides, sino por qué unas sí fueron empleadas como tumbas y otras no. La respuesta aún se le escapa a los egiptólogos, aunque todos coinciden en destacar que la función funeraria de estos monumentos queda fuera de toda duda. Para demostrarlo aportan datos como los *Textos de las pirámides,* conjunto de jeroglíficos escritos en la pared de la pirámide de Unas, en Saqara, cuya fórmula 213 dice así: "Oh, Rey, no te has marchado muerto, te has marchado vivo; sentado sobre el trono de Osiris, con tu cetro en la mano, para que puedas dar órdenes a los vivos, con tu cetro en forma de capullo de loto en tu mano...".

Con esta idea como base, algunas de las explicaciones vertidas hablan de que no se han hallado más momias por la acción de los ladrones de tumbas, porque algunas pirámides se sitúan sobre enterramientos aún pendientes de excavar o, como aseguró el arqueólogo Goneim al ser preguntado

Las plagas bíblicas

Cautivados por el relato bíblico de las 10 plagas mencionado en el Éxodo, investigadores como el paleoclimatólogo de la Universidad de Heidelberg, Augusto Magini, han elaborado una teoría para explicarlas científicamente .

Según ésta, los hechos se iniciaron con una subida abrupta de las temperaturas que bajó el nivel del Nilo y permitió la aparición del alga tóxica *Oscillatoria rubescens.* Su color rojizo, unido al espesamiento de las aguas, generó la sensación de sangre (primera plaga). En su huida, las ranas alcanzaron los cultivos y la tierra seca (segunda plaga), muriendo irremediablemente por la falta de agua potable. Sus cadáveres favorecieron la aparición de mosquitos y otros insectos (tercera y cuarta plagas), que propagaron enfermedades con las picaduras (quinta y sexta plagas). A esto se le añadió la explosión del volcán Thera, en la isla griega y muy próxima de Santorini, con millones de toneladas de fuego y cenizas vertidos al cielo que se unieron a tormentas habituales, generando espectaculares granizadas (séptima plaga). El aumento de la humedad conllevó a su vez una explosión de langostas (octava plaga) y las cenizas a un oscurecimiento del cielo (novena plaga). Además, muchos alimentos quedaron envenenados, entre ellos el pan. Como, según la tradición egipcia, primero debían comer los primogénitos, casi todos ellos murieron intoxicados, salvándose sus hermanos al verlos enfermar (décima y última plaga).



Cuadro representando la muerte de los primogénitos (Sir Lawrence Alma Tadema, 1872).


3


4

Hitos, fracasos y deseos
La historia de la egiptología está plagada de grandes hitos, pero también de sonoros fracasos. Desde los tiempos de Auguste Mariette a finales del siglo XIX (2 y 3) y de los grandes descubrimientos, los arqueólogos se han topado con múltiples enigmas a los que no saben responder, como el auténtico significado de los bueyes Apis (4) o la localización de tumbas pertenecientes a personajes tan importantes como Cleopatra, Alejandro Magno o Imhotep (1, complejo de Zoser, donde puede estar enterrado este primer constructor y matemático).

En 1851, Auguste Mariette descubrió el *Serapeum* de Saqara. Lo consiguió siguiendo las descripciones mencionadas por Estrabón en su *Geografía*

por esta cuestión en 1952, porque realmente nos encontraríamos ante cenotafios, es decir, monumentos funerarios erigidos en honor a una persona que no tienen por qué albergar su cuerpo. Esta podría ser también la explicación más factible para el hecho curioso de que algunos pasillos interiores de la Gran Pirámide impiden el paso de un ataúd mayor de un metro de largo, aunque su cometido fuese albergar el cuerpo del faraón Keops.

Curioso es, además, constatar que este proceder no afectaba únicamente a los seres humanos, también a los animales que los egipcios consideraban sagrados. Es lo que podemos constatar en la siguiente visita a uno de los enclaves más herméticos de Egipto, el *Serapeum* de Saqara.

Animales sagrados desaparecidos y textos antiguos codificados

Este lugar fue descubierto en 1851 por el arqueólogo Auguste Mariette. Como curiosidad mencionaré que esa fue la última vez que alguien localizó un emplazamiento ayudado por las descripciones de autores clásicos, en este caso por la obra *Geografía* de Estrabón. El nombre de *Serapeum* se debe a que allí es donde los egipcios enterraban a sus bueyes sagrados Apis, o eso es al menos lo que citaban los textos clásicos, ya que aún conservándose en sus cámaras gigantescos sarcófagos de granito de hasta 70 toneladas que les servirían de ataúd, aún no se ha localizado un solo cadáver momificado de este animal, únicamente masas informes compuestas por restos y huesecillos de diferentes animales.

¿Mintió Estrabón cuando aseguró haberlos presenciado en persona? ¿Se trasladaron a algún lugar? Y de ser así, ¿por qué no se hizo lo mismo con los sarcófagos? Pero las incógnitas no finalizan aquí, porque también se desconoce cómo fueron capaces de transportar esas moles de granito hasta el lugar e introducirlas por pasillos tan angostos que obligan a caminar en fila.

Lo único claro es que eran enclaves muy especiales. *Serapeum* los había en Saqara, también en Alejandría y en Menfis. Este último fue visitado por el griego Pausanias en torno al siglo II, dejando reflejado en su *Descripción de Grecia* la fuerte carga espiritual que estas supuestas tumbas atesoraban: "El templo más importante (del buey Apis) en Egipto es el de Alejandría y el más antiguo el de Menfis, al cual ni los extraños ni los mismos sacerdotes tienen entrada hasta el entierro del buey Apis". Sorprendente que ni siquiera los sacerdotes pudiesen penetrar en su interior, la casta más elevada de la sociedad tras la familia real.

Entonces, ¿quién se encargaba de estos recintos? ¿Está refiriéndose Pausanias a una clase muy concreta y hasta ahora desconocida de sacerdotes? Nada se sabe, sólo que hasta su emplazamiento era cuidado en extremo, buscando siempre lugares que quedaran ocultos a la mirada de la gente, como bien constató el historiador Estrabón ▶



El descanso de El Magno
El oasis de Siwa, en la imagen, se postula como el lugar más plausible para hallar los restos de Alejandro Magno, la tumba más buscada de la Antigüedad.

describiendo el *Serapeum* de Menfis como "un lugar tan arenoso, que las dunas son amontonadas por el viento, y por esto algunas esfinges que yo vi fueron cubiertas, unas hasta la cabeza y de otras sólo se veía la mitad, de lo que uno puede comprender el peligro si una tormenta de arena cae sobre un viajero que visita el templo".

Precisamente son estas dunas las que nos llevan al siguiente enigma: el paradero exacto de grandes personajes del Antiguo Egipto, entre ellos Nefertiti, la primera y bella esposa del faraón Akhenatón, o Ramsés VIII. Quienes siguen su pista sitúan tales moradas en el Valle de los Reyes y sueñan con hallarlas intactas, haciendo propias las palabras de Howard Carter cuando dijo que si de un rey tan modesto como Tutankamón se halló un ajuar de tal calibre, ¿qué tesoros contendrían las tumbas de los grandes faraones?

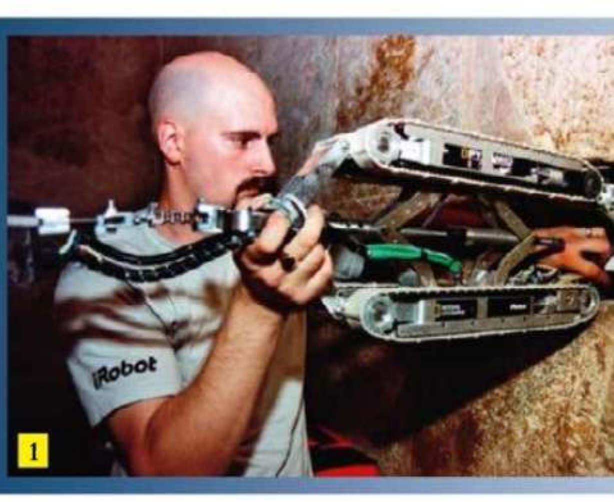
Entre las más buscadas se sitúa la de Cleopatra, la mujer que luchó contra su hermano por recuperar el poder arrebatado y que protegió la independencia de su pueblo conquistando el corazón de Julio César, primero, y el de su amigo Marco Antonio, después. Amores trágicos que desembocaron en muerte, incluyendo el suicidio de la propia Cleopatra, como bien dejó descrito el historiador Plutarco: "Después de coronar la urna funeraria de Antonio con flores, se dio un baño y ordenó que le preparasen una magnífica comida... Cleopatra apartó algunos higos y vio el áspid que había ordenado que le trajeran. 'Así que aquí está', dijo, e introdujo su brazo para que lo mordiera".

Según se piensa, Marco Antonio y Cleopatra fueron enterrados juntos, en un lugar que el director del Consejo Superior de Antigüedades de Egipto, Zahi Hawass, sitúa en el templo de Taburisis Magna, a 30 km de Alejandría. Hallazgos realizados en 2009, como un complejo sistema de pasillos inundados, monedas con la efigie de Cleopatra y una máscara atribuida a Marco Antonio así parecían confirmarlo, pero nada más ha logrado extraerse hasta nuestros días y la incógnita perdura.

Mirando al Más Allá

Todo en la vida de los egipcios estaba dirigido a la vida eterna, como demuestra su arte. En la imagen, vaso de alabastro para la unción del faraón Merenre II.

GETTY



Túneles a lo desconocido

Siguiendo la máxima de que los egipcios no construían nada al azar, los egiptólogos quieren saber a dónde llevan los túneles aún inexplorados de la tumba de Seti I (3) y de la Gran Pirámide (2). Para descubrir el final del segundo se llegó a construir un robot (1), que fue introducido en el pasadizo en 1993, momento que fue retransmitido en directo. Finalmente, una losa a pocos metros en el pasadizo impidió ver lo que escondía. Y así hasta hoy, cuando aún se debate cómo salvar ese nuevo y molesto obstáculo.

1

Para los más entusiastas, los pasadizos aún inexplorados de algunas tumbas podrían llevar a cámaras repletas de tesoros y saberes ocultos

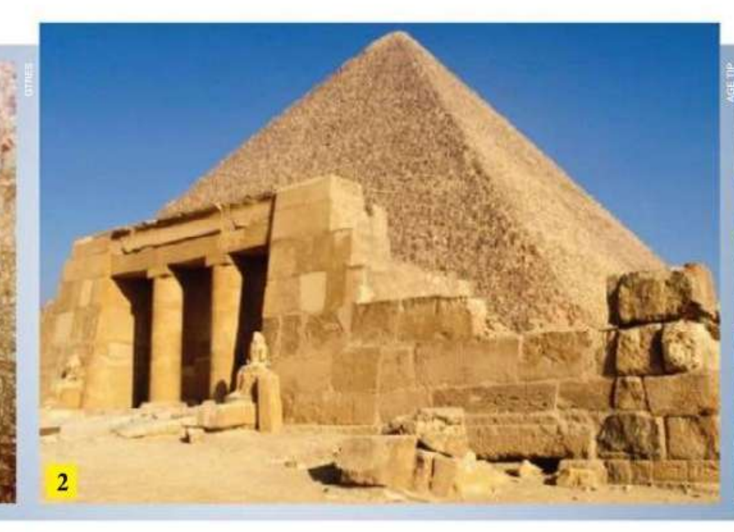
Igual suerte corre la tumba de Alejandro Magno, el hombre que murió en Babilonia el 13 de junio de 323 a.C., y cuyo cadáver, se cree, pudo ser enterrado en el oasis de Siwa por ser allí donde fue proclamado faraón de Egipto, o en las cercanías de la ciudad también egipcia de Alejandría, fundada por él mismo. Muchos han sido quienes han buscado infructuosamente esta tumba que las crónicas describen como un enorme mausoleo elaborado para la ocasión, con columnas de estilo jónico y sobre relieves relatando la vida del personaje en torno a un ataúd de oro macizo.

Una grandiosidad de la que quizá carezca el enterramiento del mencionado Imhotep, cuyo nombre significa por cierto, "el que viene en paz". Los arqueólogos consideran como opción más probable que Imhotep fuese enterrado junto a su señor en la pirámide de Zoser, pero desconocen qué tipo de tumba deben buscar, si un hipogeo o una sala oculta, una mastaba o un pozo... De momento, una expedición patrocinada por diversos museos escoceses e iniciada en 1990 asegura estar en la dirección correcta, aunque tras 20 años de investigación nada especialmente relevante ha salido a la luz. La inmensidad del territorio, la escasez de textos sobre los que trabajar y, también, los numerosos túneles, pasadizos, estructuras... pendientes de analizar, impiden más celeridad en las excavaciones.

Y hablando de pasadizos, ¿a dónde llevan los que por diversos motivos no han podido ser explorados? Porque como dijo el mencionado Zahi Hawass, máxima autoridad arqueológica en el país del Nilo: "Los egipcios nunca hacían nada por azar, todo debía poseer un sentido y una clara finalidad".

Retransmisión mundial para resolver un enigma que no desveló nada

De estos pasadizos, dos son los que han cautivado sobremanera la imaginación de los arqueólogos. En primer lugar, el túnel que parte de la cámara mortuoria del faraón Seti I en el Valle de los Reyes y que comprende 150 de los 245 metros con los que cuenta este hipogeo. Es la llamada habitación K, de final aún incierto, a pesar de las numerosas excavaciones efectuadas. La más fructífera, la dirigida en 1979 por el egiptólogo norteamericano Kent Weeks, que logró retirar los numerosos cascotes que cubrían su entrada descubriendo dos escalinatas y un suelo sinuoso que se introducía en la tierra con una pendiente de entre 32 y 42 grados, lo que obligaba a utilizar cuerdas de montañismo para inspeccionarlo. Tras avanzar casi 150 metros, el fango y los restos amontonados durante siglos de inundaciones impidieron continuar. Eso sí, pudo constatarse que aquella


2


3

era otra sala del hipogeo, perfectamente diseñada y trabajada, aunque sin adornos ni pinturas en las paredes. Algunos, como el egiptólogo suizo Gerhard Haeny, creen que su final podría estar conectado con un cenotafio acuático dedicado al dios Osiris, debido al nivel de profundidad alcanzado y que lo sitúa muy próximo al río Nilo.

El segundo de los pasadizos es la famosa puerta de Gantenbrink, encontrada en 1993 por un equipo alemán liderado por el ingeniero Rudolf Gantenbrink en la Gran Pirámide. Se trata de una pequeña losa de piedra, semejante a una puerta, que impide el paso por uno de los llamados "canales de ventilación". Pero, ¿a dónde? Los más entusiastas creyeron que tras ella se escondía la clave que nos enseñaría el origen de los conocimientos egipcios, mapas, cartas astronómicas, papiros de incalculable valor con datos hoy perdidos. Otros más pragmáticos hablaban de un tesoro aún mayor que el de Tutankamón y periódicos como el *Daily Telegraph* publicaron noticias bajo el título: "El secreto de la Gran Pirámide ha sido desvelado".

Para disipar la duda, el 22 de marzo de 1993 un robot diminuto diseñado por el mismo Gantenbrink fue introducido por el conducto para perforar la losa e introducir una cámara diminuta que permitiese entrever lo que ocultaba. El acontecimiento fue retransmitido en directo a millones de personas por televisión. Quienes pudimos verlo contuvimos la respiración cuando el robot logró su cometido a las 11.05 de aquella mañana. Y la soltamos cuando descubrimos que tras aquella losa afloró unos metros más allá... ¡otra losa casi idéntica!

Una vida anodina

Paradójicamente, de la figura que con más fuerza representa a Egipto todavía saben poco los egiptólogos, aunque ya se van aclarando algunos detalles. Porque de Tutankamón, el faraón niño de la XVIII dinastía, se desconoce aún su lugar y año de nacimiento, la cantidad de hermanos... Parece demostrado que es hijo de Akenatón y de una princesa real, con lo que habría existido una consanguinidad que explicaría parte de sus males físicos.

Su vida fue fugaz y, a tenor de los escasos documentos existentes, bastante insípida. Quizá por ello algunos se han atrevido a lanzar las más diversas y sorprendentes teorías, como la que le identifica con Jesús o la que le señala no como faraón, sino como faraona.

Y si poco sabemos de su vida, lo mismo podría decirse sobre la causa de su muerte. En 1968, una radiografía practicada a la momia alertó de una fractura craneal, despertando la sospecha de un asesinato. La teoría fue desmentida en 2005 y se achacó la fractura a una posible caída desde un carro. Pero también apareció otra rotura en el fémur izquierdo, seguramente origen de la cojera con la que aparece reflejado el faraón en las pinturas y que, según ellos, nunca llegó a curar, originando una infección que a la postre le llevaría a la tumba. Sin embargo, un reciente análisis de ADN ha revelado que Tutankamón padecía de paludismo, enfermedad mortal en aquellos tiempos. Veremos qué sucede con futuros estudios


El doctor Zahi Hawass supervisando el escáner a la momia del faraón Tutankamón.

Todo indica que Egipto seguirá guardando sus secretos durante siglos

Por si no fueran pocas todas las preguntas planteadas, aún habría que responder a otras como: ¿Qué papel realizaban los magos? ¿Qué significado tenían las Casas del Sueño? ¿Qué herramientas o técnicas eran esas, capaces de perforar y moldear el granito? ¿Hasta dónde llegaban sus conocimientos quirúrgicos? ¿Conocían el hierro forjado, incluso mucho antes que los hititas? ¿Realmente existe una segunda e idéntica esfinge enterrada bajo la arena? ¿Qué importancia tenían los conocimientos astronómicos a la hora de levantar monumentos? ¿Fueron capaces de navegar más allá del Mediterráneo?

Por el momento, 5.000 años no han bastado para responder a estas y otras muchas cuestiones, y todo indica que deberemos esperar al menos otros 5.000 para desentrañar todos los enigmas que con tanto tesón protegen las arenas y las ruinas egipcias. Y es que la egipcia siempre será esa misteriosa e irresistible cultura que tanto nos ha hecho soñar. El lugar donde todo surgió y a donde todo regresa.

DE CINE

Dejando aparte los títulos dedicados a momias resucitadas y las combinaciones de egiptología y ciencia-ficción tipo Stargate*, la verdad es que el cine parece tener una fijación con Cleopatra y Nefertiti cuando se trata de recrear el antiguo Egipto. Estas dos reinas copan la mayoría de los principales títulos, aunque también hay interesantes sorpresas, muy dignas de tener en cuenta, sobre otros periodos.*

Faraón

La mejor y más espectacular aproximación al Egipto faraónico no llegó de Hollywood, sino de Europa. El cineasta polaco Jerzy Kawalerowicz consiguió aquí una absoluta obra maestra, un fresco de tres horas de duración donde se muestra la estructura del poder político y religioso en el reinado del faraón Ramsés XIII. Basada en una serie de novelas populares, de autor también polaco, la película no se libra de los anacronismos y errores históricos presentes en otras producciones, pero los expertos en historia egipcia tienden a perdonarlos en favor de la ambientación, el cuidado en decorados y vestuario y, sobre todo, en el interés del cineasta por construir un marco lo más fiel posible a la realidad. Los actores son desconocidos y no hay más banda sonora que los sonidos naturales del ambiente. Se rodó con una gran riqueza de presupuesto y de medios, como corresponde a una superproducción, pero no buscando el espectáculo porque sí, sino más bien la recreación de una época grandiosa. Egipto nunca ha sido más real plasmado en celuloide.



Jerzy Kawalerowicz, 1966

Cleopatra

Cecil B. DeMille, 1934

En cierto modo, es casi la madre de todas las películas sobre Egipto que llegaron posteriormente, y la responsable de que Cleopatra haya sido la protagonista de un buen número de ellas. No hay que exigirle excesiva fidelidad histórica a una cinta concebida como un romance de los de antes al estilo Hollywood, con Claudette Colbert enfrentada a uno de los papeles de su vida, el de reina manipuladora y fatal. Aunque, según los cánones del Hollywood de la época, sin exceder los límites.

Tierra de faraones



Howard Hawks, 1955

Algunos no cuentan esta película entre las mejores de su director, pero la historia de intriga y soberbia representada por la imagen del faraón Keops y su esposa Nellifer, con los constructores de la pirámide como testigos involuntarios, sigue siendo fascinante. Como lo son los mecanismos –inventados– de protección de la tumba y el impactante final, digno colofón de una cinta narrada con mano maestra.

La reina del Nilo

Aunque el género del *peplum* se asocia sobre todo a las películas de romanos, también se acercó a Egipto en alguna ocasión. Esta cinta narra la historia de Nefertiti con toda la imaginación que sea necesaria y una buena cantidad de combates y batallas filmados con más ilusión que medios. Destaca la belleza de Jeanne Crain en el papel protagonista y el placer de ver a Vincent Price haciendo, como no podía ser menos, de malísimo de la función.



Fernando Cerchio, 1961

Los diez mandamientos

La inundación más famosa de la historia del cine y la superproducción por excelencia basada en textos bíblicos. Los egipcios, con el faraón Ramsés a la cabeza, son los malos de la película. Da igual que no exista evidencia de que el Éxodo haya tenido lugar alguna vez. Lo que importa es el sentido del espectáculo de DeMille y el film religioso más taquillero hasta la llegada de *La Pasión de Cristo* (2004) de Mel Gibson.



Cecil B. DeMille, 1956

Por Vicente Fernández de Bobadilla

Las legiones de Cleopatra



Vittorio Cottafavi, 1960

Otro acercamiento a la reina más cinematográfica que Egipto haya dado, aquí interpretada por Linda Cristal en una de las producciones italo-franco-españolas tan frecuentes en el cine europeo de la época. La película sigue todos los convencionalismos del cine de aventuras, con romance, intriga, luchas, muerte y final feliz para el protagonista (que, por cierto, no es Cleopatra). Hoy es inencontrable.

Nefertiti, la hija del Sol



Guy Gilles, 1994

El más reciente acercamiento del cine a la legendaria reina; en esta ocasión es un arqueólogo alemán el que, durante una expedición a principios del siglo XX, descubre el busto de Nefertiti y va conociendo los detalles de su historia. Destrozada por la crítica e ignorada por el público, sería la última película de su director, que murió dos años después de su estreno.

Astérix y Cleopatra

Adaptación directa del álbum del mismo nombre. Quizá demasiado directa: se nota que la trama está alargada y los dibujos son demasiado pobres, comparados con la maestría del trazo de Uderzo. Pero la historia de la que parte está tomada de la mejor época de Astérix, mucho antes de la decadencia de la serie. En todo caso, es muy preferible a la nefasta y más reciente versión en imagen real.



Goscinny, Uderzo y Lee Payant, 1968

El Rey Escorpión

Ambientada en el antiguo Egipto, como podía haberlo estado en China, la película no es más que la explotación de su musculoso protagonista desarrollando más el personaje secundario aparecido en *El regreso de la momia* (2001). Los aficionados a la Historia pueden divertirse contando anacronismos e invenciones; el resto, disfrutar de la acción a raudales de una cinta planteada sin ninguna trascendencia.



Chuck Russell, 2002

Sinuhé el egipcio



Michael Curtiz, 1954

La novela más famosa del finlandés Mika Waltari, adaptada por uno de los directores más sólidos y revisitables del Hollywood clásico, Michael Curtiz. Ambientada en la época de Nefertiti, pero más concentrada en la historia personal de su protagonista, contó con un reparto de primeras figuras de su época, como Jean Simmons, Gene Tierney y algunos inevitables del cine histórico: Peter Ustinov y Victor Mature.

Cuidado con Cleopatra

Los decorados y trajes de la *Cleopatra* de Mankiewicz fueron reutilizados para esta parodia de la película, donde los gags y chistes de todo tipo, algunos más subidos de tono que otros, son los reyes de la función. Divertida en su momento, los años han puesto en evidencia un tono particularmente inocentón e infantil. Predecesora, en cierto modo, de la americana *Golfus de Roma* (1966).



Gerald Thomas, 1964

El Príncipe de Egipto

La primera incursión de Dreamworks en el campo de los dibujos animados retomó el asunto del Éxodo previamente tratado por Cecil B. DeMille en *Los Diez Mandamientos*. La historia básicamente es la misma, aunque haya sido retocada y despojada de algunos de sus aspectos más cruentos para adaptarla al público infantil, y haga hincapié en una amistad entre Moisés y Ramsés que se remonta a la infancia de ambos, hasta que los acontecimientos les convierten en enemigos. En las voces originales, abundantes estrellas –Val Kilmer, Michelle Pfeiffer, Ralph Fiennes, Sandra Bullock– y un presupuesto que la transformó en la película de animación más cara en su momento. Obtuvo una tibia acogida en las salas, y hoy día ha sido algo arrinconada por los posteriores éxitos del estudio.



Brenda Chapman y Steve Hickner, 1998

LA BIBLIOTECA

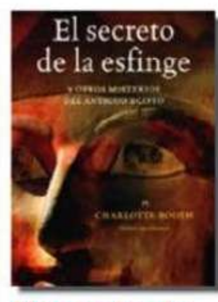
Por Ignacio Marina Grimau

Cómo leer arte egipcio

Richard H. Wilkinson
Crítica. Barcelona, 2004

Gran introducción al lenguaje de los jeroglíficos. *El Antiguo Egipto*, de Barry J. Kemp (Crítica), sostiene que los egipcios inventaron el Estado y superaron el despotismo.





El secreto de la esfinge

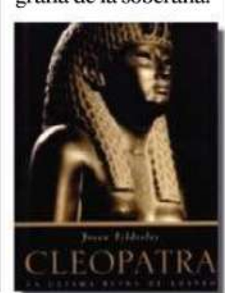
Charlotte Booth
Crítica. Barcelona, 2010

Lo mejor de este libro es la heterodoxa afirmación de que las pirámides no fueron construidas por esclavos. Como anécdota, la nariz de Cleopatra era larga y ganchuda.

Cleopatra, la última reina...

Joyce Tyldesley
Ariel. Barcelona, 2008

Diosa para los egipcios, reina para los macedonios, "monstruo" para Roma... Según Pascal, su nariz cambió la historia del mundo. Ésta es la biografía de la soberana.






Templos sagrados...

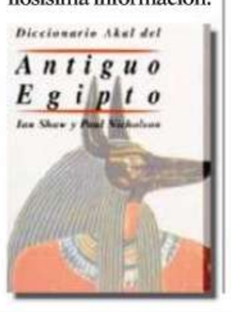
Nacho Ares
Edaf. Madrid, 2001

Dendera, Luxor, Abydos, Karnak... Nombres de la milenaria cultura faraónica que custodiaban un misterioso conocimiento. El autor, una autoridad en la materia.

Diccionario del Antiguo Egipto

Ian Shaw y Paul Nicholson
Akal. Madrid, 2004

Religión, política, sociedad... Todas las cuestiones relativas a ese remoto tiempo mítico se dan cita en esta obra de referencia que recoge una valiosísima información.



Las mujeres en el Antiguo...

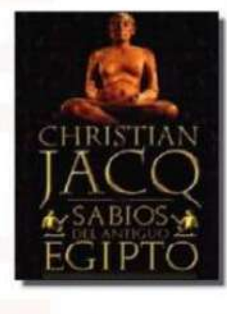
Gay Robins
Akal. Madrid, 1996

En Egipto, era el faraón el que mandaba y su burocracia era masculina. Cierto, pero las mujeres tenían poder, máxime cuando ocupaban el puesto de aquél.

Los sabios del Antiguo Egipto

Christian Jacq. La Esfera Editorial. Madrid, 2008

Veintiocho sabios. Aquí se dan cita Imhotep, escriba, mago y sanador; Unas, creador de la pirámide parlante; Ipu-Ur, el profeta...





Diccionario de símbolos

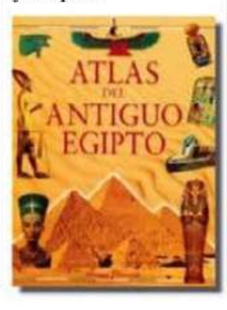
Hans Biedermann
Paidós. Barcelona, 2009

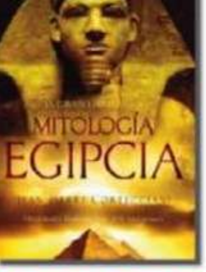
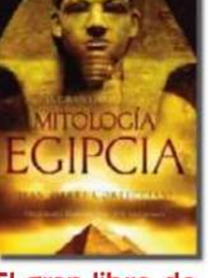
Si bien no se centra sólo en Egipto, esta obra analiza la simbología de la cultura faraónica. Aborda, pues, el críptico lenguaje de lo esotérico.

Atlas del Antiguo Egipto

Alianza Editorial
Madrid, 2001

Una obra de factura impecable que trata todos los aspectos de Egipto, con más de 700 fotografías, dibujos, diagramas y mapas.



El gran libro de la mitología...

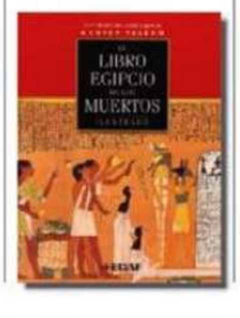
Jean-Pierre Corteggiani
La Esfera. Madrid, 2010

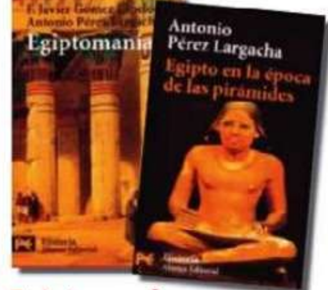
Según Heródoto, los egipcios eran "los más religiosos de los hombres". Cosa que demuestra este libro con sus 686 entradas y 360 imágenes.

El libro egipcio de los muertos

Ramsés Seleem
Edaf. Madrid, 2004

Esta obra ofrece una versión íntegra del legendario *Papiro de Hunefer*. Imprescindible para eruditos y amantes del Antiguo Egipto.





Egiptomanía

F. J. G. Espelosín y A. Pérez
Alianza. Madrid, 2003

'Exotismo, ocultismo y barbarie' y 'Momias y tesoros' son algunos de los capítulos de este libro. *Egipto en la época de las pirámides* (Alianza) es sencillo, pero enjundioso.

INTERNET



Sombra aquí y sombra allá

www.culturaegipcia.es

En esta página no falta la referencia a la belleza y la cosmética egipcias, tan amadas por los faraones. Haciéndose eco del proverbio egipcio que dice: "El tiempo se ríe de todo, pero las pirámides se ríen del tiempo", otro apartado ofrece algunas hipótesis de construcción de las pirámides del Valle de Giza.



¡Oh, dioses!

www.nefthis.freeservers.com

Lo mejor de esta web es su *link* sobre el panteón egipcio, con ilustraciones y explicaciones de cada dios. Entre otros, aparecen –o se aparecen– Ra, personificación del Sol; Geb, cuyo atributo es el sicómoro, y Osiris, quien enseñó al hombre la agricultura. No faltan Isis y Nut.

La curiosidad no mató al gato*



(*) Esta conocida frase proviene de la expresión inglesa del siglo XVI "La preocupación mató al gato", ya que este felino es muy cauteloso. El dicho advertía de que preocuparse en exceso es malo para la salud y puede llevarte demasiado pronto a la tumba. Transcurrido el tiempo, la palabra "preocupación" se convirtió en "curiosidad".

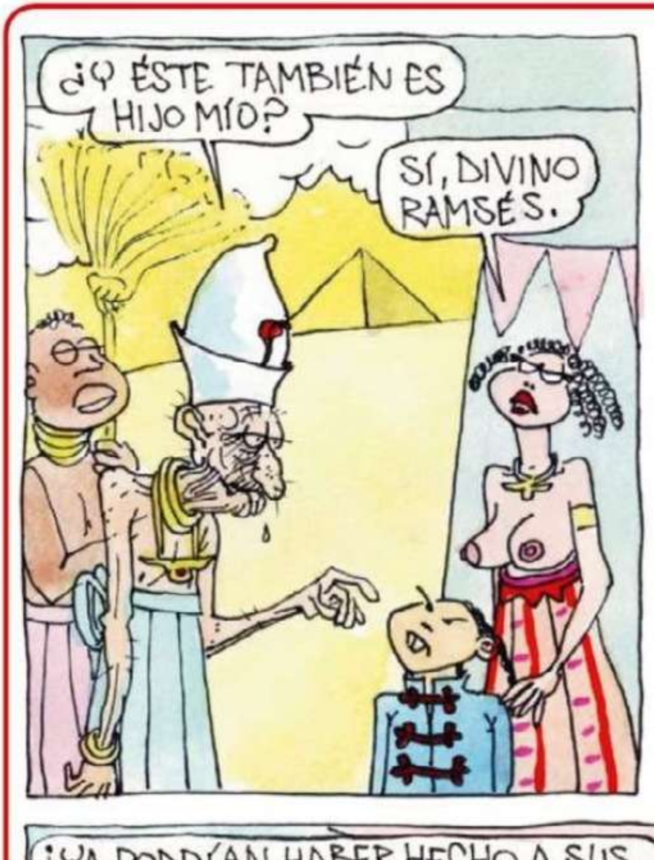
Así que, si eres realmente curioso, ya no tienes excusa para no leer Muy Interesante Preguntas y Respuestas. Disfruta con lo más insólito y asombroso de tus temas preferidos: Salud y Cuerpo Humano, Historia, Sexo, Psicología, Tecnología, Misterios, Ciencia, Deporte… y por supuesto, Animales.

Muy Interesante Preguntas y Respuestas invierno ¡Ya a la venta!

bsb

HISTORIETAS DE LA HISTORIA

Por Romeu









Humor









15. Pasión por Egipto · 17. La I Guerra Mundial · 18. Sexo y Poder · 19. Héroes







21. La Edad Media · 22. La II Guerra Mundial · 23. Los 150 días · 24. incógnitas





25. Ocio y vicio · 26. El Islam · 27. Caimno de Santiago · 28. Batallas decisivas









29. Mujeres poderosas · 30. Exploradores · 31. Esplendor de Roma · 32. Mentiras de la Hª



Suscríbase a MUY HISTORIA y benefíciese de esta magnífica oferta

25% + 2 NÚMEROS GRATIS +



Si no quiere perderse ni un solo MUY HISTORIA en todo el año, suscríbase por 6 números y obtendrá dos más (8). Pero ahora, además de un descuento del 25% sobre el precio de portada, le incluimos un DVD producido por Canal de Historia que le desvelará sucesos enigmáticos de la II Guerra Mundial. Así recibirá la revista en su domicilio sin perderse ni un ejemplar, aunque se agote en el quiosco. Además, durante el periodo de su suscripción no le afectarán los aumentos del precio de portada. Y si lo desea puede almacenarlas en estos elegantes archivadores por sólo 9 euros. Envíenos el cupón adjunto, llámenos o escríbanos un e-mail.

9€ por unidad

CUPÓN DE PEDIDO PARA NÚMEROS ATRASADOS Y DE SUSCRIPCIONES

SUSCRIPCIÓN

❑ **Sí** deseo suscribirme a MUY HISTORIA por 1 año (6 números), + 2 de regalo (total 8 números) con el 25% de descuento sobre portada, al precio de **sólo 15,30 €**

* Quedan excluidos los objetos promocionales
* Oferta válida hasta el 28 de febrero de 2011

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN EN EL EXTRANJERO
1 año (6 números) + 2 de regalo (total 8 números): Europa, 29,90 euros; resto del mundo, 37,90 euros.

NÚMEROS ATRASADOS (3,40 €)

❑ **Sí** deseo que me envíen los números de MUY HISTORIA publicados que señalo con una X. **No se admiten pedidos contra reembolso. Sólo giros, cheques o VISA.**

- ☐ Nº 21 EDAD MEDIA
- ☐ Nº 22 II GUERRA MUNDIAL
- ☐ Nº 23 LOS 150 DÍAS
- ☐ Nº 24 INCÓGNITAS ESPAÑA
- ☐ Nº 25 OCIO Y VICIO
- ☐ Nº 26 EL ISLAM
- ☐ Nº 27 CAMINO DE SANTIAGO
- ☐ Nº 28 BATALLAS DECISIVAS
- ☐ Nº 29 BATALLAS DECISIVAS
- ☐ Nº 30 EXPLORADORES
- ☐ Nº 31 ESPLENDOR ROMA
- ☐ Nº 32 MENTIRAS
- ☐ Nº __ / ______________________

Les informamos de que los ejemplares 2, 12, 13, 15, 16 y 20 se encuentran agotados

ARCHIVADORES

❑ **Sí** deseo recibir la cantidad de ...... **archivadores** para encuadernar la revista al precio de **9 € la unidad**, IVA y gastos de envío incluidos. **No se admiten pedidos contra reembolso. Sólo giros, cheques o VISA.** Oferta válida sólo para el territorio nacional.

D.N.I./N.I.F .... Nombre y Apellidos ....

Dirección .... Nº......... Piso ....

CP .... Población .... Provincia ....

País .... Teléfono .... Móvil .... E-mail ....

Profesión/Actividad .... Fecha de nacimiento ....

FORMA DE PAGO

❑ **Contra reembolso** (sólo España) ❑ **Adjunto cheque** a nombre de G y J España Ediciones, S.L., S. en C. Albasanz,15-Edificio A. 28037 Madrid.

❑ **Giro postal n.º** ______________ a G y J España Ediciones, S.L., S. en C., indicando en el apartado "texto" suscripción MUY HISTORIA.

❑ **Tarjeta de crédito VISA n.º** ______ Fecha de caducidad ____

Código de seguridad (CVC o CVV): ____ (tres últimos dígitos impresos al dorso de la tarjeta)

❑ **Domiciliación bancaria**

Cuenta libreta n.º ____ ____ ____ ____
CLAVE ENTIDAD · OFICINA · D.C. · NÚMERO DE CUENTA

Nombre de Banco o Caja ____

Titular de la cuenta ____

Firma del titular (IMPRESCINDIBLE)

MUY HISTORIA 33

Sus datos personales van a ser incorporados a un fichero del que es responsable G y J España Ediciones, S.L. S. en C. entidad con domicilio en la c/ Albasanz, 15 Edificio A, 28037 Madrid para gestionar esta suscripción, y para que G+J, u otras compañías del Grupo G+J (cuya información aparece en el Registro Mercantil y en las webs www.gyj.es y www.motorpres-iberica.es) le envíen información publicitaria sobre productos editoriales de las mismas, o sobre productos de terceros relativos a Moda, Belleza, Cosmética, Estilo de vida, Motos, Energía, Seguros y Deporte todo ello en formato convencional, o eléctronico, incluidos los SMS. Consulte nuestra política de privacidad para obtener mayor información. Si no desea recibir información publicitaria en formato electrónico o SMS ni ceder sus datos a las compañías del Grupo G+J marque la siguiente casilla: ❑ No deseo recibir información publicitaria ni ceder mis datos. Puede ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición mediante escrito dirigido en todo momento a Gestión de Publicaciones y Publicidad, S.L. a la dirección postal anteriormente indicada o a la dirección electrónica protecciondedatos@gps.grupogyj.es. En el caso de los SMS, repondiendo con la palabra BAJA a cualquiera de los que reciba.

Recorte, copie o fotocopie este cupón y envíelo a Números atrasados MUY/Dpto. Suscripciones. Albasanz , 15/Edificio A. 28037 Madrid.

EN EL SIGUIENTE



LA AVENTURA AMERICANA

● ALMIRANTE DE LA MAR OCÉANA

Aunque partió de un error de cálculo, había que tener mucho valor para internarse en el Mar Tenebroso (como se llamaba entonces al océano Atlántico). Y Colón lo tuvo. Desde su temerario proyecto al deshonroso final, descubrimos la figura del marino genovés.

● LOS INDIOS TAMBIÉN TENÍAN ALMA

La reina Isabel la Católica envió misioneros a los territorios recién descubiertos para cristianizar a los indígenas. Muchos de ellos se convirtieron también en los principales defensores de los nativos.

● AQUELLOS COWBOYS HISPANOS

Junto a los grandes exploradores ingleses y americanos, hubo también algunos españoles que, como Cabeza de Vaca o Vázquez de Coronado, condujeron sus expediciones al norte del río Bravo, descubriendo parajes de extrema belleza y numerosas tribus indias.

● LA PRIMERA GLOBALIZACIÓN

La llegada al continente americano propició también la internacionalización de la economía y la sociedad. Aunque el peso financiero se puso en manos de banqueros italianos y alemanes, Sevilla y su Casa de la Contratación se convirtieron en el motor del comercio mundial.

En los quioscos a partir del 4 de marzo



PRISMA

También llegamos al salvaje Oeste
Hernando de Soto exploró los actuales estados de Florida, Georgia, Tennessee y Alabama (en la ilustración, combatiendo en la batalla de Mavila, 1540), entre otros.



PRISMA

Puerto y puerta de las Indias
La Lonja de Mercaderes de Sevilla, hoy sede del Archivo General de Indias, fue el centro del comercio colonial (La lonja de Sevilla, *de Joaquín D. Becquer).*



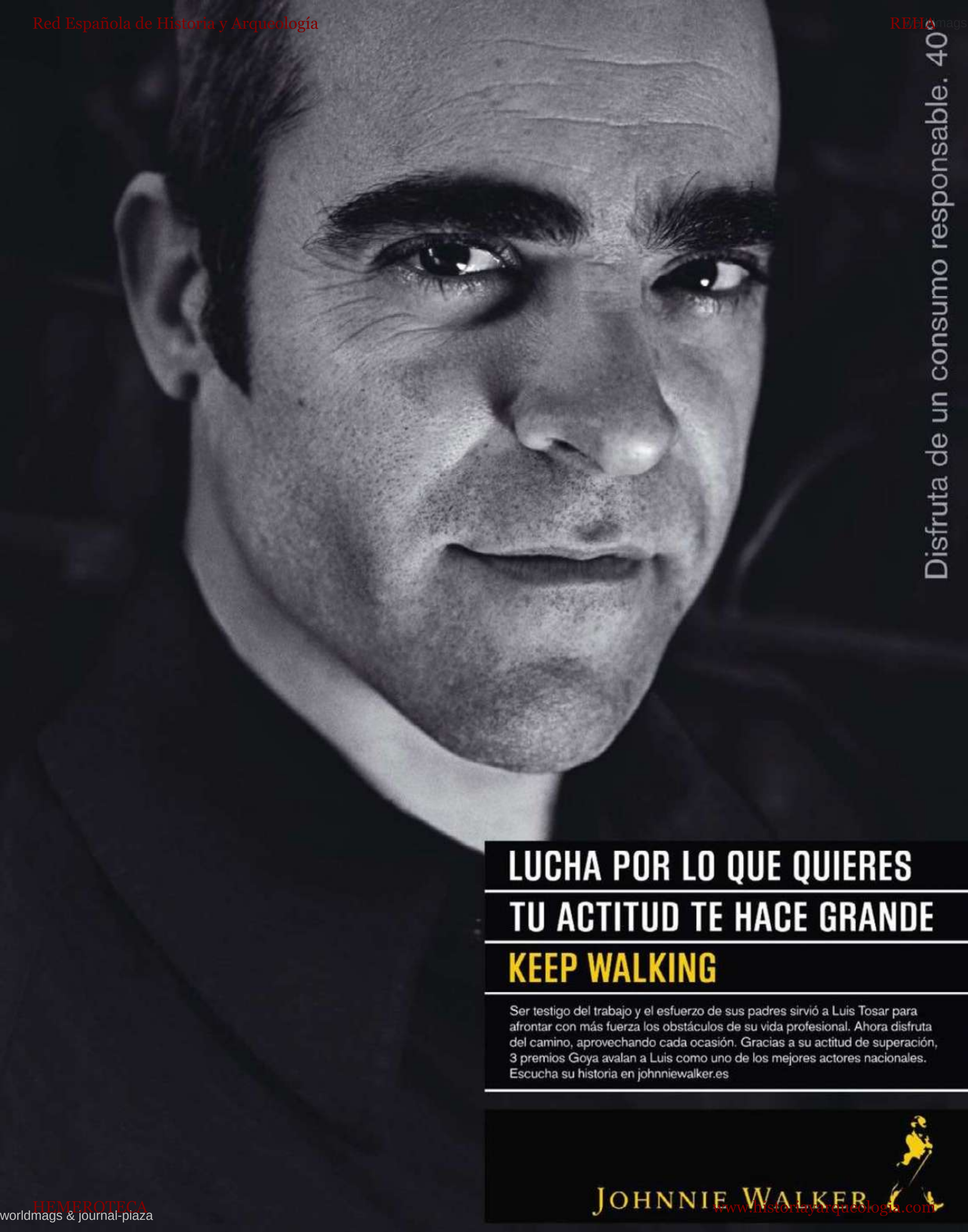
ÁLBUM

Misión de conversión
Los dominicos, entre otras órdenes, consiguieron integrarse en las comunidades indígenas (Monjes dominicos bautizando a unos indios, *de autor anónimo).*



PRISMA

Bendito error
La expedición de Colón partió en estas tres naves (la Pinta, la Niña y la Santa María) desde Palos de la Frontera, Huelva, el 3 de agosto de 1492, con el propósito de hallar una alternativa occidental a la ruta de las Indias.


Disfruta de un consumo responsable. 40º
LUCHA POR LO QUE QUIERES
TU ACTITUD TE HACE GRANDE
KEEP WALKING
Ser testigo del trabajo y el esfuerzo de sus padres sirvió a Luis Tosar para afrontar con más fuerza los obstáculos de su vida profesional. Ahora disfruta del camino, aprovechando cada ocasión. Gracias a su actitud de superación, 3 premios Goya avalan a Luis como uno de los mejores actores nacionales. Escucha su historia en johnniewalker.es
JOHNNIE WALKER